

Dichosos como una piedra

Avelino Gómez



Dichosos como una piedra

ARTE  NOVELA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Dr. en D. Jorge Olvera García

Rector

M.E.P.D. Ivett Tinoco García

Secretaria de Difusión Cultural

Dra. en D. María de Lourdes Morales Reynoso

Directora de Divulgación Cultural

AVELINO GÓMEZ

Dichosos como una piedra



“2013, 50 Aniversario Luctuoso del Poeta Heriberto Enríquez”

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Jurado calificador del 10º Premio Internacional de Narrativa

“Ignacio Manuel Altamirano”

Víctor Sosa

Juan Domingo Argüelles

Orlando Ortiz

1ª edición 2013

© AVELINO GÓMEZ

Dichosos como una piedra

© Derechos reservados

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000, México

<http://www.uaemex.mx/>

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra
–incluyendo el diseño tipográfico y de portada– sea cual fuere el medio,
electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de la Universidad
Autónoma del Estado de México.

ISBN: 978-607-422-463-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Con Isidro Nava Corona

Decidí ir a Tonaya por motivos más o menos terapéuticos: por aquellos días *el mundo* no me quería y yo tampoco a él. Pasaba dieciocho horas frente al televisor, ovillado en el sofá, abúlico y resentido. Dos semanas atrás había perdido mi empleo en la Secretaría de Cultura. Y decir que lo perdí es un formulismo, en realidad me lo quitaron, muy a la mala. Desempleado, sin dinero, con el vencimiento del alquiler encima y sin ánimos para nada. Tal era mi situación. Así que casi bendije la oportunidad para salir de Colima; luego la maldeciría, pero eso ya no importa. Un martes en la noche, mientras me guisaba cuatro huevos en una sartén del tamaño de mi autoestima, llamó Carlos Dapunte para convidarme a Tonaya. Brevemente me contó sobre un festival de poesía que cada año se hace en la región del Llano:

—Me dieron manga ancha para llevar a otros poetas, los gastos de alimentación y hospedaje corren por cuenta de los organizadores —me explicó Dapunte al teléfono.

—Oye, maestro, pero yo no soy poeta ni quiero serlo —le dije apresuradamente.

—Pero eres desempleado y para el caso es lo mismo, nos vamos en mi coche el viernes por la mañana —contestó.

En este punto de la breve conversación Dapunte hizo una pausa. Imaginé que fumaba y casi pude percibir, a través del auricular, el tufo de su bocanada de humo. Soltó una última frase:

—También irán Margó Lara y Beto Lantín.

Dapunte colgó sin esperar a que dijera si acaso iría. Aunque ni falta hacía decírselo, mucho menos hacerme del rogar. Un pequeño viaje me sentará bien, pensé. Sólo me molestaba saber que iría a un festival de poesía en calidad de impostor; yo no era poeta ni escritor ni nada parecido. A diferencia de Margó y Lantín, quienes ya tenían una trayectoria con dos o tres libritos publicados y su inclusión en varias antologías. Dapunte, por su parte, está considerado como “El mejor poeta vivo de Colima”. Ciertamente hay otros poetas colimotes buenos, pero no tan vivos. Por este tipo de viveza Dapunte logró, sin tener un título universitario de respaldo, colarse como catedrático en la Facultad de Letras de la Universidad de Colima. Su curso de Literatura regional comparada es ineludible para todo aspirante a escritor y, a saber, Margó y Lantín fueron dos de sus mejores alumnos. Yo también estudié en la misma Facultad, pero deserté a mitad de la carrera, cuando conseguí (gracias a mi obstinada participación en las juventudes militantes del partido) un cargo administrativo en la Secretaría de Cultura. No tuve, pues, a Dapunte como maestro. Fue por la brega burocrática que lo conocí y me hice su amigo. Durante un trienio cobró beca como creador emérito y tales pagos se hacían en mi oficina. Cuando pasaba por su cheque procuraba quedarse diez o quince minutos a conversar conmigo. A veces tomábamos una taza de café mientras hablábamos de cualquier cosa. Siempre tuvo un consejo a la mano sobre cómo lidiar con los desplantes de tal o cual escritor local. Era un gesto que le agradecía. Él ya era el reconocido poeta colimote y yo, apenas, un joven e inexperto funcionario cultural. A través del tiempo nos hicimos buenos amigos. Y aunque distaba entre nosotros la diferencia generacional (Dapunte bien pudo haber sido mi padre), encontramos en los vicios un catalizador para nuestra amistad. Una vez por quincena íbamos a los botaneros de Comala. El pretexto era comer juntos, pero la sobremesa con ponche, cerveza y tequila se extendía hasta el anochecer, cuando no hasta la madrugada. No tardaron en

unirnos nuestras preocupaciones intelectuales y emotivas. Por esa época Dapunte se consideraba un lobo estepario, igual que yo. Las mujeres no lo tomaban en serio, a mí tampoco. Practicaba un humor ofensivo, yo también. Tenía una postura filosófica y poética sobre el consumo de las bebidas espirituosas, y yo... bueno, yo me emborrachaba. No nos costó reconocernos como parte de la misma jauría. Cuando nos tomamos suficiente confianza empecé a llamarlo Maestro, a él le dio por llamarme Burócrata.

En cuanto al título de “El mejor poeta vivo de Colima”, es sabido que le fue conferido a mediados de los noventa por El barón de la crítica literaria mexicana, Cristóbal Monseñor. El crítico y ensayista distinguió de ese modo a Dapunte durante el discurso que ofreció al recibir el doctorado *honoris causa* en nuestra universidad. Hasta ese entonces, el famoso y polémico Cristóbal Monseñor no había estado antes en Colima. ¿A qué podía venir tan alto intelectual mexicano a una modesta universidad de provincia sino a doctorarse gratuitamente? Que El barón de la crítica viniera a recibir su doctorado fue un logro atribuido a la añeja amistad que profesaba con Dapunte. Fiel a su temperamento voluble, Monseñor se permitió un desplante en la ceremonia de investidura: olvidó, o no quiso, agradecer al rector y al Consejo Universitario por la distinción otorgada. En lugar de ensalzar a las autoridades universitarias, discursó sobre la obra de los dos mejores vates que, juzgó él, ha dado Colima. Uno, aseguró Monseñor, fue el diplomático y poeta modernista Balbino Dávalos, quien se carteaba con Rubén Darío. El otro era, por supuesto, Carlos Dapunte, quien se carteaba con Monseñor. “Este pequeño Estado tiene dos grandes poetas: Balbino Dávalos, cuya grandeza va más allá de la muerte, y Carlos Dapunte, mi amigo, que es grande incluso estando vivo”, proclamó Monseñor. Desde entonces Dapunte ostenta su título vitalicio. Ahora bien, que sea un gran poeta no quita que también sea un hijo de la chingada. En ese viaje a Tonaya me enteré, por boca de Margó, que el mejor

poeta de Colima jugó un papel determinante en mi despido laboral. Según ella, Dapiente reconoció haber cometido una imprudencia: contar el episodio de la fiesta que le organicé cuando estuvo nominado por tercera ocasión al Premio Estatal de las Artes. No imagino cómo lo contó, pero sin duda ocasionó el enredo que culminaría en mi despido. Margó dijo que Dapiente expresó: “Pobre Burócrata, lo despidieron por pagarme una puta”.

Y no tengo muchas ganas de hacerlo, pero relataré el episodio de la fiesta, sólo para establecer el origen de esta historia y exhibir el despojo laboral del que fui objeto. Fue así:

Como amigo cercano de Dapiente, y creyendo ingenuamente que ese año sí le darían el Premio Estatal (ahora sé que nunca se lo darán), organicé una pequeña cena en su honor en El Charco de la Higuera. Aquí debo decir que elegí tal restaurante por una cuestión simbólica: para Dapiente la higuera es un árbol lleno de significado. Es como su árbol tutelar, si cabe decirse de tal forma. ¿Por qué? Vaya alguien a saber. Será que a los poetas les gusta rodearse de signos. Entre sus obras figura un extenso poema titulado “Celebración a la higuera dichosa”. Cristóbal Monseñor y Carlos Monsiváis llegaron a comparar tal poema con “La suave Patria” de Velarde.

A la cena estaban invitados, con la consigna de dividirnos la cuenta, otros dos escritores, amigos en común, que se ganan la vida dando talleres literarios. Pero, como era de esperarse, la reunión degeneró en borrachera. Pasada la media noche alguien sugirió seguir la parranda en otro lado. Nos fuimos a un bar nudista de la zona roja. Allí Dapiente, ya encarrerado, pidió el *servicio privado* de una señorita. Como el festejado de la noche era él, resolví hacerme cargo del pago por tal servicio. Pagué trescientos pesos por una puta que no valía más de ciento cincuenta. De cualquier modo, yo no estaba dispuesto a regatear el costo de la carne en un sitio así. Soy un hombre consecuente cuando se trata de pagar vicios, los propios y los que invito a otros. Por suerte recién había cobrado mi quincena,

aunque en ese momento no sabía que dilapidaba mi último sueldo. Antes de abandonar el tugurio, Dapunte preguntó cuánto se debía pagar por los destrozos ocasionados a la dama; yo le dije que no se preocupara por esas cosas, pues todo era parte de su festejo. Quise hacerme el gracioso y le inventé que la cuenta había sido cubierta gracias al Fondo Estatal de Fomento a la Lectura, fondo que, dicho sea de paso, yo administraba en mi calidad de jefe del Departamento de Fondos Culturales. Dapunte se rió al escuchar aquello. Entre el sopor del alcohol debió creer que, en efecto, utilicé dineros públicos para pagar el servicio de la puta.

Pues bien, días más tarde, el muy bocón contó pormenores de esa noche, haciendo énfasis en mi comentario sobre el pago a la prostituta. Y lo contó a quienes no debía: al secretario de cultura y a otros tantos funcionarios estatales. No sé qué malsano placer halló en hacer tal cosa; por dar rienda suelta a su vanidad y a sus risotadas, Dapunte no vio que me estaba entregando a los leones. Así que, un lunes muy temprano llegó a la oficina un oficio de Contraloría Interna, notificándome “el congelamiento indefinido” de los fondos que administraba, “a efectos de practicarse una auditoría”. Yo, en lugar de tomarme las cosas con calma, y sin saber de dónde venía esa medida absurda, decidí ir a discutir con el contralor. Le expliqué que podía hacer cuantas auditorías quisiera, pero congelar las cuentas bancarias significaba retrasar el programa trimestral de actividades y el pago de becas a escritores, pintores, actores, músicos y promotores culturales. Cualquier burócrata sensato sabe que retrasar pagos a un artista es hacerse de enemigos gratuitos. Fue inútil razonar con el contralor. Discutimos civilizadamente por media hora, mas en determinado momento me exalté y, delante de sus seis asistentes, le dije: “contralor, no me extraña su falta de sentido común; siempre lo he considerado un pendejo”.

Dicho lo cual, salí de su oficina encabronado para dirigirme al despacho del secretario. Iba resuelto a denunciar que Contraloría

Interna intentaba boicotear las tareas del Departamento de Fondos Culturales. Ingenuo de mí, debí intuirlo todo cuando el secretario se negó a recibirme. Por lo demás, el contralor resultó ser muy amigo del gobernador y tener más influencia y margen de acción. Bastó una llamada suya a Palacio de Gobierno e informar de una supuesta malversación de fondos: veinte minutos más tarde, mi jefe (el secretario de cultura) recibía “la recomendación” de despedirme. Al medio día ya estaba firmando el finiquito. Todo a causa de una inocente broma entre borrachos que Dapuenta confundió y magnificó.

—Pero Dapuenta sostiene que tú solito te echaste la soga al cuello, por insultar a alguien de mayor jerarquía —descargó Margó cuando me contaba todo aquello.

—Y yo cómo carajos iba a imaginar que el contralor y el gobernador eran tan amigos —le respondí—, en todo caso Dapuenta no debió contar nada a nadie sobre esa borrachera.

Esa fue la primera y última vez que hablé con alguien sobre el asunto. Pero algo es indudable: Dapuenta creyó, e hizo creer a todos, que aquella noche le pagué una puta con dineros del erario público; así como también creyó que ese año le darían el Premio Estatal de las Artes. No se lo dieron. Y no por falta de méritos, su obra es muy buena, su trayectoria literaria impecable (cada dos años publica un poemario y algunos de sus libros los han traducido al inglés y al náhuatl), pero también tiene el antecedente de haberse acostado con la esposa (ahora exesposa) de Palemón Monches, el dueño del periódico *Ecos de Colima*. Monches es un hombre con dinero y, como propietario de cualquier periódico que se respete, con gran influencia política y social. Ha sido, además, mecenas de varios artistas y escritores locales. Aunque decir mecenas resulta pretencioso, en realidad les ofrece trabajo en su periódico y los pone a trabajar de negros. Le gusta publicitarse como *protector* de las bellas artes colimotas. Por estos últimos motivos, el gobernador en turno lo invita todos los años a presidir el Consejo Estatal de Reconocimientos

Artísticos, instancia que define a quién se le entrega el premio al que Dapunte ha estado nominado tantas veces. Quienes lo conocen muy de cerca dicen que Palemón Monches es el último caballero que nos queda en Colima. Tal vez por eso no desató un escándalo cuando un día, al llegar a su casa, sorprendió a Dapunte en *su* cama, bebiéndose *su* whisky y fumándose *sus* habanos; en tanto que *su* mujer, parada en un taburete y vestida de odalisca, declamaba poemas de Benedetti. Cabe decir que Palemón Monches aparece ya en muchos libros de literatura colimota. Cada escritor patrocinado por él suele dedicarle su obra. Por eso mismo no vale la pena mencionar más su nombre, salvo como el hombre que nunca permitió a Dapunte ganar el Premio Estatal de las Artes. Dejaré, pues, que Monches se difumine y desaparezca en esta línea.

Volviendo a la invitación que Dapunte me hizo para ir a Tonaya, declaro que este hecho me obligó a iniciar mi carrera literaria. No concebía presentarme a un festival de poesía sin llevar, al menos, un poema escrito con mi puño y letra. Y aquí haré una confesión para marcar un antecedente favorable: alguna vez fui poeta. Entonces tenía dieciséis años y estaba enamorado de dos compañeras en el preuniversitario: Mireya y Pamela. Ellas fueron mis primeras musas, por partida doble. Eran gemelas. Por Mireya y Pamela (que se distinguían una de la otra por una pequeña y casi imperceptible verruga junto a la ceja derecha), escribí muchos poemas que terminaron en el cesto de basura. Mireya (o quizás Pamela) fue la primera mujer que me miró con lástima cuando le confesé mi amor con versos parreados. Y Pamela (o Mireya tal vez) se rió de mí al declamarle dos cuartetos llenos de empalago. Ahí terminaron mis delirios de poeta; las musas no sólo me rechazaron, también me dejaron de hablar. “Sáquese a la chingada con sus poemitas”, me dijeron. Desde esa temprana edad renuncié a la manía de decir a las mujeres lo que siento y, derrotado, también abandoné la poesía.

Pero lo de Tonaya era otro asunto, claro. Los motivos para escribir poemas eran distintos. Uno de ellos era evitar que Margó y Lantún hicieran bromas a mis costillas: yo, un burócrata desempleado, haciéndome pasar por poeta sólo para emborracharme a cuenta de los organizadores de un festival. No. No estaba dispuesto a soportar otro escarnio. Por eso me propuse escribir mi, hasta

entonces, insospechada obra poética. Y aclaro que dispuse de muy poco tiempo.

Durante dos días me senté frente a la pantalla de la computadora, con una cafetera y tres cajetillas de cigarrillos al lado. Di muchos tumbos, tecleaba cinco palabras y borraba seis, luego la mente tornaba caballo blanco y huía lejos. Pero al cabo del primer día todo fue claridad: escribía un poemario titulado *El mar que te anida*. Al segundo día, ya de madrugada, había escrito más de treinta poemas distribuidos en cuarenta y pico cuartillas. Eso para mí ya era un libro. Mucho tiempo después, al recordar las condiciones en las que escribí aquellos poemas, asumiría que la inspiración no existe. Uno escribe por necesidad o por gusto. Esa vez yo lo hice por necesidad y, un poco también, por necesidad. Era un ignorante, un discapacitado emocional. Esa condición me molestaba; quise saber, aprender de mí y de ese puñado de gente y cosas llamadas *el mundo*. Hasta ahora nadie me ha preguntado cómo y por qué, pero si alguien lo hiciera, le diría que me hice poeta gracias a la rabiosa necesidad que dicta el instinto de conservación.

La noche previa al viaje a Tonaya le llevé los escritos a Dapunte y solicité su opinión sobre ellos. Me dijo no creer que hubiera escrito un libro en dos días. Yo todavía tenía las manos temblorosas debido a la sobredosis de caféina.

—Cabrón, a esto me orillaste con tu pinche invitación —le dije.

Yo veía en ese poemario el boleto oficial para asistir al festival de poesía de Tonaya, sin sentirme culpable. Aunque, en mi interior, ya me sentía poeta de verdad, aspirante incluso al Premio Estatal de las Artes. Me veía con futuro en las letras. La poesía me abrió las puertas de su reino. Fue generosa y amable conmigo. Me besó en la frente y dijo que la siguiera. ¿Por qué no habría yo de ser un poeta?

Tenía tan pocas cosas en qué creer. Me aferré a la única posibilidad de sentirme bueno en algo, de creerme con talento y con ganas para hacerme notar. Los amigos de mi edad ya habían alcanzado

relativo éxito en sus vidas: incursionaban en política, engrosaban las filas de la academia, saltaban a la fama conduciendo estúpidos programas de televisión, se volvían siniestros e influyentes asesores de gobierno, heredaban la fortuna y el lustre de un apellido, se volvían narcos respetados y temibles, le pegaban al premio gordo en la lotería, conseguían mujeres hermosas, hacían fortuna, nombre, ejemplo a seguir. ¿Y yo? Yo nada. Una carrera universitaria trunca y un trabajo de poco pelo eran todo en mi hoja de vida. Así que, me pregunté otra vez en voz alta y con todas las palabras bien pronunciadas: ¿Por qué no habría yo de ser un poeta?

Durante el trayecto en carretera, Dapunte habló de mi reciente obra con Margó y Lantín:

—Ahí como lo ven, Burócrata Desempleado escribió un libro en dos días, y al parecer es bueno —les dijo mientras tomaba las curvas del desfiladero de Atenquique a más de ciento veinte kilómetros por hora.

—Hombre, si fue muy fácil —dije (para darme aires de poeta subido)— lo bueno de la poesía es que no necesitas escribir la línea completa, basta poner dos o tres palabras al azar y ya tienes un verso.

—No chingues, más respeto para la musa aquí presente —chilló Lantín, dirigiendo una mirada casi obscena al escote de Margó para luego arrellanarse en el asiento del copiloto.

Margó, en cambio, se mostró más amable e interesada sobre “el hilo conductor del discurso poético” de mi libro. No recuerdo muy bien qué dije al respecto, pero hablé con suficiencia sobre la tradición del erotismo en la lírica del trópico. Ya trepados en el tema, y porque compartíamos el asiento trasero del auto, nos enfrascamos en una conversación sobre poesía colimota. Ella dijo que la poesía escrita por mujeres era superior a la de los poetas varones.

—Sólo dos o tres de ellos valen la pena, pero se debe leer a todos para darse cuenta que la poesía hecha por mujeres es de mayor calidad —pontificó Margó.

Por cuestiones de mi trabajo (es decir, mi extrabajo), conocía a la mayoría de los poetas colimotes, pero hasta ese momento no los había leído, salvo a Dapunte, claro, quien me regalaba sus libros como quien regala cacahuates. Le di la razón a Margó sin estar totalmente de acuerdo. Leer a todos los poetas en activo de Colima me parecía una tarea poco grata. Son muchos, algunos muy malos y se empeñan en publicar precipitadamente. Según el directorio de escritores que elaboró mi secretaria (es decir, mi exsecretaria), Colima tenía, en ese entonces, más de sesenta poetas, la mayoría con menos de treinta años, que publicaban insistentemente, asistían a talleres literarios, concursaban en programas de becas o tenían empresas editoriales marginales.

—Guillermina Cuevas y Verónica Zamora, por ejemplo, son dos excelentes poetas, aunque el machismo imperante en la poesía colimota les ha negado el lugar que les corresponde... ¿O tú qué piensas? —me preguntó Margó, incorporándose un poco del asiento mientras se acomodaba el escote y posaba, suavemente, una mano sobre mi rodilla.

En honor a la verdad, en ese instante sólo pensaba en cómo sería Margó en la cama y en la estrategia a tomar si, en dado momento, me delataba una erección. Para salir adelante con la conversación se me ocurrió decir cualquier tontería:

—Eso de la poesía escrita por mujeres es sólo una construcción feminista que ya deberías tirar a la basura; la poesía no es de géneros, no hay poetas hombres o poetas mujeres, hay poetas y ya; usar vestido y escribir poemas no implicar sentirse marginada por nosotros los machos; y aquí está mi maestro Dapunte, quien sí sabe de lo que hablo —dije, tratando de involucrarlo en la conversación.

—No Burócrata, a mí ni me metan en sus discusiones, cuando hablen de mi obra entonces sí opino —dijo el muy canalla de Dapunte, y siguió conduciendo como si fuera piloto del rally Dakar.

Como se puede ver, esa respuesta pinta de cuerpo entero al “Mejor poeta vivo... etc.”. Una simple frase, dicha con tal ligereza, no podría definir a un hombre cualquiera, pero a un poeta sí. La conversación que sosteníamos se volcó entonces sobre él y su pendería.

—¿Ven señores? A eso me refiero: he aquí un poeta machista y ególatra que no se rebaja a hablar de la poesía escrita por mujeres —dijo Margó al señalar inquisitoriamente a Dapunte.

—Y no sólo eso, además es un mal conductor, si sigue manejando de esa manera nos va a matar a todos —añadí en broma.

—Escúchame bien Dapunte —dijo Margó jugando al dramatismo— sería una gran pérdida para las letras colimotas que más de dos poetas perdieran la vida en sólo un día, y todo debido a tu imprudencia al volante.

—Sí, sería una tragedia para Colima perder a tres de sus poetas en un mismo accidente —dijo Lantín, quien, a juzgar por el semblante, ya estaba completamente mareado, o asustado, por la forma en que Dapunte conducía.

Entonces noté algo descompuesto en lo expresado por Lantín. Volví sobre sus palabras y reflexioné: a ver, a ver: ¿Cómo que tres poetas? Conté mentalmente a los viajantes en el auto y el resultado dio cuatro: conmigo éramos cuatro poetas, no tres. Por si las dudas, repetí la sumatoria. El mamón de Lantín estaba excluyéndome por anticipado de los libros de literatura. A mí, reciente gloria literaria surgida en la necesidad y la rabia. A mí, futuro Premio Estatal de las Artes. A mí, el afanoso y desvelado perseguidor de la poesía. A mí, autor de *El mar que te anida*, poemario destinado a ser piedra fundacional de la nueva literatura colimota.

Lo peor fue que Margó y Dapunte guardaron un cómplice y cruel silencio. También me echaban fuera del reino de las letras y, por si fuera poco, dábanme un portazo en la cara. Hice mutis, los mandé al carajo y disimuladamente les repartí un poco de odio

con la mirada. Busqué refugio en mí mismo: volví la cara hacia la ventanilla para ver pasar los cerros de Atenquique.

Se me ocurrieron tres docenas de frases para vengarme de los egoístas excluyentes. Y cada frase era mucho más ofensiva que las pensadas con anterioridad. Cada una más filosa, contundente como hoja de guillotina cayendo en la nuca de mis compañeros de viaje. Ese trío ya tendría cada cual su merecido, pensé amargamente. Ya me encargaría de bajarles su ensoberbecimiento. Si ellos tenían su arrogancia, yo tenía las más exquisitas ofensas acumuladas en mi lengua cual avispa en un panal. Mi amargura era como el firmamento, sin límites y colmado de brillos inesperados. Hasta tuve ganas de agarrar a chingadazos a Lantín. Pero me contuve. Quizás porque estaba tan cerca de Margó y el olor de su perfume resultaba agradablemente sedativo y sensual. Aparté la vista de la ventanilla y giré la cabeza para mirarla fugazmente. Me di cuenta que ella también me miraba. La ira se esfumó y en su lugar sentí un violento latigazo de lascivia.

Me excité.

Ocho segundos después buscaba una postura para estar sentado sin denotar el bulto de mi erección. Me fue imposible, porque el espacio era reducido y Margó estaba casi encima de mí. Con todas mis fuerzas mentales traté, sin éxito, de domar mi excitación. Los pantalones de mezclilla no ayudaban en nada, por el contrario, hacían más notoria la proporción de la bragueta.

Recurrí entonces a la táctica distractora. Fingí embeleso por el paisaje y, señalando con el índice, desvié la atención de Margó hacia uno de los cerros de Atenquique.

—¿Ya viste qué alto y escarpado es aquel cerro? —dije, nomás por decir algo.

—Sí, es imponente —contestó Margó, y apoyó nuevamente su mano sobre mi rodilla.

Yo sufría por aquella sensación tan placentera. Tuve que pellizcarme el antebrazo hasta hacerme un cardenal.

El pueblo de Tonaya está situado en el sur de Jalisco, al pie de la sierra de Amula y en el bordo de la región del Llano. Los tonayenses dicen que lo más bello de Tonaya son los atardeceres, porque encienden con tonalidades doradas los cerros del rumbo. Pero, hasta donde sé, la gente sólo viene a Tonaya para comprar mezcal, no para apreciar el crepúsculo. El mezcal de las destiladoras tonayenses, sostienen los borrachos profesionales, es tan bueno y noble que serviría de combustible para los autos del futuro. Por eso a mí no me sorprendió que el festival de poesía estuviera patrocinado por una casa mezcalera.

Cuando entramos al pueblo, levantando con el coche una nube de polvo, vimos un pasacalle con la siguiente leyenda: “Festival de Poesía del Llano/ Mezcal El Tonayar/ le da más cordial Bienvenida/ a las poetisas y poetas participantes”.

Margó leyó aquello y se indignó. Inmediatamente advirtió que nos mentaría la madre si la llamábamos *poetisa*. No fue necesario. Cuando llegamos a la Casa de la Cultura de Tonaya, donde nos esperaban para darnos la bienvenida, la primera pregunta para Margó fue: “¿Usted es la poetisa de Colima?”. Era inevitable que tal cosa sucediera, pues.

La Casa de la Cultura era poco más grande que un aula escolar. Sus paredes estaban adornadas con afiches amarillentos de los paisajes campiranos de Jesús Helguera. Al fondo había una pequeña mesa con un pequeño letrero escrito a mano. Se leía: “Comité de

Recepción y Registro”. El comité lo conformaban las Tres Primeras Damas del Ateneo de Tonaya. Ellas (nos enteramos poco después) fueron quienes lograron que su pueblo fuera sede del festival de poesía ese año. Para eso necesitaron competir contra el Círculo Cultural de otro pueblo llamado Copala. Se hacían llamar las Tres Primeras Damas porque, en efecto, eran las primeras y las únicas del Ateneo. Según nos contaron, formaron el Ateneo para fomentar la cultura y las bellas artes. Como una era la esposa del presidente municipal y, las otras dos, viudas adineradas, no tenían otra cosa mejor por hacer. “Porque ya es hora de acrecentar nuestra riqueza cultural, oiga usted”, nos dijo muy emocionada la esposa del presidente. En la mesa de registro nos enteramos que tenían contemplada la participación de veinte a veinticinco poetas de los estados vecinos. Y horas antes, nos informaron, había llegado un poeta de Michoacán que preguntó por Dapunte.

—Se llama Pedro Ruiz, pero registró su participación como El poeta del misterio —nos dijo una de las Primeras Damas

—Sí, él pidió su registro de esa manera —secundó la otra.

—Ajá, sí cierto, El poeta del misterio, así nos dijo, así —remató la que parecía ser media despistada.

Cuando escuchamos esto, el rostro de Dapunte se puso pálido, luego verde y, finalmente, rojo. Sacó un cigarro, lo prendió y empezó a fumar con ahínco. No comentó nada al respecto, pero era evidente, por su semblante, que hubiera deseado no haber venido a Tonaya. Margó y Lantín se animaron a preguntar quién era ese poeta del que nunca habían escuchado hablar.

—A juzgar por su seudónimo, debe ser todo un personaje —aventuró Margó.

Dapunte dijo no saber de quién se trataba. Mentía, por supuesto. Y mientras trataba de hacer creíble su mentira, me miró, circunspecto, como pidiéndome que no abriera la boca. Yo sí sabía quién era Pedro Ruiz, aunque no lo conocía. Sabía, eso sí, lo suficiente de él para intuir los motivos que hicieron a Dapunte ponerse de todos colores.

Varias veces, en diferentes circunstancias y momentos, Dapunte me habló de Pedro Ruiz. En borracheras, cuando el alcohol lo arrugaba de melancolía, revelaba episodios sueltos de su vida. No sé por qué me elegía para contarme todo eso. O no me elegía, simplemente era que yo, a diferencia de los demás, podía seguirle el paso en todas sus andanzas étlicas. Eso le bastaba para confiarme sus desahogos emotivos. Una de las cosas que más le afectaba, precisamente, era hablar de su amigo Ruiz. Pedro, Pedrito Ruiz, así lo nombraba. Entre el vapor del alcohol, Dapunte revivía momentos luminosos de una relación afectiva que terminó de manera abrupta. Yo lo escuchaba hablar y nunca pregunté detalles de aquella amistad referida a puros retazos. Hasta que un día, sentados en una mesa de El Taurino, me contó de manera lineal toda la historia. (Y aquí sabrán disculpar, pero no puedo seguir sin hablar un tantito sobre El Taurino, un lugar casi sagrado. Es la más antigua cantina de Colima, célebre también porque ahí se emborrachó Sergei Eisenstein, en 1931, cuando pasó por estos rumbos buscando locaciones para su película inconclusa *¡Qué viva México!* Hasta hace treinta años los colimotes de cepa solían ir a El Taurino a dos cosas: a emborracharse y a discutir las noticias publicadas en el *Ecos de Colima*; hoy en día solamente es frecuentada por dipsómanos nostálgicos, verbigracia Dapunte y yo).

Bueno, retomando la hebra, en aquella ocasión Dapunte me dijo que él y Pedro Ruiz se conocieron cuando jóvenes, a finales de la década de los setenta, en la Ciudad de México. Ambos de provincia. Con deseos de incorporarse a la vida literaria e intelectual de la capital del país. Se conocieron gracias al novelista *ondero*, José Agustín. No es que fueran amigos mutuos de éste, sino que Dapunte y Ruiz coincidieron en la presentación de una de sus novelas. Y asistieron por el coctel y los bocadillos, no por genuino interés al libro de José Agustín. El lugar estaba lleno de hippies melenudos vestidos de manta, morral y huaraches. Según Dapunte,

él y Ruiz se distinguían del resto por traer cabello corto y zapatos recién boleados. Esa distinción, además de no conocer a nadie en la tertulia, los hizo entablar una plática. Se supieron uno colimote y el otro michoacano y bla, bla, bla. Pero, como genuinos provincianos, no fincaron amistad sino hasta después de dos borracheras. A las pocas semanas decidieron hacer un frente común de supervivencia en la ciudad. Rentaron un cuartucho de azotea en la colonia Roma, compartiendo gastos. Los dos pasaban hambres, sin embargo querían ser escritores, mezclarse con las vacas sagradas de la literatura nacional y publicar su poesía en el ombligo de la República. Eso los llevó a frecuentar casi todos los grupos y corrillos de literatos. Se colaban en los talleres y las conferencias impartidas por autores que ellos leían y admiraban. Pero también a fiestas y reuniones de artistas, con el mero afán de emborracharse codo a codo con la crema y nata de la intelectualidad mexicana. Dapunte juró y perjuró que un día (no me dijo dónde ni el porqué), leyeron sus poemas frente a Efraín Huerta. Que el maestro los escuchó con suma atención, emocionado. Aunque, al terminar de leer, les dijo que su poesía era como de rancho. “Huerta nos dijo: ‘sus poemas tienen garra, pero son muy rancheros, les hace falta universalidad’, eso nos demolió, así que fuimos corriendo a leer a T. S. Eliot y a Ezra Pound”, refirió Dapunte. Al tiempo se hicieron cuasidiscípulos del grupo La Espiga Amotinada. De hecho, Jaime Augusto Shelley los adoptó literariamente, pero como entenados, pues al parecer Shelley nunca los reconoció como sus alumnos.

Durante tres o cuatro años malvivieron en la ciudad, sin concretar nada y haciendo una vida de literatos vagabundos. Lo que sigue en la historia a mí siempre me pareció muy pero muy difuso: Dapunte asegura que Pedro Ruiz le robó un poemario e intentó publicarlo como si fuera de su autoría en la editorial Joaquín Mortiz. Cuando Dapunte se enteró de la publicación de tal libro, fue a la editorial y le dijo al editor que el autor del poemario era él y

no Ruiz. Ante la confusión, y temiendo un escándalo, la editorial decidió no publicar el libro. De eso se desprendió una pelea y un distanciamiento entre los dos amigos. Dapunte también me dijo que Ruiz lo amenazó de muerte. Pero, según él, ni siquiera tuvo un poquito de originalidad para amenazarlo. Cito, de manera fiel, sus palabras: “Pedrito me dijo: donde te vuelva a ver, te mato. Esa no es una amenaza, es un lugar común recogido en todas y cada una de las películas del cine nacional”.

Por ese tiempo, luego del pleito y ya entrada la década de los ochenta, Dapunte regresó a Colima para convertirse en “El mejor poeta vivo... etc.”. En tanto, de Ruiz se supo que se tornó un personaje más de la Ciudad de México. Como fantasma recorría el circuito de presentaciones de libros para escandalizar, acusando de plagio o mediocridad a notables autores. Lo último en saberse de Ruiz fue que, años más tarde, regresó a Michoacán y vivía en algún pueblo del valle de Maravatío. O bien, que había muerto de cirrosis y estaba enterrado en su pueblo natal.

El final incierto de Ruiz, me parece, afectaba mucho a Dapunte. Ahora se sabía que estaba vivo. Y se encontraba en Tonaya. Por extrañas circunstancias, yo tenía la oportunidad de saber a fondo una de las historias fundamentales en la vida del mejor poeta vivo de Colima. En ese momento, parado frente a Dapunte (quien transpiraba como parturienta), me entusiasmé con la idea de averiguar todo sobre esa amistad que tanto le dolía. Uno nunca sabe, pensé, el valor de los pleitos entre literatos. Resolví que buscaría a Pedro Ruiz esa misma tarde, si fuera posible. Ahora lo pienso con detenimiento y puedo afirmar lo siguiente: tomé esa resolución por puro morbo. La gente es así, morbosa ante las historias de los otros; yo no puedo negar mi propia ruindad. Valga tan sólo una necesarísima aclaración: hasta este punto no permití que el tema Dapunte-Ruiz me distrajera de mi principal motivo del viaje a Tonaya. Deseaba leer mis poemas en público, codo a codo con otros poetas. Quería

certificarme como hacedor de versos. ¿Qué hombre con problema en su vida no quiere ser poeta? Me olvidé momentáneamente de Ruiz y Dapunte para centrar mi atención en los pormenores del festival de poesía. Era la primera vez que participaba en uno y me entusiasmaba conocer cuáles eran sus códigos y ceremoniales.

Las Primeras Damas nos instruyeron sobre el programa: las actividades iniciarían al día siguiente y las mesas de lectura se efectuarían en la plaza principal, a partir de las cinco de la tarde. Yo estuve a punto de preguntar si había alguna indicación sobre cómo vestirse, pero el sentido común me conminó a no hacer preguntas estúpidas. Las mesas estarían compuestas por cuatro o cinco poetas. Cada uno dispondría de diez minutos para leer lo que bien le viniera en gana. Me pareció poco tiempo. Yo quería leer al menos la mitad de mi reciente libro. Me programaron lecturas en dos mesas. En una de ellas tendría de compañera a Margó. Eso me agradó. También nos explicaron que, para darle un toque distintivo al festival y hacernos sentir el calor de la hospitalidad tonayense, los poetas seríamos huéspedes de varias familias notables del pueblo. Tales familias serían nuestros verdaderos anfitriones y los encargados de atendernos durante los días del festival. A nosotros nos distribuyeron en tres casas distintas.

Margó fue enviada con los Michel, uno de los clanes más pudientes del pueblo.

—*Perefecto*, les agradezco que me hayan librado de este trío de machistas —les dijo Margó a las Primeras Damas.

Las mujeres le celebraron con risas aquel desplante hacia nosotros.

Luego fue hasta el auto, sacó ella misma su maleta del baúl y la vimos subir a un jeep. El chofer era un ranchero con cara de libidinoso. El vehículo arrancó y contemplamos a Margó alejarse con su cabellera revoloteando entre la polvareda. Ni siquiera se despidió de nosotros.

A Dapunte, luego de preguntarle si quería estar con la misma familia donde acomodaron a El poeta del misterio, y tras él declinar tal propuesta, le indicaron que entonces se quedaría en casa de una de las Primeras Damas, si acaso le parecía bien. Él, nada tonto, aceptó irse a casa de una de las viudas.

En cuanto a Lantín y a mí, nos dijeron que la familia Gómez Palacios ya nos estaba esperando y no tardaría en llegar un propio para conducirnos con nuestros anfitriones. Ni bien terminaban de informarnos cuando entró en escena un tipo con espuelas. Vestía camisa de mariachi y sombrero de charro. Tenía bigotes de revolucionario y cejas de Frida Kahlo. Al caminar, sus espuelas hacían un ruido parecido al que hace un puño de monedas regadas al piso. El tipo se acercó a las Primeras Damas y preguntó por los poetas que irían a la Casona de los Gómez Palacios. Tras recibir las indicaciones respectivas, se dirigió a nosotros y se presentó. Nos dio la bienvenida con un fuerte apretón de manos. Dijo llamarse Miguel, sobrino de los Gómez Palacios. Yo calculé que debía tener mi edad, aunque sus modos y forma de hablar eran los de una persona mucho mayor. Nos explicó que la Casona de sus tíos estaba en las afueras del pueblo. Iríamos hasta allá en caballo.

—¿Cómo que a caballo? Yo no sé montar —chilló el chillón de Lantín.

—Hombre, si no tiene mayor gracia, sólo te trepas y el caballo te lleva solito —le dijo Dapunte para calmarlo un poco.

Al escuchar el diálogo, Miguel lanzó una sonrisa como lamentando nuestra condición de ciudadanos. Se disculpó a nombre de sus tíos y aseguró que tales fueron las instrucciones recibidas.

—Paseando a caballo conocerán mejor el pueblo —justificó Miguel.

—Sí, vayan a pasear —dijo una de las Primeras Damas—, por las maletas no se preocupen, en un rato las enviamos con un chofer.

Afuera de la Casa de la Cultura estaban tres caballos amarrados a un poste de electricidad. Cuando nos montamos, cada uno al suyo, el de Lantín lanzó un pequeño relincho. Él, asustado, dejó escapar un gritito muy femenino. Yo solté una carcajada como de endemoniado. Disfruté su patetismo. Miguel se bajó de su caballo, fue hasta donde Lantín y lo instruyó sobre cómo tomar las riendas. Luego se paró frente al caballo y dijo “tranquilo, no te va a pasar nada”. Lantín lo miró y agradeció las palabras de ánimo, pero era evidente que Miguel le hablaba al caballo. Yo, en cambio, dirigí mis pensamientos a Lantín: “ojalá se desboque el caballo y te partas la madre”. No me di cuenta, pero debí pensar en voz alta, porque el aludido en mis pensamientos me miró con furia.

Dapunte nos despidió como quien se quiere deshacer de una compañía incómoda. Adelantó que al día siguiente nos encontraríamos en las mesas de lectura. Para entonces ya parecía un poco repuesto de la impresión manifestada al saber que Pedro Ruiz se encontraba en Tonaya.

Miguel nos condujo por las calles del pueblo. Montaba un caballo más alto y de más porte. Él avanzaba adelante y, al verlo, la gente lo saludaba a gritos. A nosotros, en cambio, nos contemplaban con sorna. A Lantín y a mí nos era imposible mantener el equilibrio sobre la silla de montar, a cada paso de los caballos nuestros cuerpos se movían a un ritmo torpe y ridículo. Debimos habernos visto como esas muñequitas hawaianas que se colocan sobre el tablero de los autos. Pienso que Miguel también se divertía: nos exhibía por el pueblo como si fuéramos la atracción de un circo. Las mujeres nos miraban y se cubrían la boca con las manos para ocultar sus risitas. Pero para saludar a Miguel colocaban sus manos en la cintura y le sonreían con todos sus dientes. Me pareció que Miguel era un ganador: tenía muchos amigos en el pueblo y todas las mujeres jóvenes le coqueteaban.

Hicimos una breve parada frente a una taberna. Sin apearse, Miguel llamó con un chiflido a alguien del establecimiento. Del interior apareció un hombre regordete, lucía un mandil que alguna vez fue blanco y cargaba dos botellas de mezcal. Se encaminó hacia Miguel y éste tuvo que inclinarse un poco de su montura para intercambiar un breve cuchicheo. Acto seguido, ambos soltaron una festiva carcajada. Debieron hacer alguna broma sobre nosotros. Un poco después el hombre regordete se acercó a Lantín y a mí, sonriente, y nos dio una botella de mezcal a cada uno.

—Supongo que el obsequio es a nombre de los señores Gómez Palacios —aventuré.

—No, no —dijo el hombre con premura— es de parte de Miguel.

Miguel volvió la vista hacia nosotros: inclinó un poco su cabeza, tomó con una mano el ala de su sombrero y nos hizo esa rara reverencia que suelen hacer los vaqueros cuando no quieren hablar. El mezcal era nuestro pago por dejarnos exhibir ridículamente frente a todo el pueblo. Admiré a Miguel. Además de ser un ganador, el tipo tenía un retorcido y envidiable sentido del humor. Levanté un poco la botella en señal de hacer un brindis, la destapé y bebí un trago. Le ofrecí mi botella a Lantín para que también bebiera un poco, pero la rechazó. Creo que desde ese momento le caí bien a Miguel. En cambio a Lantín le agarró animadversión. Eso lo supe porque, en adelante, no volvió a cruzar una palabra con él. A mí por lo menos me hizo plática por el camino: habló de caballos. En algún punto de la charla me dijo cómo se llamaban cada uno de nuestros animales.

—El que tú montas se llama El Gateado —me dijo.

—¿Y por qué le pusieron tal nombre? —pregunté.

—Porque es de color gateado —contestó Miguel, muy serio.

—¡Ah! —exclamé, dimensionando la estupidez de mi pregunta.

Después de salir del pueblo atravesamos un extenso plantío de magueyes. Cruzamos un arroyo lodoso, pasamos dos falsetes de alambre de púas y, tras bordear una cerca de piedra, llegamos a la Casona. Salieron a recibirnos doña Paz y don Isidro Gómez Palacios. Eran afables, gritones y entusiastamente amables. Don Isidro, al mirar nuestras dificultades para apearnos de las monturas, regañó a Miguel. Le dijo que por qué no había ido por nosotros en la vagoneta azul y que qué maneras eran esas de tratar a las visitas. Todo ese cuento de pasearnos a caballo por el pueblo y el campo había sido una mentira. Qué jijo de la chingada, me dije. Sonreí conmigo mismo, autoescarnecido. Bebí otro trago de mezcal. Lantín, en tanto,

intentaba bajarse del caballo. Cuando al fin lo hizo, dio unos cuantos pasos y no pudo disimular su caminar en compás abierto. Se había rozado el muy pendejo.

Doña Paz nos llevó a nuestros cuartos. Sorpresivamente, las maletas ya estaban allí. A mí me dieron una habitación en planta alta. Tenía un ventanal de media pared con vista a un cerro horrible, pelón y ceniciento. Parecía una enorme duna formada con basura incinerada.

—Esta habitación es la mejor de todas, tiene una bonita vista al Cerro Cenizo —me dijo doña Paz.

Ante tal comentario, yo guardé un prudente silencio. Pero más tarde elogiaría la vista del paisaje cuando me enteré que a Lantín lo habían instalado en la planta baja, en una pieza contigua al establo.

Esa primera tarde, en el comedor, don Isidro y doña Paz fueron quienes condujeron la charla. Hablaron sobre ellos y su familia. Contrario a lo que yo creía, no eran esposos sino hermanos. Nunca se casaron ni tuvieron hijos. Salvo breves ausencias, habían pasado toda su vida en Tonaya. Don Isidro habló de su abuelo, un judío español que llegó a la región del Llano, en 1890, buscando trabajo en las minas de plata. No hizo riqueza en la minería, porque para ese entonces las minas ya habían dejado de producir; en cambio, se inició como pequeño comerciante de muebles y prosperó rápidamente. Al tiempo contrajo matrimonio con la hija mestiza de un soldado francés, desertor de las tropas del emperador Maximiliano de Habsburgo. De esa unión nació el padre de don Isidro, quien, llegado el momento, se hizo cargo del negocio familiar y lo hizo crecer. Fue él quien, después de la Revolución, mandó construir la Casona a las afueras de Tonaya. Allí habían crecido don Isidro y doña Paz. Ellos eran ya la tercera generación dedicada a la compra y venta de muebles hechos con materiales de la región. Tenían más de diez mueblerías, pequeñas, pero bien surtidas. Una en cada pueblo del Llano. Como se sentían viejos, preparaban todo para dejar las riendas del negocio a Miguel, su único familiar cercano.

—Por eso lo mandamos a estudiar a Guadalajara, pero largó los estudios y se regresó a Tonaya —dijo en tono de enfado doña Paz.

Los padres de Miguel habían muerto en un accidente de aviación, a principios de la década de los ochenta. Los viejos se encargaron de criarlo y darle una educación.

—Nuestra prima y su esposo iban en un vuelo de París a España, hicieron ese viaje para conocer los lugares donde nacieron nuestros abuelos; por suerte, en ese entonces, Miguel era un niño enfermizo y decidieron dejarlo con nosotros mientras recorrían Europa —comentó don Isidro.

—Fue un accidente horrible, el avión se estrelló antes de aterrizar; semanas después llegaron sus restos en dos ataúdes sellados, nos dijeron que eran ellos; ¡vaya usted a saber si era cierto! —exclamó doña Paz.

Desde su asiento, Miguel escuchaba la historia sin inmutarse, como si ya la hubiera escuchado cientos de veces. Entonces intervino:

—Mis padres murieron en el mismo avionazo en el que murió un escritor llamado Jorge Ibarguengoitia. Dicen que de él sólo pudieron identificar un pie.

—¿Cómo sabes eso? —interrogué.

—Por los recortes de periódicos viejos que mi tía guarda sobre el avionazo, y porque alguna vez leí, en alguna revista, una nota biográfica sobre el escritor —contestó Miguel.

Saber eso me hizo pensar en la necesidad de tener memoria, de recordar todo lo que pasa en nuestra vida y en las ajenas. Si Miguel hubiera emprendido el viaje con sus padres, compartiendo el trágico final, su nombre y su pequeña historia se habrían perdido al extinguirse las memorias de don Isidro y doña Paz. Él, sobreviviente por casualidad de aquel accidente, no sólo tenía presente la historia de sus padres, sino también la de un escritor a quien nunca conoció. En la memoria todo suma, así sean recuerdos de quienes apenas supimos sobre su paso por el mundo.

La charla tomó rumbos menos fúnebres y hablamos sobre temas bucólicos, algo en lo que no soy experto. Después de merendar, Miguel propuso ir a tomar un trago en una de las tabernas del pueblo. Yo acepté inmediatamente, pero Lantún alegó sentirse cansado y prefirió irse a la cama. Abandonó su silla y se alejó con un caminar lento y lastimoso. Sonará cruel, pero me alegré de sus dolencias.

Para ir a la taberna abordamos la vagoneta azul mencionada con anterioridad por don Isidro. No es que en la Casona hubiera más vagonetas de otros colores. Era sólo una forma de darle nombre y apellido a las cosas. Nunca escuché que los Gómez Palacios se refirieran a un objeto sin agregarle alguna de sus propiedades o cualidades obvias: el único árbol de naranjas en el patio, y que siempre daba frutos agrios, lo llamaban El naranjo agrio; la única mesa circular en la sala era llamada La mesita redonda; la única curva en el camino que conducía al pueblo la llamaban La curva chueca. Nombradas así, las cosas eran desprovistas de cualquier misterio y pasaban a ser parte de un universo bien ordenado.

Abordamos, pues, la vagoneta azul y tomamos camino a Tonaya.

Durante el trayecto Miguel y yo hablamos poco, pero esa conversación aún la recuerdo:

—¿De verdad eres escritor?

—Sí, pero no mucho. Se supone que soy poeta, por eso estoy aquí.

—No tienes pinta de poeta.

—¿Y cómo sabes cuál es la pinta de un poeta?

—Ellos se ven distinto, creo; tú pareces más bien un abogado que siempre pierde los casos.

—Debo suponer que has tratado muchos poetas y malos abogados en tu vida para diferenciar unos de los otros.

—Bueno, a los primeros nunca, pero a los segundos sí; en Guadalajara estudié abogacía, tenía maestros con tu misa facha.

—¿Qué facha?

—La tuya: pareces un tipo sin suerte ni talento para nada.

Ya no dije más. Me limité a fingir una sonrisa, pero de mi boca debió salir un gruñido de disgusto.

Miguel dio en el clavo, lo acepté. Lejos de tomar sus palabras como una ofensa, me asombré por su capacidad para soltar una descripción tan bien lograda sobre mi persona. Aunque en el fondo, en los recovecos de mi orgullo, me pareció una impertinencia de su parte.

Repentinamente se me fueron las ganas de sentarme en una mesa a tomar alcohol con nadie.

Siguió un largo e incómodo silencio.

Miguel conducía por un camino bordeado de huizaches y fingía estar atento al frente del volante. En medio de ese silencio, supuse algo: tal vez Miguel reflexionaba sobre el impacto de su última frase. Ya visto a la distancia, no me queda duda: de haber permanecido más tiempo callados, él se habría excusado por tal impertinencia. No sé, de cualquier modo hubiera dado igual.

Me percaté que entrábamos al pueblo y decidí romper el silencio. De súbito recordé a Pedro Ruiz y mi intención de hablar con él en la primera oportunidad.

—¿Sabes con qué familias se están quedando los demás poetas? —pregunté a Miguel, con vaga esperanza de tener una buena respuesta.

—Sí, pero no sabría decir quién está con cuál familia —respondió.

—Busco a uno de Michoacán llamado Pedro Ruiz —le dije.

—Una de las Primeras Damas dijo que don Genaro Ruiz aceptó alojar a un michoacano con su mismo apellido, y que posiblemente hasta parientes resultaban —explicó.

—Debe ser él. ¿Puedes acercarme a la casa de esa familia? —pregunté como quien pretende dar una orden.

—No sin antes pasar a la taberna para tomar un trago, parece que los dos traemos la boca seca —dijo Miguel en un dócil tono de voz y me miró, creo, con afecto.

Dicho de ese modo, y con aquél gesto en su rostro, interpreté que Miguel estaba ofreciendo una especie de disculpa. Ahora bien, haré otra aclaración más: mis interpretaciones sobre las actitudes y la conducta humana siempre han sido erróneas. Ejemplo de ello es el camino de equivocaciones y malentendidos que me condujeron al desempleo. Mis interpretaciones, pues, sobre los gestos y las inflexiones de voz en Miguel no pueden ser fiables. Pero en este caso olvidé mi pretendida posición como ofendido y apoyé la moción de dar prioridad a visitar la taberna.

Ruiz bien podría esperar.

Llegamos a la taberna. Pedimos dos vasos de mezcal. Siguiéron otros dos. Y luego dos más. Al sexto vaso ya ni siquiera me acordaba de Pedro Ruiz. En algún momento empezamos a tomar cerveza combinada con mezcal. A partir de ahí mi cabeza registró vaguedades: el humo de los cigarros flotando como una etérea nata sobre nuestras cabezas, un tarro de cristal estrellado contra el piso, la voz gangosa del tabernero, el grito de “¡Yupajajajay de Tonayasoy!” y las carcajadas de los demás parroquianos. El último recuerdo que tengo de esa noche es la imagen de Miguel abrazado a una sinfonola, cantando un corrido.

Y, como dijera Luis Buñuel, después de esa breve escena me fui a negros.

No sé en qué momento regresamos a la Casona ni cómo llegué a mi cama. Pero sí recuerdo el sueño que tuve esa madrugada. Fue intenso y absurdo. Incluso puedo contarlo hasta con minucias:

Soñé que Miguel y yo caminábamos por un sendero del Llano, descalzos, aguantando la sed bajo un sol que mordía la espalda. A lo lejos, como en un espejo reverberante, se dibujaban las torres de la iglesia de Tonaya. Íbamos en dirección al poblado, pero mientras más avanzábamos, más lejos se veía nuestro destino. Caminábamos en silencio, con resignación, apisonando los guijarros diseminados por el camino. Y de pronto, sentado bajo la raquítica sombra de un agave plantado a la vereda, apareció un hombre. Nos preguntó que por qué nos habíamos *dilatado* tanto. Yo intenté contestar a su pregunta, pero Miguel, poniendo un dedo sobre sus labios, me indicó guardar silencio. Miguel tomó la palabra y le preguntó al tipo cómo se llamaba. El hombre, que parecía no tener rasgos faciales definidos (como si llevara una media de mujer puesta sobre su cabeza), volvió la vista hacia mí, y con voz grave dijo: “Soy Pedro Ruiz”. Tan pronto como terminó la frase ya estábamos los tres sentados en la mesa de una taberna, frente a una botella de cristal iridiscente que contenía un mezcal de tonalidad mercurial. El hombre tomó la botella, alargó la mano y me ofreció de beber. Yo di un trago largo; un poco de mezcal escapó por la comisura de mi boca y terminó sobre la mesa, formando un trémulo charquito. Luego le pasé la botella a Miguel. Él bebió apenas un sorbo y devolvió el mezcal a

manos del Pedro Ruiz de mi sueño. Éste no bebió, tan sólo agarró la botella por el cuello y con ella golpeó la mesa fuertemente, igual que un juez cuando golpea el escritorio con su mazo. En ese momento su voz se hizo aguda, tal si hubiera aspirado gas helio por la boca: “Escúchenme y no parpadeen”, dijo parsimoniosamente. Entonces, llevó su mano a la barbilla en pose de quien va a decir algo interesante. Empezó a contar la historia de él y Dapunte. Las palabras salían lentamente de su boca, a cuenta gotas, mas al cabo de dos o tres frases, eran tan rápidas que apenas si podía seguir su verborrea.

Y así habló Pedro Ruiz en mi sueño:

“Dapunte es un farsante, un mentiroso o sinvergüenza, un cabrón hijo de puta, éramos hermanos, compartíamos todo, empleos mal pagados, libros, pan duro, mujeres, café terroso, alcohol, la ciudad, la mariguana, yo cantaba, escribía la vida, poesía, harta poesía, Dapunte sólo quería contarla, pinche novelista bien pinche malo, pero también era poeta y no lo sabía, un día conocimos a Cristóbal Monseñor y también se hizo nuestro amigo, visitamos tugurios, todos los vicios todas las noches, pero Monseñor tenía la mala costumbre de escribir y recitarme poemas homoeróticos, me acosaba, exploté, le dije ‘disculpe usted maestro, y no me lo tome a mal, pero qué chingados sabe usted de poesía si sólo recita puras puterías’, Monseñor, muy enojado, me mentó la madre, me dijo ‘pinche poetaastro de quinta, indio analfabeta, ignorante’, en su arrebato me aventó el gato que tenía acurrucado en sus piernas, pasó volando por encima de mi cabeza maullando como endemoniado, casi me degüella con sus garras, y le dije a Dapunte ‘vámonos a la chingada carnal’, pero no quiso, los dos me robaron poemas, todos mis hartos poemas, le puse su madriza a Dapunte, ‘te mataré’, le dije, tullido debí dejarlo, no volví a verlo, maldito él, yo solo me tiré al verso y al reverso, me burlé de todos, eran unos pendejos, manieristas, yo solito y los vicios en el verso y en el reverso, oscuro, sucio de calles,

un andrajo fui hasta el cansancio, pero no traicioné nunca, no utilicé jamás a la poesía como lo hizo Dapunte, como lo haces tú, Burócrata (y cuando el Pedro Ruiz de mi sueño decía esto, me señalaba su dedo índice flamígero y acusatorio), para cochinos e inmundos fines, tullido debería dejarte, Burócrata, tullido...”.

En ese momento se escuchó el sonido de un cañonazo, fuerte. Lo sentí retumbar con infinitos ecos en mi cerebro.

Me desperté con un intenso dolor de cabeza y terribles ganas de orinar. Miré alrededor. Por entre los cristales y las leves cortinas de la ventana penetraba un débil resplandor. Consideré que apenas estaba amaneciendo. Me levanté de la cama y salí al pasillo para ir al baño. Mientras orinaba volví a escuchar el sonido de un cañonazo. Me pareció estar soñando todavía. Infantilmente deduje que si aún seguía metido en el sueño, muy probablemente me estaba orinando en la cama. Me quité las legañas mientras sonreía por mi estúpida ocurrencia. Descorrí la cortina de la pequeña ventana del baño; al hacerlo, entró el destelló de un relámpago seguido de un estruendo. Allá afuera llovía a cántaros.

Regresé a la habitación.

Abrí la puerta y lo primero que vi fue a Margó. Percibí el olor de su perfume inundando toda la habitación. Ella estaba de espaldas y se asomaba por el ventanal. Traía puesto un pantalón blanco y entallado, sus nalgas ocuparon todo mi campo de visión. Cuando me sintió entrar, se volvió de frente. Me detuve a unos pasos de ella. El aroma de su perfume llegó hasta mi nariz en una oleada intensa. A ella le debió llegar, de la misma forma, el olor a mezcal que yo aún despedía. Margó me miró de pies a cabeza muy detenidamente. Soltó entonces una sonrisita burlona. En ese momento me di cuenta que sólo traía puesto el calzoncillo y un bulto anunciaba mi erección matinal. Ella, con toda calma, me alcanzó mis pantalones y la camisa.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cohibido mientras me vestía.

—Subí para decirte que te estamos esperando en el comedor; toqué, no contestaste, la puerta estaba entreabierta y entré, supuse que estabas en el baño y me tomé la libertad de esperarte —me dijo.

Tras su locuaz explicación, Margó volvió la cabeza para asomarse otra vez por la ventana.

—¿No se supone que estabas en casa de otra familia? —le dije.

—Sí, pero es una familia muy aburrida, son parientes de una de las Primeras Damas, así que imagínate; averigüé dónde estaban ustedes y decidí venir a visitarlos —dijo Margó. Entonces abrió totalmente la ventana y, como si fuera cosa importante, añadió jubilosamente: —¡me trajo el chofer del presidente municipal!

—¡Ah, mira, tú! ¡Qué bueno! —exclamé en tono de quien se alegra por saber algo que le importa un carajo.

—Ya conocí a doña Paz, a don Isidro y a su sobrino, me invitaron a desayunar y bla, bla, bla... —continuó su parloteo mientras se asomaba cautelosamente al exterior, cuidando de no mojarse con las gotas de lluvia que alcanzaban el alféizar del ventanal.

¿Y Dapunte? ¿Qué sabes de él? —le pregunté cuando ya terminaba de abotonarme la camisa.

—Nada, la última vez que lo vi estaba con ustedes —dijo ella y apartándose de la ventana, me preguntó con una mueca de decepción: —oye, tú, ¿ese cerro tan feo de ahí enfrente es el Cerro Cenizo?

Terminé de vestirme y bajé con Margó al comedor. Ante la mesa ya estaba Miguel, fresco, recién duchado. Ni parecía propietario de una resaca como la mía. A juzgar por la cara de todos los demás, ya había dado pormenores de nuestra borrachera. Lantín hizo una mueca de desprecio, reprobando tal vez mi conducta poco adecuada en una casa ajena. Pero lejos de sentirme apenado, yo empezaba a sentirme como en mi propio hogar. Añado a eso que doña Paz me trató con especial esmero. Me informó que la nana Mady había

preparado unos chilaquiles picosos y calduos para ayudarme a mitigar la resaca.

En este punto abriré un paréntesis para decir que me parece una irrespetuosa omisión no haber mencionado antes a la nana Mady, pero en verdad esa fue la primera vez que me percaté de su presencia. La nana Mady resultó ser un fantasma servicial haciendo labores domésticas. Al parecer llevaba muchos años al servicio de los Gómez Palacios y éstos la consideraban parte de la familia. Profesaba una solemnidad de búho, pero su rostro, aún con gestos adustos, estaba lleno de cordialidad. Miguel solía gustarle infantiles bromas y ella fingía molestarse sólo para darle gusto. Ese mismo día, por ejemplo, Miguel le pidió una pitaya para comerla de postre: “Joven Miguel, usted sabe que ya no es temporada de pitayas”, le contestó la nana Mady. “Pues entonces tráigame una tuna, pero, por favor, me le quita todas las semillas, porque luego se me atoran al salir”, le respondió él entre risas. La nana Mady dio un taconazo en el suelo y lo miró como sólo las señoras mayores saben mirar a los pinches chiquillos enfadosos. Cierro el paréntesis.

Don Isidro me aconsejó que, después de comer los chilaquiles, me tomara una Corona bien helada, seguida de una copa de mezcal. Miguel añadió que, en vez de una copa, fueran dos y luego me diera una ducha con agua fría. Margó se sentó a mi lado en la mesa y dijo algo sobre unas aspirinas. Extrajo dos pastillas y me las ofreció con un vaso de agua. De improvviso, sin esperarlo, me dio masajes en la nuca y se dedicó a hacerme unos mimos muy infantiles. Interpreté todo aquello como un flirteo. Esa mañana sentí por Margó algo más que una simple atracción sexual.

Más tarde, ya después de los chilaquiles, la cerveza y la ducha con agua fría, me sentía mucho mejor, pero en mi cabeza aún rondaban ciertas imágenes del sueño tan extraño. Convine que todas esas tonterías fueron el resultado de beber tanto alcohol. Pero me preguntaba cómo

mi cerebro había mezclado datos y nombres reales para crear un descabellado sueño. Llegué a pensar que se trataba de una revelación, un viaje astral: Miguel jugó el papel de chamán, de alucinante guía mezcalero. ¡Bah! ¡sueño al fin! Aunque...

Se tratara o no de una revelación, ahora mi interés por hablar con Pedro Ruiz era mucho mayor.

La lluvia torrencial siguió por el resto del día. Pasamos la mañana sentados en el comedor, atados a una larga y tediosa sobremesa. Don Isidro sugirió jugar una partida de dominó para matar el aburrimiento. Miguel fue por las fichas. Doña Paz y Margó se escabulleron a un rincón de la sala para platicar y ver fotografías viejas. Poco después, mientras jugábamos, vino la nana Mady cargando una bandeja. Nos acercó una botella de mezcal y cuatro vasitos. La botella tenía gusano.

—Ahora van a probar el mejor mezcal de Tonaya —dijo don Isidro y empezó a servir los vasos.

—Para mí no, gracias —dijo Lantín, haciendo un impreciso gesto. Miguel y don Isidro lo miraron con cierto enfado, igual que yo. (Por segunda ocasión tuve ganas de golpear a Lantín).

—No sea usted asqueroso, mire que el gusano estaba muy sano y limpio antes de meterlo a la botella —le explicó don Isidro.

—Sí, pero gracias, es muy temprano para tomar alcohol —se disculpó tontamente Lantín.

Seguimos jugando.

Lantín perdió todas las partidas. Cuando nos aburrimos de ganarle, dejamos de lado las fichas de dominó y seguimos tomando mezcal, en silencio. Entonces Lantín anunció que iba al baño. Se levantó de la mesa y ya no lo vimos reaparecer. Apenas se fue, empezamos a hablar animadamente mal de él. Don Isidro nos confió que le parecía un tipo muy extraño, como si tuviera una tara. Miguel

observó que, además, tenía una sangre muy pesada, de chinche. Yo aprobé las consideraciones de ambos y agregué unos cuantos descalificativos más sobre la persona de Lantín, pero no muchos, sólo los suficientes para hacer entretenido nuestro linchamiento.

En determinado momento aproveché para elogiar el mezcal ofrecido por don Isidro. Dije que nunca había tomado un licor tan sabroso. Mentí. El mezcal me supo a aguarrás, pero con ese comentario me eché a la bolsa a don Isidro.

—Sobrino —dijo don Isidro a Miguel— recuérdame regalarle una botella de este mezcal al caballero.

—¿Nomás una, tío? No le va a servir ni para mojar una muela —contestó el otro.

—Tienes razón, acuérdame entonces de darle tres botellas —convino el viejo.

Contemplé a Miguel y el tipo parecía complacido con el regalo prometido por su tío. Percibí que miraba con desespero hacia el rincón de la sala donde doña Paz y Margó estaban sentadas. Inesperadamente, Miguel se levantó del comedor y se encaminó hacia ellas. Al poco rato Margó y él sostenían una animada charla. Doña Paz había desaparecido y yo comprendí algo de golpe. Sin darme cuenta, Miguel acababa de hacer un trueque conmigo: me consiguió tres botellas de mezcal para ganarse el derecho de acercarse a Margó. Ahora él estaba allá, tratando de llevársela a la cama, y yo acá, escuchando a don Isidro hablar sobre el proceso de elaboración del mezcal con gusano. Me sentí todo un perdedor. Mejor dicho: me sentí el gusano dentro de una botella vacía. Con ganas de decirle a don Isidro que el maldito mezcal con gusanera me importaba una soberana riata.

Ya entrada la tarde, después de la comida, escampó un rato. El cielo se despejó levemente. Entre las nubes aparecieron unas cuantas ráfagas de sol y un arcoiris coronó el Cerro Cenizo. Don Isidro, Miguel, Margó y yo salimos al patio frontal a ver el paisaje recién

llovido. Don Isidro se detuvo junto al naranjo agrio y pateó una naranja podrida que yacía en el suelo.

—¡Ah, el aroma de la bendita tierra húmeda!; así debe de oler en el paraíso —dijo el viejo, y remató la frase aspirando profundamente.

El aire tenía un penetrante olor a bosta de caballo.

A los pocos minutos empezó a llover nuevamente, esta vez con más fuerza. Volvimos al interior de la Casona. Doña Paz estaba al teléfono. En cuanto colgó el aparato nos informó, a Margó y a mí, que debido a la lluvia las Primeras Damas decidieron suspender las lecturas programadas esa tarde. Aproveché el momento para comentarle a Margó que, de cualquier modo, yo iría al pueblo para verme con Dapunte. En realidad tenía pensado ir en busca de Pedro Ruiz.

—Pero sigue lloviendo y al parecer el día seguirá así, nomás te vas a mojar en balde —expuso Margó.

—No importa, necesito reunirme con Dapunte; le pediré a Miguel que me acerque al pueblo en la vagoneta azul y, si te parece, aprovechamos el viaje y te llevamos a la casa de la familia donde te estás quedando —le dije.

—No es necesario que ella regrese al pueblo —intervino doña Paz— puedo llamar más tarde a los Michel y decirles que se quedará esta noche en casa, tenemos una habitación disponible.

—Sí, por mí está bien —dijo Margó entusiasmada, y se alejó con doña Paz a conocer su recámara.

Cuando ellas nos dieron la espalada, don Isidro, Miguel y yo volvimos la vista, con poco disimulo, hacia el trasero de Margó. Al percatarnos que mirábamos lo mismo, los tres levantamos la vista hacia el techo y nos pusimos serios. Don Isidro carraspeó, dijo tener asuntos pendientes y se escabulló con premura. Yo hablé con Miguel para ponernos de acuerdo sobre nuestra ida al pueblo.

—Quiero visitar a Pedro Ruiz —le dije.

Dado que la noche anterior no fuimos al lugar donde él estaba alojado, me parecía conveniente ir esa misma tarde. Miguel me preguntó si deseaba esperar a que amainara la lluvia. A mí me daba igual ir al pueblo con lluvia o sin ella, pero el dueño y conductor del vehículo tenía la última palabra. Acordamos salir después de la merienda, porque Miguel quería tomar una siesta. Me pareció buena idea lo de la siesta y se me antojó hacer lo mismo.

Antes de ir a mi cuarto, fui al de Lantín. Quise darle la desalentadora noticia de la suspensión de actividades del festival. Toqué a su puerta y salió a recibirme. Dijo estar leyendo un libro y me invitó a pasar. Su habitación era muy pequeña, lúgubre y reinaba un olor a establo.

—Maldito, tu habitación es más confortable; la mía es una cochava —le dije.

Recorrí el cuarto en dos zancadas.

Sobre su cama vi el libro que leía: *El reloj errante*, de su propia autoría.

—¿No te parece que leerle a ti mismo es algo enfermizo? Es lo más parecido al onanismo —lo increpé.

Sin esperar una respuesta, agregué rápidamente que, debido a la lluvia, esa tarde no habría mesas de lectura. Luego me despedí dándole una palmada en el hombro. Salí rápidamente de ahí y me alejé pasillo adentro. Lantín se quedó como un imbécil, sin saber qué decir. Ese fue mi primer pequeño acto de venganza en su contra. Y lo disfruté, no lo niego.

Llegué hasta mi cuarto contento conmigo mismo. Me tiré sobre la cama y quedé profundamente dormido, como un santo lleno de gracia y bondad. Ni siquiera me quité los zapatos.

A las seis y media de la tarde la nana Mady tocó a mí puerta. Desde el pasillo anunció la merienda lista y la mesa servida. Informé que

bajaría enseguida, pero permanecí acostado otros diez minutos más, con la vista en el techo y pensando en el posible encuentro con Pedro Ruiz. ¿Qué le diría cuando lo tuviera de frente? ¿Tenía derecho a preguntarle sobre un asunto que sólo incumbía a él y a Dapunte? Y, en todo caso, ¿accedería a contarme cuál había sido el verdadero motivo y las circunstancias del distanciamiento entre ellos? ¿me contaría la verdad? ¿no me tomaría como un friki, un acosador que lo mueve la malsana curiosidad? Desgranando dudas, empecé a contemplar la posibilidad de olvidarme del asunto y dedicarme a disfrutar los días de campo en Tonaya, en compañía de Margó.

Después reconsideré. De cualquier modo, me dije convencido, iba a disfrutar el campo y a Margó, y no era tan mala idea buscar a Pedro Ruiz para preguntarle sobre su historia compartida con Dapunte. Además (pensé en el futuro), alguien deberá escribir la biografía del maestro Dapunte cuando él ya no esté en el mundo. Y quién sino yo, su amigo, para contar la vida y obra de uno de los dos mejores poetas de Colima. Así que, con motivaciones más o menos absurdas, retomé la determinación de encontrarme con Pedro Ruiz. Pero, para empezar, ni siquiera me conocía. Tampoco yo a él. No imaginaba el aspecto que tendría. ¿Sería un tipo amable o malmodiento? O tal vez muy agresivo, tal como lo pintó Dapunte. Por último, cabía la posibilidad de que estuviera en Tonaya para reconciliar su amistad con Dapunte y enterrar esa historia del distanciamiento para siempre.

De todos modos, ya tenía decidido hablar con Pedro Ruiz: había tan pocas cosas por hacer y el resto del día se anunciaba muy aburrido. Me hice el ánimo y salté de la cama, un poco eufórico. Bajé silbando al comedor. A la mesa estaban doña Paz y don Isidro, sopeando pan en tarros con chocolate. Pregunté por Margó. Me dijeron que, aprovechando otra escampada, Miguel la había llevado en la vagoneta azul a conocer la Piedra Boluda.

—Salieron hace como media hora, ya no han de dilatar —me dijo don Isidro mientras mojaba una chilindrina en su chocolate.

Me senté a la mesa contrariado. ¿Qué carajos tenía de interesante ver una piedra boluda? ¿Y en un día con lluvia? Miguel trabajaba a marchas forzadas para tirarse a Margó, deduje. Y ella, tan inocente, ni siquiera lo imaginaba. O el inocente era yo, por imaginar que era ella quien no se lo imaginaba. O los inocentes éramos Miguel y yo, porque...

—¡Ah, joven poeta! —se dirigió a mí doña Paz, interrumpiendo mis reflexiones.

—Dígame usted, hermosa señora —le respondí.

—Volvieron a llamar de parte de las Primeras Damas y dejaron una razón: que si mañana está soleado, las lecturas de poemas se harán en la plaza principal a medio día, cuando termine la misa de doce —dijo, y procedió a limpiarse el bigote de chocolate con una servilleta impoluta.

Agradecí el mensaje y me dispuse a merendar. La nana Mady me sirvió un tarro de chocolate y dos sopes gordos de costilla. Devoré mis alimentos mientras seguía con mis reflexiones sobre la presumible ingenuidad e inocencia que encarnan los involucrados en todo triángulo amoroso. El ensimismamiento culminó cuando llegó a la mesa Lantín, recién bañado, perfumado y con un libro bajo el brazo. Se había enterado, por doña Paz, que Miguel y yo íbamos a ir al pueblo. Me preguntó en qué momento nos íbamos, porque él, dijo, ya estaba listo. Yo no me lo esperaba; nunca me pasó por la cabeza llevar a Lantín como acompañante. No quería tenerlo cerca en mi encuentro con Pedro Ruiz.

—Pues no sé si vamos a ir, porque Miguel y Margó salieron a dar una vuelta por la Piedra Boluda y al parecer tardarán mucho —dije en un intento por desanimar a Lantín.

En ese momento, como si un guión de Guillermo Arriaga se siguiera al pie de la letra, se abrió la puerta principal y entró Miguel diciendo que Margó nos aguardaba en la vagoneta para ir al pueblo.

Todo se había complicado.

No sólo iría Lantín, también Margó.

Suspiré, pero sin resignarme del todo.

Tomé el último trago de chocolate.

—¡Vayamos, pues, antes que el mundo se nos acabe! —dije con falso entusiasmo.

Me despedí rápidamente de doña Paz y de don Isidro.

Sólo tuve tiempo para retomar, aunque fuera a medias, las riendas de la situación: antes de salir le pedí a Lantín (o mejor dicho, le ordené) dejar el libro que cargaba en el sobaco.

—¿Por qué? —me preguntó, cándido.

—Porque no hay imagen más patética que un tipo con un libro bajo el brazo en una tarde lluviosa —le dije, impertérrito.

Ese fue mi segundo acto de venganza contra Lantín.

Pero estoy seguro, porque lo escuché mascullar, que me mandó a la chingada.

Abordamos la vagoneta azul. Margó estaba sentada en el asiento del copiloto. Parecía tener calor y se abanicaba con la mano. Su blusa y cabello estaban descompuestos. Lantín y yo nos instalamos en el asiento trasero y ella ni siquiera volteó a mirarnos. Percibimos un olor extraño en el interior del vehículo.

—¿A qué huele? —preguntó Lantín.

Nadie contestó, pero para mí olía a pecado. Yo estaba celoso. Y no quise delatarme. Fingí indiferencia de perro aburrido. Miguel dio vuelta a la llave del encendido y en automático se prendió el estéreo. De los parlantes se escabulló a todo volumen una canción grupera. La vagoneta arrancó y la música siguió escuchándose por un largo rato. La canción resonaba en mi cabeza, como si yo mismo la hubiera escrito. Toda mi frustración estaba contenida en aquellas repetitivas y simples estrofas. Ya casi llegando a la curva chueca, Miguel apagó el estéreo.

Silencio repentino.

De poco, se instaló el ruido del motor de la vagoneta, como el ronronear de un gato.

Afuera el cielo lucía un triste gris profundo y la lluvia era una fina brisa. Las gotas de agua dibujaban pequeños ríos verticales en el cristal del parabrisas. Yo pensaba en Margó. Me puso de mal humor verla sentada junto a Miguel. Apenas se habían conocido esa mañana y me reventó suponer que ya se hubieran revolcado. Y yo, con varios años conociéndola, nunca pude llevármela a la cama.

Para colmo, el primero en hablar fue quien no debía:

—¿Entonces qué? ¿Vamos a ir a la casa de los Ruiz? —preguntó Miguel, mirándome por el retrovisor.

—No sé, a lo mejor Margó quiere ir a dar una vuelta por la plaza principal —dije, subordinando mi malestar.

—¿Qué no íbamos a encontrarnos con Dapunte? —habló al fin Margó, volviendo la vista hacia mí.

—Okey, vayamos con Dapunte o donde tú quieras y con quien quieras —dije, mirando a Margó con reproche.

Ella ni siquiera notó la brusquedad de mi respuesta. O quizás la notó y le dio igual.

—Ahora sí tengo ganas de tomar una cerveza, pasamos por Dapunte y vamos a una taberna —intervino Lantín.

—Como les plazca —gruñí, sintiendo un sabor amargo en la boca.

Entramos al pueblo. Las calles, antes polvorientas, ahora eran unos lodazales. Pasamos junto a la plaza principal llena de charcos. Doblamos a la derecha y llegamos a la Casa de la Cultura. Miguel detuvo la marcha. Yo me bajé de la camioneta y dije que iría a preguntar en qué domicilio estaba quedándose Dapunte. Afuerita de la Casa de Cultura, guareciéndose de la lluvia bajo la cornisa, se encontraban dos borrachos tomando mezcal de la misma botella. Pasé junto a ellos. Saludé:

—¡Buenas tardes, caballeros!

Como respuesta, uno de ellos estiró el brazo y me ofreció un trago de la botella.

—¡Hombre, qué amables, muchas gracias! —les dije.

Me detuve. Tomé la botella y le pegué un buen sorbo. Les devolví el mezcal y agradecí con una gentil reverencia. Los dos borrachos se sonrieron conmigo mostrando sus encías negras y desprovistas de dientes. “¡Jijos de la chingada!”; farfullé con asco cuando vi el desastre de sus bocas. Por un segundo me arrepentí de haber tomado de la misma botella, pero me resigné y seguí mi camino sin perder el aplomo.

Entré a la Casa de la Cultura. En la misma mesa, donde un día antes estaba el letrero de “Comité de Recepción y Registro”, ahora había otro en el que se leía: “Informes”. Detrás de la mesa, muerto de aburrimiento, atendía un joven de bigotito bien peinado.

—¿Se le ofrece algo? —me preguntó con voz modosita el tipo.

—Quiero saber con qué familia está hospedado el poeta Carlos Dapuenta —le dije urgido.

—¿Es usted uno de los poetas participantes del festival? —me preguntó de forma pachorruda.

—¿Qué? ¿Quiere que le declame un poema? ¡Dígame en qué casa está Carlos Dapuenta, por favor! —dije yo, apresurándolo.

El joven de bigotito bien peinado me miró como quien mira una piedra. Sacó una hoja de papel, se puso unas antiparras y con el dedo índice empezó a recorrer las líneas allí escritas. Hizo la misma operación dos veces. Luego me volvió a preguntar:

—¿Cómo dice que me dijo que se llamaba?

—Dapuenta. Carlos Da-puen-te —le contesté.

El del bigotito bien peinado ni se inmutó por mi actitud. Volvió a pasar el dedo en el papel con toda la calma. A punto estuve de arrebatarse la hoja y buscar yo mismo.

—No, en la lista de poetas no tengo a ningún Dapuenta —dijo él, muy tranquilo.

—¡Cómo carajos no, si ayer llegamos juntos a registrarnos! ¡Búsquele bien! —dije, exaltado.

—¡Le estoy diciendo que en la lista no hay ningún Dapuenta! —soltó él, a grito pelado, muy retador.

Recordé cómo me había ido la última vez que me exalté.

Capitulé en mis reclamos.

—¿No está? ¡Ah! Bueno, gracias —dije en voz corta y salí de ahí con el mismo aplomo con el que había entrado.

Pasé otra vez junto a los borrachos chimuelos, me dieron ganas de patearlos.

Al volver a la vagoneta todos debieron ver mi semblante agrio, porque me preguntaron en coro: “¿Qué pasó?”

—Nada —contesté— el pendejo ese de ahí dentro no sabe un carajo; dice que Dapunte no está en la lista de los poetas participantes.

Miguel sugirió ir a la casa de una de las Primeras Damas y preguntar directamente a ellas. Me pareció buena idea. Subí al vehículo y Miguel arrancó aparatosamente. La vagoneta avanzó diez metros por la misma calle y se detuvo abruptamente.

—¿Qué? ¿Pasa algo? ¿Se descompuso esta chingadera? —pregunté alarmado.

—No, nada, ya llegamos —contestó él.

—¡Qué cabrón! Hubieras dicho que era aquí al ladito y me iba caminando —grité, ya sin ningún asomo de respeto por nadie.

Todos soltaron una risotada.

Me bajé de la vagoneta, encabronado.

—Espérenme aquí, voy a preguntar —les ordené.

Delante de mí estaba una casa blanca y sin ventanas. Toqué una vez. Esperé. Volví a tocar. Seguí esperando. Ya estaba por tocar otra vez cuando salió una de las Primeras Damas. La identifiqué como la más bruta de las tres. Ella también me identificó, pero no sé en qué términos. Me invitó a pasar.

—No, gracias, me están esperando unas personas acá afuera —le dije— sólo vengo a preguntar en qué casa se quedó hospedado el maestro Carlos Dapunte.

—¡Ah! ¡El maestro Dapunte! —exclamó la Primera Dama.

—¡Sí, sí, Dapunte! ¡Carlos Dapunte, de Colima! —exclamé igual.

—Pues fíjese que el maestro no se quedó; se fue ayer mismo, en la tarde —dijo la mujer.

—¿Qué? Pero... ¿Cómo así? —inquirí.

—Sí, ayer —me explicó ella— después de que ustedes se retiraron a la casa de los Gómez Palacios, el maestro pidió un teléfono,

vino a mi casa para usar el aparato y, después de llamar, comentó que había surgido un imprevisto en Colima, fíjese nomás...

Yo no lo creía. Qué jijo de la chingada es Dapunte, pensé, se fue y nos dejó varados en Tonaya.

—¿Pero el maestro se fue así sin más? ¿Comentó si volvería por nosotros? —le pregunté.

—Sólo pidió el número telefónico de los Gómez Palacios, aseguró que él los llamaría a ustedes para explicarles y ponerse de acuerdo sobre su regreso —me respondió.

—Pues no, no nos llamó —me lamenté.

—¡Oh! supongo que llamará después, no se preocupe— dijo la mujer, consolándome.

—¿Recuerda si comentó otra cosa el maestro antes de irse? —le pregunté, ya por no dejar.

La Primera Dama hizo un esfuerzo mental por varios segundos y, entonces, exclamó atropelladamente:

—¡Ay, sí! ¡Qué tonta soy! Pidió la dirección de la casa de los Ruiz, donde quedó el Poeta del Misterio, dijo que antes de irse pasaría a saludarlo.

A mí me dio mala espina todo aquello. ¿Por qué Dapunte había decidido irse sin decirnos nada? ¿Y de verdad había ido a buscar a Pedro Ruiz? Me inquieté. Le di las gracias a la Dama y me despedí. Ya me retiraba cuando su voz me detuvo:

—¡Ah, oiga! ¿Ya está enterado? Mañana vamos a empezar las lecturas al medio día, después de misa de doce —me dijo ella antes de cerrar la puerta.

—¡Sí, sí, sí! —contesté medio desesperado y pegué la vuelta yendo aprisa hacia la vagoneta.

Subí al vehículo, ofuscado. Otra vez me preguntaron todos en coro: “¿Qué pasó?”

—Tenemos que ir a casa de los Ruiz, pero pícale cabrón —apuré a Miguel.

En el camino les conté lo dicho por la vieja.

Margó y Lantín tampoco lo creían.

—Pero ¿cómo que se fue? ¿Y ahora cómo nos vamos a regresar a Colima? —se preguntó Lantín sin esperar ninguna respuesta.

Margó, después de hacer pucheros de niña berrinchuda, abrió la boca para decir una sandez:

—Acuérdense que Dapunte es Tauro, y los Tauro son impulsivos; cuando toman una decisión no les importa ocasionar problemas ni dañar a los demás: son ruines y salvajes.

—¡Epa! Serénate mi pitonisa tropical; yo soy Tauro y no me comporto como dices —le contestó Lantín, como si valiera la pena aclarar el punto.

—Yo también soy Tauro —añadió Miguel, prolongando una conversación francamente tonta.

Para entonces ya habíamos recorrido varias calles y empezó a llover con más fuerza. Llegamos al domicilio de los Ruiz. Esta vez bajamos todos de la vagoneta. Corrimos hacia la casa y nos arremolinamos bajo la cornisa para no mojarnos. Margó fue quien tocó al portón. Salió a recibirnos un anciano medio cegatón. Se acomodó las gafas, recorrió con la vista nuestros rostros y reconoció a Miguel.

—¡Miguelito, qué bueno verte! ¿Cómo están tus tíos? —preguntó el viejo.

—Muy bien, don Genaro, muchas gracias —contestó el otro.

—¿Qué aires te aventaron por estos rumbos? Pasen, pasen, se están mojando —dijo don Genaro y abrió el portón de par en par.

Pasamos.

En la prisa por entrar, nos atropellamos los unos a los otros.

—Siéntense, están en su casa ¿No quieren tomar un cafecito? ¿Un mezcalito?

—No, gracias, venimos sólo a buscar Pedro Ruiz, el poeta que se quedó con ustedes —explicó Miguel.

—Pues si lo encuentran, díganle que lo estamos esperando —dijo el viejo, pero pronunció las últimas cinco palabras como en baruca.

—¿Cómo dice, don Genaro? —interrogó Miguel.

—Pues desde ayer salió de la casa y no ha regresado. Ni a dormir. Yo creí que vendría hoy, por lo menos a cambiarse de ropa. Su valija está ahí en el cuarto, todavía hecha y... (aquí el viejo se detuvo para hacer una pregunta mientras miraba el escote de Margó):

—¿Ustedes también son poetas?

—Sí —respondió Margó

—¡Ah, qué felicidad! —exclamó don Genaro, sin dejar de mirarle las chichis a Margó.

—¿Y cómo a qué horas salió Pedro de aquí? —le pregunté.

—A media tarde. Se fue en un coche, con otro poeta —contestó.

—¿Con el poeta Carlos Dapunte? —le preguntó Lantín.

—No supe su nombre. El del coche llegó y Pedro salió a recibirlo. Los dos estuvieron hablando a mitad de la calle. Luego Pedro regresó y me dijo que iría con su amigo a conocer los alrededores —detalló el viejo.

—El del coche debió ser Dapunte —anuncié con aire de quien todo lo deduce.

—Algo comentó Pedro de ir a San Gabriel o a Cuatro Caminos, pero nada más —concluyó don Genaro.

Le dimos las gracias y nos despedimos.

Estábamos como al principio, sin saber a ciencia cierta sobre el paradero de Dapunte.

Ya en la vagoneta, Margó y Lantín empezaron a hacer conjeturas fáciles: Dapunte no se regresó a Colima, vino a buscar a Pedro Ruiz y juntos se fueron a tomar unos tragos, debían estar en alguna taberna, tirados en el piso de borrachos, etcétera.

—Pues yo no estaría tan seguro de todo eso —les dije.

No tuve más remedio y les conté lo que sabía sobre la historia de ambos. Ahora sé que cometí una imprudencia: hablé sobre la amenaza de muerte lanzada por uno de ellos sobre el otro, y del semblante de Dapuenta al enterarse que Ruiz estaba en Tonaya.

Después de relatar aquello, Margó y Lantín se pusieron tensos y meditabundos. Me di cuenta que pude estar exagerando, así que intenté aligerar la tensión con alguna frase que restara importancia a lo recientemente contado. Pero de pronto, Lantín habló:

—¿Y si a estas alturas uno ya mató al otro?

—¡No digas tarugadas! —lo atajé.

—¡No, no! —dijo Margó, reprimiéndome— Lantín puede tener razón, los impulsos intempestivos de la gente de Tauro pueden desencadenar hechos fatales y...

—No nos chingues Margó —la interrumpí, harto de escucharla hablar como astróloga mal pagada— acaso el horóscopo de Dapuenta decía “Tauro, hoy vas a matar a una persona, tu color es el azul y tu número de la suerte es el cinco”.

Margó no replicó. Se limitó a mirarme con ojos de cachorro triste y empezó a morderse la uña del meñique. Parecía convencida de que se había cometido, o se iba a cometer, un asesinato.

Otra vez nos quedamos callados.

Yo me sentí como imbécil por enésima ocasión.

Miguel arrancó la camioneta y tuvo el mal gusto de encender el estéreo. De las bocinas salió otra canción emotivamente inoportuna. Inconscientemente yo empecé a tararearla.

Margó, visiblemente tensa, alargó su mano y apagó la música.

Y el silencio cayó, dramático y pesado, dentro de la vagoneta azul.

Para distendernos un poco e impedir que los demás se sugestionaran con un hipotético y absurdo asesinato, sugerí ir a tomar unas cervezas a la taberna. Tenía la boca reseca, necesitaba beber algo.

Margó me reprochó. Irritada preguntó que cómo pensaba en ir a emborracharme sabiendo que algo malo estaba pasando con Dapiente.

—Lo mismo haría él —dije con cinismo.

—¿Tú crees? —dudó ella, ensayando la suspicacia propia de toda mujer.

Su irritación bajó de intensidad. En ese momento, alentada por mi desaprensión, Margó me contó el ignominioso papel que Dapiente jugó en mi despido de la Secretaría de Cultura. Al terminar de escucharla me dieron muchas ganas de olvidar cualquier asunto relacionado con Dapiente y Ruiz. Así que insistí en ir a la taberna.

—En última instancia —farfullé— ¿a nosotros qué nos importa lo que haga o le suceda al cabrón de Dapiente? Es muy su pedo si se mete en problemas.

Margó y Lantín me miraron con cierto desprecio. Miguel hizo lo mismo, pero a través del espejo retrovisor.

Recapacité.

El comentario en verdad era poco afortunado. Traté de borrar la mala impresión generada. Recompuse mis palabras y agregué que Dapiente era una persona centrada y jamás se metería en situaciones extremas. Esto último ni yo me lo creí, pero de algo servía decirlo en esos momentos. Les recordé las conjeturas hechas por ellos mismos

y las redondee: “Dapunte y Ruiz habían dejado atrás su rencilla, para celebrarlo se fueron a poner una buena parranda”. Tenía algo de sentido porque, según don Genaro, Pedro Ruiz informó que irían a pasear a San Gabriel o a Cuatro Caminos. Y hasta donde yo sabía, porque se lo escuché decir a Miguel en algún momento, en Cuatro Caminos estaban los mejores prostíbulos del rumbo.

—Sí, pero de todas maneras debemos hacer algo, llegamos a Tonaya con Dapunte, y con Dapunte nos regresamos a Colima —sentenció Margó.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Reunir a la gente del pueblo con antorchas y salir a buscarlo entre los magueyales? —dije con esta bocota que siempre me trae problemas.

—No, la gente sensata optaría por ir a la policía y pedir ayuda para localizarlo —respondió Margó.

—Estás loca, la policía no está para buscar poetas alcoholizados... a menos que se trate de Octavio Paz —le aclaré.

—Pues deberíamos ir a buscarlo nosotros mismos —apresuró Margó.

Entonces Lantín, en uno de sus pocos aciertos, intervino para zanjar la discusión invocando el determinismo filosófico:

—No Margó, eso de ir a cazar borrachos es como darse una patada en el culo uno mismo. Si algo malo le pasa a Dapunte, es porque tenía que pasarle. Tomemos todo con tranquilidad, es probable que mañana se tengan noticias de él.

Me sorprendí.

Lantín al fin reaccionaba. Mejor todavía, pensaba. Me sentí apoyado por él. En mi interior le agradecí su elocuencia.

Así que por el momento, y a pesar de las protestas de Margó, convenimos en ir a beber unas cervezas como cristianos recién confesados, sin remordimientos.

Miguel condujo por la calle de la taberna donde nos emborrachamos la noche anterior.

Llegamos ahí en un santiamén.

Pese a la lluvia, el lugar estaba concurrido. Tardé en darme cuenta de algo: muchos de los sentados en la mesas eran los demás poetas invitados al festival. Suspendido el programa de actividades, a todos se les ocurrió hacer lo mismo (ir a emborracharse). Las mesas lucían atestadas de vasitos mezcateros, botellas de cerveza y libros. Esta es una de las cosas que observé en Tonaya sobre los festivales de poesía: los poetas cargan libros a cualquier lado, incluso si van a una cantina o se meten a vomitar en un baño público.

Apenas nos sentamos, Miguel pidió al tabernero cuatro cervezas Corona y una botella de mezcal. Alguien se acercó a saludar a Lantín. Era un poeta nayarita. Se abrazaron. El recién llegado le dio un libro de su autoría a Lantín, y éste, tal como dictan las reglas de etiqueta literarias, se lo regresó elogiosamente y le pidió que escribiera una dedicatoria. El poeta nayarita sacó un bolígrafo fino, garabateó algo en el libro y se lo devolvió. Alcancé a ver de reojo el título del libro, *La musa enloquecida*. Lantín abrió el libro, leyó la dedicatoria y puso una fingida cara de emoción. De nueva cuenta se dieron un prolongado abrazo y luego cada uno regresó a su mesa. Hice notas mentales sobre el ceremonial presenciado. Algún día a mí te tocaría hacer lo mismo.

Poco después vino una chica muy guapa. Dijo ser de Guadalajara y nomás quería saludar a Lantín. A nosotros ni nos peló. Platicaron un poco y, por lo escuchado, me di cuenta que Lantín era casi una celebridad. La chica elogió los poemas contenidos en el libro publicado recientemente por Lantín. Le habló sobre una reseña escrita por ella sobre *El reloj errante*. Le informó que el texto aparecería en el próximo número de la revista *Tierra Adentro*. Lantín agradeció. Posteriormente hablaron muy mal de un poeta capitalino, amigo o conocido por ambos. No recuerdo por el momento el nombre del aludido, pero me parece conveniente tal olvido. De refilón, se burlaron de una antología de reciente publicación en la que ellos no aparecían, titulada *Nosotros que nos amamos mucho*.

Yo volví a tomar notas mentales: desprestigiar las antologías en las que uno no está incluido.

Para mí fue una gran sorpresa enterarme que Lantín era un poeta provincial respetado. Y yo, lleno de prejuicios, lo señalaba y trataba ante los demás como si fuera un cretino. Me sentí mal. Pensé en una forma de compensarlo por el daño moral causado a su persona. Decidí que las cervezas y el mezcal que Lantín tomara esa noche iban a correr por mi cuenta. Pero no se lo dije, porque habría quedado ante los demás como un lamebotas.

Cuando al fin se retiró la poeta de Guadalajara, Margó retomó el tema de ir en busca de Dapiente.

—Si le pasa algo, nunca me lo voy a perdonar —dijo ella gravemente, mientras sostenía, a la manera de una actriz dramática, un cigarro entre los dedos.

—No le puede pasar nada: el maestro Dapiente es un hijo de la chingada, pero no es ningún pendejo —dije, bebiendo de mi Corona.

—Pues si quieren podríamos ir a darnos una vuelta por Cuatro Caminos, a ver si lo vemos —dijo Miguel, empinándose un vaso de mezcal.

—Yo digo que esperemos hasta mañana, es probable que nos eche un telefonazo para reportarse —insistió Lantín.

Yo apoyé esa última moción y, para aligerar el ambiente, propuse un brindis. Levanté mi Corona:

—A salud del maestro Dapiente —dije, ceremonioso.

Ya íbamos por la segunda ronda de bebidas cuando vimos entrar una pareja. Ella era una rubia, alta y muy guapa. Él, un tipo ni muy feo ni muy guapo, pero con facha de haber heredado los mejores genes de la raza azteca. Venían empapados. Margó y Lantín los reconocieron inmediatamente. Eran dos poetas de Aguascalientes que habían estado en Colima varias veces: Arlette Luévano y Juan Quiroz.

Margó se levantó de su silla y fue a su encuentro. Ella y Arlette lanzaron un grito de alegría y se trenzaron en un fuerte abrazo.

Lantín hizo lo mismo con Juan Quiroz, pero sin gritito. Los invitaron a sentarse a nuestra mesa. Simpáticos: se autopresentaron con Miguel y conmigo. Al verme, Arlette observó que yo guardaba cierto parecido físico con algún conocido suyo, pero no supo precisar con quién.

—Tipos como yo, con esta cara, abundan en el bajo mundo inmundo —le dije.

—Sí, pero... Bueno, ya recordaré a quién te pareces —dijo ella. Pedimos más cervezas.

La conversación se hizo más animada con la inclusión de los recién llegados. Hasta nos olvidamos por un momento de Dapiente. Supe que Arlette y Quiroz no eran pareja, pero sí amigos muy unidos en el oficio de hacer versos. Habían publicado recientemente un libro a cuatro manos titulado *Fértiles Veranos*. Según dijo Margó, estaban considerados como dos de los mejores poetas de Aguascalientes. Tras hablar bien de nosotros mismos, como cabe en toda conversación de personas educadas, desviamos la charla hacia generalidades. Hablamos entonces de Tonaya. De su clima, su arquitectura, su mezcal y sus paisajes. Miguel, como buen anfitrión, enumeró una serie de atractivos naturales y turísticos que no deberíamos dejar de visitar. Entre ellos estaba el Cerro Cenizo, la Exhacienda del Bagazo y la Piedra Boluda.

Margó dijo ya conocer la Piedra Boluda y que valía mucho la pena ir a verla. Describió el lugar como un paraje de belleza excepcional: una planicie de pastizales, al pie del Cerro Cenizo, donde sobresale una enorme piedra redonda de diez metros de circunferencia. “Es como si unos extraterrestres la hubieran puesto ahí”, añadió la muy inocente. Recordó que en Colima también tenemos una piedra notable llamada la Piedra Lisa. Esto le dio pie para contar la aburrida leyenda del dichoso monolito colimote (resumo un poco: la Piedra Lisa no es otra cosa que lo indicado por su nombre. El monolito está sobre el terreno plano de un parque. Tiene aproximadamente dos metros de alto y una de sus caras está inclinada hacia un lado, a modo de resbaladilla.

Quien se desliza de nalgas por ella, dice la leyenda, nunca se va de Colima. Mentira. Pero no hay colimote bien nacido que no se haya deslizado. Dapunte y yo nos ufanábamos de ser los únicos colimotes que jamás posamos el culo en esa piedra. Uno de los traseros más notables que se arrastró en la Piedra Lisa fue el del poeta Guillermo Prieto, cuando pasó por Colima, acompañando al presidente Benito Juárez, en su peregrinaje durante la Guerra de Reforma).

Yo, por mi parte, presumí la vista de mi cuarto, desde el cual apreciaba la altiva belleza del Cerro Cenizo.

—El Cerro Cenizo —observó Arlette— es el mismo que le sirvió de inspiración a Juan Rulfo para escribir un cuento titulado “Luvina”.

—¡Claro! —exclamé, nomás para dejar asentado que yo también sabía tal cosa.

Seguimos hablando sobre el paisaje y los pueblos del Llano tomados por Rulfo como escenarios en sus cuentos. Quiroz y Arlette comentaron que ese día por la mañana hicieron un recorrido para visitar San Gabriel, Tolimán y San Pedro. Nos recomendaron ir a conocerlos. Entonces, como si estuviera aguardando el momento indicado, volvió a saltar el tema de Dapunte.

—Por cierto —dijo Quiroz— en los portales de San Gabriel nos encontramos al maestro Carlos Dapunte.

Del sobresalto escupí el buche de cerveza recién tomado. Bañé a Lantín, pero no me importó.

Margó nos miró a todos con aprensión.

Pregunté a Quiroz:

—¿Estás seguro seguro seguro que era Dapunte?

—Pues se parecía bastante, incluso nos acercamos a saludarlo, pero no nos reconoció. Para mí que estaba borracho —apuntó él.

—O drogado —intervino Arlette— además tenía la ropa sucia, llena de lodo; era él, estoy segura, aunque igual pudo ser alguien muy parecido.

—No Arlette, sí era él, pero no se acordó de nosotros —dijo Quiroz muy convencido.

—¿Estaba con alguien más? —preguntó Margó.

—No, o al menos no nos dimos cuenta, pero lo vimos entrar trastabillando al hotel de los portales —respondió Arlette.

—¿Ves? —se dirigió Margó a mí— tenemos que ir a buscarlo.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —indagó Quiroz.

—Nada, que desde ayer en la tarde no vemos a Dapuenta, Margó está preocupada y quiere ir a buscarlo —contestó Lantín.

Miguel intervino

—Pues Margó y yo podríamos echarnos una vuelta a San Gabriel, a ver si lo encontramos en el hotel que dicen.

—Sí, vamos, vamos —dijo Margó, presurosa.

Me dio la impresión que Miguel aprovechaba la situación para llevarse a Margó. Actué en consecuencia:

—¡No! —grité, golpeando la mesa con la palma de mi mano— en todo caso vamos todos.

—Pues yo no voy —dijo Lantín.

—Pues como quieras, pero a ver cómo chingados te regresas tú solo a la Casona —le dijo Margó.

—Pues siendo así, entonces sí voy —reconsideró Lantín.

—Pues nosotros los acompañamos, si no tienen inconveniente —dijo Arlette.

—Pues entonces vayamos todos— concluyó Miguel.

Antes de abandonar la mesa, tomé la botella de mezcal y la llevé conmigo. Afuera la lluvia parecía a punto de cesar. Aún caían algunas gotas aisladas. Mientras caminábamos rumbo a la vagoneta, pensaba en que, tal como lo dijera Lantín, nos estábamos dando una patada en el culo nosotros mismos. Todo por culpa de Dapuenta. Y de Pedro Ruiz, claro. ¿Quiénes nos creíamos ser? ¿Personajes de una novela de Bolaño o, barbaridad de las barbaridades, de Bolaños?

Nangos nomás, nangos a bordo de una vagoneta conducida por un ranchero, con la pretensión de buscar a dos poetas dipsómanos, entre los que mediaba una supuesta amenaza de muerte. ¿Dónde quedaba nuestra integridad intelectual? Pocas veces me arrepiento de lo que digo o hago. Esa vez llegué al extremo de arrepentirme hasta por la ocurrencia de indagar qué había más allá en la historia de Dapunte y Ruiz.

Qué ingenua necesidad para invocar el ridículo, de ser parte de un absurdo.

Maldije la hora en que decidí contar todo a Margó y Lantín. Yo y mi gran bocota, dije para mí mismo, y me di un par de golpecitos en el mentón; a mi edad debería aprender a callarme ciertas cosas. Hacer un voto de silencio para toda la vida. O, pensé mejor, quizá el problema no era mi boca, el problema era ser amigo de Dapunte. Pero ya no sabía distinguir realmente cuál era el origen de mis problemas. Empecé a extrañar mi trabajo de burócrata, mi oficina, mi escritorio atestado de papeles y mi horario de ocho a tres. De no haber sido por Dapunte, en ese momento estaría en casa, sentado en el sillón frente al televisor, muy seguro de mi sueldo quincenal y amando como nunca mis rutinas. Pero ahora, me dije, ahora no soy más que un tipo desempleado, sin dinero, sin talento y emprendiendo la tonta búsqueda del borracho que propició mi despido laboral.

Por si fuera poco, empezaba a sentir algo por Margó. Es decir, no es que estuviera enamorado de ella, pero quería estarlo. Y me molestaba la sola idea de disputarme el amor de una mujer con un ranchero. En ese momento pedí que me cayera un rayo, pero ya ni siquiera llovía.

Miré al cielo.

Allá arriba la luna luchaba con las nubes, las deshilachaba con su terso y frío y muy cursi filo. Me detuve a contemplar el redondo fulgor que filtraba entre los grises estratos. Los demás siguieron adelante, rumbo a la vagoneta. Los miré alejarse a cierta distancia.

Parecían una pequeña y hermosa manada de ciervos caminando bajo la noche. ¿Y yo? Yo era el ciervo enfermo y cansado, incapaz de seguirles el paso.

Me sentí solo.

Con la mirada alzada de paciencia, busqué otra vez la luna. Y ahí parado, con la vista entre las nubes, destapé la botella de mezcal y bebí un trago largo largo como una pena.

De Tonaya a San Gabriel hay más de treinta kilómetros. Entre ambos pueblos está un lugar llamado Cuatro Caminos. Y se llama así porque, en efecto, tiene cuatro caminos: es una encrucijada que conduce a todos los pueblos del Llano. El único atractivo del lugar son los prostíbulos. Algunos son famosos porque de ellos han salido las esposas de narcos poderosos y políticos prominentes. Los establecimientos están abiertos las veinticuatro horas. Pero es en la noche cuando el lugar adquiere su verdadera dimensión. Los dueños de los puteríos compiten entre sí para ver quién instala en sus fachadas las estructuras con más focos parpadeantes y coloridos. Desde la cumbre del Volcán Nevado, dicen muchos, Cuatro Caminos se mira como si fuera Las Vegas. De cerca, aquello parece una villa navideña a la mitad del Llano. Por eso es inevitable el influjo nocturno que despierta ese sitio. Los hombres llegan de los cuatro puntos cardinales movidos por el mismo instinto que lleva a los insectos a revolotear alrededor de la llama de una vela. Toda la libido de los pueblos del Llano confluye ahí.

Cuando nos aproximábamos en la vagoneta, las resplandecientes marquesinas de Cuatro Caminos parecían llamarnos. Miguel disminuyó la velocidad. La música salía de cada uno de los prostíbulos y se fundía en una sola melodía. Los acordes se escuchaban, potentes, incluso dentro de la vagoneta. Afuera de los establecimientos había putas hermosas mostrando la mercancía a potenciales clientes. Conociendo a Dapunte,

pensé, este sería el lugar que elegiría para pasar la noche, no un hotel ubicado en los portales de un pueblo.

Tuve una corazonada.

—Detente por aquí —le pedí a Miguel.

—¿Dónde? —me preguntó.

—Ahí donde veas las putas más bonitas.

Fue necesario dar varias vueltas por las callejuelas de Cuatro Caminos antes de decidirnos en cuál prostíbulo las putas tenían mejor ver. Elegimos dos: El Matamoros y El Aguamiel.

Margó y Arlette se escandalizaron.

—No lo puedo creer, nosotras preocupadas por Dapunte y ustedes jugando a ser jueces en el concurso de la flor más bella del ejido —exclamó Margó.

—Tranquilas señoritas, sólo buscamos el lugar donde podría estar Dapunte; conozco sus gustos en lo que respecta a estos sitios, así que haremos una rápida inspección en los establecimientos —dije.

—¡Ah, no! Yo no entro a esos lugares —adelantó Arlette.

—Yo tampoco, no vengo vestida para la ocasión —secundó Margó.

—Vamos a ir Miguel y yo —les dije— Lantín y Quiroz se quedan con ustedes mientras volvemos.

—¡Oye, no mano, yo también quiero ir! —demandó Quiroz.

Dejamos la vagoneta estacionada bajo un arbotante. Lantín se quedó con Margó y Arlette. En las callejuelas de Cuatro Caminos pululaban tipos, algunos muy viejos y otros muy jóvenes, pero casi todos ebrios. Entraban y salían de los prostíbulos como hormigas en bocas de hormigueros.

Decidimos entrar primero a El Aguamiel. Dos sacaborrachos, altos y gordos, resguardaban la puerta de ingreso. Uno de ellos reconoció a Miguel. Se saludaron e intercambiaron frases confusas. Todavía hoy, al recordarlas, me siguen pareciendo incomprensibles. El diálogo entre Miguel y el sacaborrachos fue más o menos así:

El sacaborrachos: “¡Quiúboles tú! ¿Qué acelgas prietas? ¿Vienes a enterrar o a que te entierren?”.

Miguel: “¡Naranjas y limas chichonas!; venimos a buscar un cencerro”.

El sacaborrachos: “¡Uta pues! ¿Ahora reculamos sin caballo puesto? Aquí sólo tenemos vaquillas, no motilonos”.

Miguel: “No valedor, venimos a... ¡bueno, ultimadamente qué te importa! ¿Se puede compenetrar o qué?”.

El sacaborrachos: “Pues pásenle, pásenle. ¡Nomás quítense los tacones, porque el piso está recién trapeado!”

El lugar estaba a reventar. En el escenario una chica bailaba con una enorme iguana cargando sobre sus morenos hombros. Los clientes aullaban. Una puta hermosísima se le acercó a Quiroz. Le preguntó si le invitaba una copa. “No —dijo él— nomás venimos a ver”. La puta lo miró con fastidio, dio la media vuelta y se fue a sentar en las piernas de un tipo sombrero. Hicimos un recorrido exploratorio. Las luces mortecinas nos impedían mirar bien la cara de quienes estaban en las mesas. Dimos dos recorridos más. No encontramos a Dapunte y salimos en fila india.

Fuimos a El Matamoros y el panorama era más o menos igual, aunque las putas parecían más hermosas. Vimos una morena que hacía acrobacias en el tubo con la pericia de una medallista olímpica en salto de garrocha. Quiroz dijo que se parecía a Yelena Isinbayeva, pero en prietito. Le di la razón, el parecido era notable. Y como ahí tampoco encontramos a quien buscábamos, decidimos tomar una cerveza mientras mirábamos el espectáculo de nuestra Isinbayeva bronceada. En verdad era muy buena en el baile del tubo: cuando concluyó su número, le aplaudimos de pie.

Salimos de ahí tan pronto terminamos nuestra cerveza.

Cuando ya íbamos camino a la vagoneta, pasamos por El Parador, un prostíbulo menos ostentoso y de menor tamaño que los an-

teriores. Al lado del burdel había un estacionamiento. Ahí, de pura chiripa, alcancé a mirar el auto de Dapunte. Estaba estacionado en medio de dos camionetas ganaderas. Le hice saber a Miguel y a Quiroz mi descubrimiento. Nos acercamos a inspeccionar el vehículo: lo reconocí inmediatamente por el color (una rara y llamativa tonalidad de azul, casi morado, que denigraba no sólo al auto, también a quien se subiera en él) y por el muñequito de peluche que pendía del espejo retrovisor.

Decidimos entrar a El Parador. Tenía la certeza que encontraríamos a Dapunte entre la clientela del lugar. Pero en el interior sólo había media docena de mesas ocupadas y en ninguna de ellas estaba quien buscábamos. Volvimos a la puerta de ingreso y preguntamos a uno de los sacaborrachos si acaso vio entrar o salir a un tipo con la descripción física de Dapunte. El tipo dijo no acordarse. Le señalé el auto y comenté que esa persona era dueño de tal vehículo. El sacaborrachos entrecerró los ojos y torció la boca, esforzándose en recordar algo. Permaneció con esa mueca por un buen rato y, al fin, nos dijo haber visto ese auto estacionado en el mismo sitio desde la noche anterior.

—¿Está seguro seguro seguro? —le pregunté.

—Tan seguro como que me llamo Ulfulfo —contestó.

Yo no supe cómo tomar su respuesta. Miguel y Quiroz, en cambio, le dieron total credibilidad al supuesto Ulfulfo y lo miraron como quien acaba de revelar el último secreto de la Virgen de Fátima. Con base en eso, Quiroz dedujo que Dapunte debería estar todavía en el hotel donde lo vio entrar esa mañana, en San Gabriel. Yo, por mi parte, me esforcé en buscar una explicación lógica al comportamiento de Dapunte. Por más alcoholizado que estuviera, él nunca abandonaría su auto en un lugar como Cuatro Caminos. El apego a las cosas materiales y la desconfianza patológica de perderlas eran facetas propias de su personalidad. Varias veces lo vi dormir dentro de su auto cuando, en alguna borrachera, se declaraba incapaz

de conducir regreso a casa. Una vez le pregunté por qué prefería hacer eso en lugar de tomar un taxi. Él me contestó lo siguiente: “Porque tendría que dejar el carro estacionado en cualquier calle y ello implica el riesgo de ser robado; y cuando a un borracho le roban algo suyo, es como si lo violaran”. Tales eran las actitudes características de Dapunte. Y ahí empecé a creer, de verdad, que algo malo le había pasado.

Emprendimos el camino de regreso para notificar a los demás sobre nuestras pesquisas.

Doblábamos una esquina camino a la vagoneta cuando Lantín nos salió al paso. Estaba desencajado, con la ropa desaliñada y dos hilillos de sangre le corrían por el rostro. Miguel fue el primero en reaccionar: corrió hacia la vagoneta sin preguntarle a Lantín qué le había pasado. Quiroz lo siguió al mismo paso.

Yo tomé a Lantín por un brazo y lo arrastré conmigo.

—¿Qué carajos te pasó? —le pregunté mientras caminábamos a toda prisa

—¡Me madrearon, pendejo! ¿Qué no lo ves? —dijo humillado.

—Sí, sí, ya vi. ¿Pero dónde están Margó y Arlette? ¿Se encuentran bien? —le urgí.

—Están en la vagoneta, les dije que pusieran los seguros a las puertas mientras venía a buscarlos —contestó Lantín.

Al llegar las encontramos hechas un amasijo de nervios. Tenían los ojos llorosos. Subimos todos al interior del vehículo. Margó y Arlette le hicieron un lugar a Lantín en medio de ellas, sacaron pañuelos desechables de sus respectivos bolsos y le limpiaron la sangre del rostro.

Mientras pretendían ser enfermeras, nos lanzaron recriminaciones.

—¡Pendejos! ¿Cómo se les ocurrió dejarnos en medio de una multitud de borrachos y degenerados? Por poco nos violan —vociferó Margó.

Nunca la había visto tan enojada.

—Si no fuera por Lantín, ahora ya no seríamos señoritas —añadió Arlette.

Había sucedido lo siguiente:

Un par de tipos borrachos las confundieron con prostitutas. Ellas estaban sentadas en el asiento trasero y, dado que Lantín ocupaba el lugar del conductor, los borrachos dedujeron que era su padrote y que las estaba ofreciendo. Ellos se acercaron a preguntar si podían invitarles unos tragos a las chicas. Lantín les dijo que no. Ellos insistieron. Lantín volvió a decirles que no. Los tipos montaron en cólera y le gritaron que si era por el precio, pagaban lo que fuera. “Sacaron un fajo gordo de dólares y lo mostraron desparpajadamente”, refirió Lantín. Lo siguiente es una muestra de lo pusilánime que puede llegar a ser un hombre de letras en situaciones extremas: Lantín, ofuscado, trató de explicar que las dos chicas dentro del vehículo no eran putas, sino poetas (como si ser poeta fuera un título nobiliario o un escudo contra la corrupción sexual). Margó dijo que al escuchar eso, uno de los borrachos exclamó: “¿Y qué? ¿Nuestro dinero no vale para pagar un par de *puetas*?”. Acto seguido, el tipo abrió la puerta de la vagoneta y de un tirón llevó a Lantín fuera del vehículo. Al ver lo sucedido, Arlette saltó al asiento delantero, cerró las puertas, subió todos los cristales y puso los seguros. Afuera, en tanto, los dos tipos golpearon con exquisita saña a Lantín. Para buena suerte de él, llegó un grupo de hombres encargados de la seguridad en Cuatro Caminos, a detener la trifulca. Calmaron a los dos golpeadores y los convencieron de ir a un burdel, diciéndoles que adentro había mejores putas. Luego le advirtieron a Lantín que en Cuatro Caminos no se permitía la prostitución callejera y lo conminaron, amablemente, eso sí, a irse con sus dos chicas a la chingada. Fue en ese momento cuando él salió a buscarnos y nos encontró a medio trayecto.

Hasta aquí el breve episodio que, a los ojos de Margó y Arlette, convirtió a Lantín en héroe y a nosotros en un trío de nangos despreciables. Con todo esto se infiere lo siguiente: hay una delgada línea

entre la pusilanimidad y el heroísmo. Aquella noche, Lantín brincó esa línea delante de dos mujeres y se alzó en un estatus viril muy por encima del nuestro.

Margó y Arlette se empeñaron en volver a Tonaya para que atendieran a Lantín de sus lesiones. En realidad sólo tenía una herida en la ceja izquierda, el labio partido y una mínima, pero intermitente, hemorragia nasal. A mí me pareció exagerada la situación. Miguel hizo notar la conveniencia de ir a Tolimán, el pueblo más cercano, en donde había un centro de salud atendido por un médico amigo suyo. Nos dirigimos hacia allá inmediatamente, porque Margó y Arlette demandaban a gritos ir en busca de atención médica para Lantín.

Contrariado, saqué la botella de mezcal que había dejado bajo el asiento y me la empiné. Miguel y Quiroz solicitaron dar un trago. Bien mirado, nosotros también nos sentíamos heridos. En nuestro orgullo, pero al fin heridos.

Para hacer sentir mal a Margó, solté un comentario chantajista:

—Nomás acuérdate que ahorita nuestra prioridad es Dapunte: ¡Quién sabe si a estas alturas esté todavía vivo, el pobre!

Lantín, sosteniendo un kleenex manchado de sangre en su nariz, me lanzó una mirada fulminante. Reconocí esa mirada, era la misma que muchas veces yo le había lanzado. En ese momento Arlette dio un salto del asiento y reaccionó como tocada por una luz esclarecedora:

—¡Ah, ya recuerdo a quién te pareces! ¡A Abel Guzmán, el antipoeta colimote! Eres igualito, pero más narigón.

—Sí cierto, se parecen mucho físicamente —la secundó Quiroz, escudriñándome la cara.

Yo no dije nada y tomé aquello como una grave ofensa. Sabía quién era Abel Guzmán: un tipo detestable que, según él, escribe antipoemas, pero también publica artículos infumables en *Cartágora*, suplemento cultural del *Ecos de Colima*. Si acaso es antipoeta,

también es antipático y antisocial. Un tiempo le dio por hacer incendiarias críticas sobre otros escritores locales, y se ganó el repudio de muchos cuando publicó un libro de poemas satíricos dedicados, cada uno, a un escritor en particular. Me sentí indignado por el comentario sobre mi parecido con él. ¿De modo que me parecía a Juandelachingada, eh? Pues a la chingada con todos, incluyendo a Dapunte, dije para mis adentros. Que se joda Dapunte, que se joda, me insistí mentalmente con mucha amargura.

Busqué los ojos de Margó, necesitaba mirarla. Necesitaba reconfortarme con un leve gesto de su simpatía. Pero en ese momento ella sólo tenía ojos para la sangre que manaba de la nariz de Lantín.

Buscaba consuelo para mi desazón momentánea y no lo había. Volví a darle un trago al mezcal. Me supo a leche agria. A paño viejo mojado con jugo de naranja.

El mundo entraba por mi boca, agridulce.

A Tolimán se llega por un camino a contramano del que lleva a San Gabriel. Es igual a los demás pueblos del Llano; aunque pequeño, tiene el centro de salud más activo y la cárcel preventiva más concurrida de la región. Ahí van a parar todos los heridos de las riñas que se suscitan en los burdeles de Cuatro Caminos. Asimismo, los rijosos y borrachos problemáticos son llevados a la cárcel del pueblo. Según Arlette y Quiroz, quienes parecían saber todas las anécdotas curiosas de los literatos de la región, el borracho más célebre que cayó en esa cárcel fue Juan José Arreola.

Contaron que un día el maestro Arreola, siendo ya una vaca sagrada, vino desde Zapotlán a conocer los burdeles de Cuatro Caminos. En esa ocasión, y contraria a su costumbre de ir solo a todos lados, se hizo acompañar de un amigo. En calidad de incógnitos, se instalaron en la mesa de un tugarío a beber tranquilamente y mirar el espectáculo. Todo iba bien hasta que un camarero malicioso les sirvió, haciéndola pasar por brandy, una botella de mezcal endulzada con piloncillo. Cosa tal significó una afrenta para el inteligente paladar de Arreola. El maestro se enojó. Lanzó la botella al piso e insultó, con su correcto e impecable uso del español, al cantinero, al dueño del establecimiento y a quien se le puso enfrente. Como el propietario de burdel no estaba obligado a reconocer entre su clientela a un genio de las letras, y tampoco a soportar insultos culteranos, llamó a la policía y pidió que se llevaran a ese raro hombrecito ebrio quien, dicho sea de paso, vestía traje negro y pajarita. Entre

cuatro policías sacaron de cantarito a Arreola y a su amigo. Los llevaron a una celda de la cárcel de Tolimán, nomás mientras se les bajaba la borrachera. Antes del amanecer, el alcalde del pueblo se enteró que a quien tenían encerrado ahí dentro era, para sorpresa de todos, un figurín de las letras nacionales. El propio presidente municipal fue a abrirle la celda. Le ofreció disculpas y solicitó el autógrafo de Arreola en un ejemplar de *La Feria*. Años después, un poeta de Tolimán, llamado Manuel o Emanuel Palacios, convenció a las autoridades de colocar una placa en la misma celda donde encerraron a Arreola. La placa sigue ahí. Tiene inscrita una fecha y la siguiente copla tomada de las páginas de *La Feria*: “Vamos juntando virutas/ en casa del carpintero/ las cambiamos por dinero/ y nos vamos con las putas”.

En el centro de salud de Tolimán constatamos que, en efecto, el pequeño consultorio acondicionado como una sala de emergencias mantenía una actividad telúrica. En el vestíbulo vimos a dos borrachines, descalabrados, bañados en sangre. Uno de ellos lucía una mano exageradamente inflamada y medio sanguinolenta. El hombrecito lloraba como un crío. A cada rato preguntaba al médico si le amputarían los dedos. El médico vio las placas de rayos equis tomadas de la mano lastimada y, guiñándole un ojo a la enfermera, le dijo al borrachín: “Amigo, me parece que cortaremos toda la mano”. El hombrecillo puso cara de terror y ahogó un gemido. Me pareció una broma bastante cruel, pero yo tampoco habría desaprovechado la ocasión para hacerla.

En cuanto a Lantín, sólo necesitó un par de puntadas en la herida de la ceja. Y aunque el médico nos atendió con premura, casi amanecía cuando retomamos el camino a San Gabriel. El sol ya se anunciaba tímidamente cuando pasamos de nueva cuenta por Cuatro Caminos. Más adelante, entre la huizachera que bordea la carretera, vimos volar una parvada de urracas. Eran un manchón

amarillo y negro de alharacas. Ya bajando una loma, y tal como lo apuntara Juan Rulfo en uno de sus cuentos, nos tocó ver el pueblo de San Gabriel saliendo de la niebla, húmedo de rocío. Allá lejos, entre los demás cerros, distinguí la silueta del Cerro Cenizo.

—¿Ese no es el cerro que se mira desde la ventana de mi habitación? —le pregunté a Miguel

—Sí, sólo que visto del otro lado; pero desde Tonaya se mira más bonito —me dijo con un dejo de orgullo.

A San Gabriel entramos por su calle principal, empedrada y plagada de perros callejeros. La lluvia de la noche anterior había dejado un vientecillo helado y pequeños charcos de agua cristalina. Fuimos derecho hasta topar con la plaza. En la acera próxima a los portales, dos mujeres de rebozo instalaban mesas junto a unos anafres con ollas humeantes. Tras de ellas, pegada al muro de una casa, sobresalía una cartulina con un letrero escrito con caligrafía candorosamente infantil. Decía lo siguiente: “Ay menudo bien calentito y café de holla para desayunar”.

Todos reparamos en las faltas ortográficas, pero nadie dijo nada. En otras circunstancias alguno habría hecho al menos una broma. Lo sé porque casi todos los poetas, llenos de pedantería, creen tener un comentario gracioso al descubrir palabras mal escritas en anuncios callejeros. Es una costumbre que estimo detestable. Muchas veces soporté los comentarios de Dapunte, burdos y sin gracia, cuando nos topábamos en la calle con letreros así. Algunos poetas se sienten príncipes de las palabras y blanden el diccionario como si fuera un cetro. Lo malo es que caen gordos.

Estacionamos muy cerca de las vendedoras de menudo.

Bajamos todos de la vagoneta y nos enfilamos hacia los portales. Arlette y Quiroz iban delante, mostrándonos el camino hacia la discreta puerta del hotel donde vieron entrar a Dapunte. Mientras avanzábamos, volví la vista a la plaza. En uno de los bancos estaban

varios ancianos sentados al sol. Eran tres o cuatro y nos miraban como quien mira una desfile de carnaval. Por momentos intercambiaban cuchicheos. Más allá, en otro banco, vi a un hombre tendido boca arriba, despatarrado. Parecía dormir.

La puerta del hotel estaba cerrada. Quiroz tocó varias veces. Apareció un recepcionista modorro y malhumorado. Ni siquiera saludó. Abrió la puerta de par en par y nos dio la espalda para dirigirse al interior. Lo seguimos todos en silencio, como un hato de ganado cuando le abren la reja del corral. Una vez instalado detrás del mostrador, el recepcionista nos dio los buenos días. Preguntó cuántas habitaciones queríamos.

—Ninguna, venimos a preguntar por una persona que está hospedada aquí —dijo Quiroz.

El recepcionista sacó de algún lugar un pesado libro de registro y preguntó por el nombre del huésped.

—Carlos Dapunte —dijimos en coro.

El recepcionista dio vuelta a las hojas del libro varias veces.

No había nadie registrado con ese nombre.

—A ver, entonces es posible que la habitación esté a nombre de Pedro Ruiz —intervine yo.

Nuevamente el hombre revisó el libro. Tampoco había nadie llamado así. Quiroz le explicó que el día anterior, por la mañana, había visto entrar al hotel a la persona que buscábamos. Otra vez hicimos el ejercicio de describir físicamente a Dapunte. El recepcionista dijo no recordarlo. Le pedimos que volviera a revisar el libro.

Nada.

Yo me desesperé, deduje que en todo caso Dapunte, o Ruiz, pudieron utilizar un nombre falso.

Salimos del hotel, pensativos. Ya para ese entonces el cansancio en todos era evidente. En la calle hacía un poco de frío. En determinado momento, mientras caminábamos, Margó se acercó a mí y me rodeó la

cintura con sus brazos. Yo le puse uno de los míos sobre sus hombros. Margó estaba exhausta y tiritaba, más de sueño que de frío. La arropé un momento con ambos brazos. Sentí que ella se arrumaba del mismo modo que una niña busca la protección y calidez de su padre. Ya conocía esa sensación: la pequeña hija de mi hermano me abrazaba igual cuando alguien la hacía llorar, casi siempre terminaba dormida en mis brazos. Así, llevando del hombro a Margó, pensaba: estoy jodido, ella empieza a verme como un hermano, no como un posible amante. Esta vez su cercanía y el olor tenue de su perfume no provocaron ninguna reacción libidinosa en mí. La sujeción amorosa y sexual que pretendía sentir hacia Margó parecía desvanecerse. No me explico de qué manera una mujer puede dar a entender ciertas cosas sin siquiera decir una palabra. Margó me estaba marcando límites. De pronto quise resignarme y hasta encontré alivio: ya podía dejar de lado un lastre de libido y emociones que, por ratos, me estresaba violentamente. Sentí ser un monje acercándose a la paz espiritual. Me levanté el ánimo a mí mismo a través de la autocompasión. ¿Para qué quería yo ahora una relación amorosa, si ni siquiera tenía empleo y no sabía hacia dónde apuntaba mi futuro?

Propuse ir a tomar algo con las mujeres de los anafres. Un buche de cafeína caliente nos caerá bien, les recomendé a todos. Cada uno pidió un jarro de café. Miguel, Quiroz y Arlette dijeron tener un poco de hambre y decidieron sentarse a la mesa a tomar un plato de menudo. Mientras ellos desayunaban, Margó y yo tomamos nuestros jarros y cruzamos la calle para ir a sentarnos en un banco de la plaza. Pasamos junto a los ancianos friolentos y seguimos de largo sin saludar. En el siguiente banco estaba el hombre que parecía dormitar. Al aproximarnos lo suficiente, pudimos ver la cara del tipo.

Y nos sorprendimos gratamente.

El hombre acostado allí, en el banco de la plaza, era el mismísimo Dapiente.

Margó lanzó un grito de emoción. Los ancianos friolentos del banco de al lado nos miraron con extrañeza. Inmediatamente después mostraron sus sonrisas chimuelas.

Me acerqué lo suficiente a Dapuenta. Olía a mezcal y vómito. Vestía ropa sucia, ajena, de una talla más grande que la suya. Parecía estar profundamente dormido. Margó y yo lo zarandeamos varias veces mientras lo llamábamos por su nombre. Al fin abrió los ojos y nos miró fijamente.

—¡Cabrón, llevamos un chingo buscándote! —le espeté.

Dapuenta no respondió. Se incorporó un poco para sentarse. En ese momento, advertidos por el grito de Margó, se acercaron Arlette, Quiroz y Miguel. Rodeamos a Dapuenta. Todos le hablábamos a la vez. Él se limitaba a mirarnos, inexpresivo. Margó lo abrazó con ternura. Arlette le dedicó unas caricias en su rala cabellera. Yo le acerqué mi jarro de café y le di a beber. Ni siquiera fue capaz de darle un sorbo. No reaccionaba.

—Se ha de haber malviajado —conjeturó Quiroz— llevémoslo con un médico.

Miguel se puso en cuclillas, tomó la cabeza de Dapuenta entre ambas manos y acercó su nariz a la boca de nuestro amigo poeta. Olió su aliento como un veterinario cuando huele el hocico de los perros para hacer un diagnóstico.

—No, lo que tiene es una tremenda borrachera con mezcal, necesita dormir una buena mona —nos dijo Miguel, convencido.

Yo insistía en hablarle a Dapuenta y hacerle preguntas en un intento por hacerlo volver en sí.

—¿Dónde estabas? ¿Dónde está Ruiz? —le pregunté, impaciente. No tuvo respuesta.

Intenté nuevamente. Alcé la voz y marqué pausas entre cada palabra. Insistí en la pregunta sobre el paradero de Ruiz. Nada, ni un gesto de parte suya.

Dapuenta estaba ido.

Desistí del interrogatorio y nos dispusimos a llevarlo hasta la vagoneta. Entre Lantín y yo conformamos la Comisión de empuje. Cargamos a Dapunte por los hombros. Por suerte se dejaba llevar y daba pequeños pasitos junto a nosotros. Pasamos nuevamente por el banco de los ancianos friolentos. Nos habían estado mirando durante todo ese tiempo. Sorpresivamente uno de ellos se puso de pie y nos habló.

—¿Él es su amigo? —preguntó el viejo, señalando a Dapunte con el índice.

Yo asentí.

El anciano me hizo una señal con la mano indicando que me acercara. Supuse que algo relevante me diría sobre Dapunte, o tal vez sobre Ruiz, si acaso los había visto juntos. Solté a Dapunte, Miguel tomó mi lugar en la Comisión de empuje y siguieron todos adelante. Yo volví sobre mis pasos y fui hasta el viejo. Pidió que me aproximara aún más. Pude percibir su olor a mezcal avinagrado. El viejo me habló al oído y dijo una frase incomprensible. Fue esta:

“Todas las piedras son del fuego”.

Yo me aparté de él inmediatamente, contrariado. Me pareció una tozudez y una pérdida de tiempo detenerme a escuchar los dichos de un anciano alcohólico y gagá.

Me alejé echando pestes.

Apresuré el paso y alcancé a los demás. Lantín quiso saber qué me había dicho el viejo:

—Que Dapunte trae abajo el cierre de la bragueta —le dije.

Margó y Arlette soltaron una risita nerviosa. Nadie quiso constatar si de verdad la bragueta del pantalón de Dapunte estaba abierta. Seguimos el camino.

Subimos a Dapunte a la vagoneta y lo acomodamos en el asiento trasero. Como no había espacio suficiente para todos ahí atrás, Margó optó por sentarse en las piernas de Lantín. Yo me instalé en el asiento delantero, de copiloto.

Salimos de San Gabriel por la misma calle de entrada, sólo que en sentido contrario. De pronto el pueblo parecía más populoso. El sol estaba radiante; la gente iba y venía, llevando canastos colmados de maíz, recipientes con leche, fardos de leñas, ramos de flores. Dentro del vehículo nos dedicamos a mirar a Dapunte. Contemplábamos su rostro sumido en una estupidez lejana e incomprensible. Estaba y no estaba con nosotros. Por momentos su expresión adquiría la quietud de una vaca.

Cuando pasábamos por Cuatro Caminos le pedí a Miguel que se acercara al lugar donde estaba estacionado el carro de Dapunte. Como íbamos muy apretujados, se me ocurrió la posibilidad de llevarnos el auto y distribuir ocupantes en ambos vehículos. Esperaba que Dapunte trajera las llaves en alguna parte de su ropa.

Registramos todos sus bolsillos.

No traía nada encima. Ni su billetera.

—¿Dónde se habrá metido este hijo de la chingada para no traer siquiera su propia ropa? —preguntó Lantín al aire.

Yo aproveché el momento para volver con mi interrogatorio. Una y otra vez le formulé a Dapunte preguntas sobre el paradero de Ruiz. De nuevo nada. Lo sacudí violentamente por los hombros buscando alguna reacción de su parte.

Ni un parpadeo.

Tenía los ojos entreabiertos, la mirada perdida en una lejanía inconmensurable.

—¡Déjalo en paz, ya nos dirá cuando se sienta mejor! —me retó Margó.

En ese momento Dapunte movió los labios y dejó salir un murmullo casi inaudible. Guardamos silencio:

—¿Qué? ¿Qué carajos dijiste? —le grité.

Él volvió sus ojos hacia mí y habló muy quedo, entre dientes. Apenas si lo escuché:

—Luvina —dijo.

Nos pareció que deliraba.

Después de eso bajó la vista y se sumió otra vez en el mutismo. Volví a preguntarle cosas. Ya no respondió.

Decidimos abandonar el auto de Dapiente en Cuatro Caminos y volver más tarde con un cerrajero o un mecánico que nos ayudara a llevarlo hasta Tonaya. Miré mi reloj. Eran las ocho de la mañana de aquel domingo tan extraño. Entre los rayos oblicuos del sol matinal, Cuatro Caminos semejaba un cementerio de altos y anchos mausoleos. Por las calles lodosas caminaban borrachos solitarios. Su caminata era una disgregada procesión de muertos vivientes. Yo estaba cansado y todo me parecía ilusorio. Quedaba refugiarme en la idea de que éramos personajes de una película de bajo presupuesto. “Esto es irreal —me dije— este mundo es de utilería”.

Miguel echó a andar la vagoneta. Nos alejamos de ahí con nuestro propio zombi borracho en el asiento trasero. De algún tugurio, de El Matamoros tal vez, escapaba una melodía de acordeones melancólicos.

Otra vez en el camino me esforcé por distraerme con el paisaje. Si en ese momento había algo de realidad, ésta estaba allá afuera, en los arbustos de huizache, los cactus del Llano y el graznido de las urracas.

En la puerta principal de la Casona encontramos a la nana Mady tronándose los dedos. Era evidente su mortificación. Se dirigió a Miguel diciéndole que doña Paz estaba muy preocupada porque no llegamos a dormir, y don Isidro, añadió, se había ido al pueblo a buscarnos. Cuando Lantín y yo bajábamos en hombros a Dapunte, la nana Mady se santiguó e invocó a todos los santos del cielo. Preguntó si el hombre estaba muerto. Eso nos hizo gracia. Miguel se rió a carcajadas y ella fingió molestarse. Dio la media vuelta y se fue a ponerle más agua a los frijoles.

Entramos a la Casona. Doña Paz ni siquiera mostró sorpresa cuando vio llegar a toda una tropa cargando en hombros a un desconocido.

—¡Vaya que estuvo buena la parranda! —incredó a Miguel.

Miguel no pronunció palabra y agachó la cabeza.

Me entrometí. Ofrecí disculpas a nombre de todos. Pedí a Margó que le explicara a doña Paz la situación mientras llevábamos a Dapunte hasta mi habitación. Lo cargamos escaleras arriba. En algún momento, mientras forcejeábamos en los peldaños, Dapunte intentó reaccionar. En sus ojos aguachentos se reflejaba todo el mezcal del mundo, pero tuvo ánimos para separar los labios y llamar a Pedro entre balbuceos. “Pedro, Pedrito”, murmuró. Luego se sumió en su nebulosa. La manera de pronunciar aquel nombre me pareció una especie de lamento lleno de pesar y tristeza. Me resistí a pensar en las muchas posibilidades que hacen a un hombre parecer triste cuando pronuncia el nombre de otro hombre. Opté por clausurar

mi mente y me limité a cargar a Dapunte como si se tratara de un costal de maíz. Una vez en mi cuarto, lo metimos en la cama. Lantín tuvo especial cuidado en acostarlo de lado, para facilitarle las cosas en caso de que quisiera vomitar. Tan pronto sintió la blandura del colchón, Dapunte se ovilló y gimió antes de cerrar los ojos. En esa posición parecía un feto crecido sobre la cama.

Bajamos a reunirnos con los demás.

Margó aún seguía explicándole lo sucedido a doña Paz. Ella parecía comprender y preguntó si acaso no sería conveniente llamar a un médico. Miguel insistió en no ser necesario. Sólo había que dejar dormir a Dapunte, recomendó otra vez. Nadie tuvo la cortesía de presentar a Arlette y a Quiroz con doña Paz, así que lo hicieron por sí mismos. En cuanto los saludó, doña Paz cambió de actitud radicalmente. Les dio la bienvenida efusivamente. Parecía complacida de tener más gente en casa. Miró a Arlette y elogió su abundante cabellera y sus ojos verdes. De Quiroz sólo dijo que parecía ser un hombre muy serio y educado.

—Pero, pasen al comedor a tomar algo, de seguro viene con hambre —invitó a todos doña Paz.

Miguel se enfiló a la mesa. Quiroz y yo lo seguimos.

La nana Mady servía ya el café, queso, tortillas y frijoles refritos. Taqueamos de pie.

Entre taco y taco, doña Paz nos recordó sobre las actividades del festival de poesía. Teníamos cerca de tres horas para descansar un poco, asearnos e ir a la plaza principal de Tonaya. Margó y Arelette quisieron tomar un baño y mudarse de ropa. Como sus maletas estaban en las respectivas casas asignadas, Miguel se ofreció a llevarlas. Quiroz, por su parte, prefirió quedarse en la Casona a hacer tiempo. Miguel regresaría después por nosotros para acercarnos. Quedamos de reunirnos todos en la plaza principal a la una de la tarde. Yo aclaré que tal vez no iría, a menos que Dapunte despertara de la mona. No me parecía conveniente dejarlo solo.

Al marcharse Miguel y las chicas, Lantín se escurrió a su habitación para dormir. Doña Paz y la nana Mady fueron a la cocina llevando consigo un altero de platos. Quiroz y yo salimos al patio frontal a sentarnos en unos equipales bajo el tejado. Él se dedicó a mirar el paisaje y yo a pensar en Dapunte y Ruiz. No podía imaginar qué había pasado con ellos durante las horas anteriores. La interrogante sobre el paradero de Ruiz me inquietaba; también el deplorable estado de Dapunte. Le di vueltas al asunto y no logré sacar nada en claro. Confíe en la posibilidad de que Pedro Ruiz regresara por sus propios medios a Tonaya.

Al poco rato de estar bajo el tejado vimos una figura a caballo acercándose por el camino. Venía a medio trote. Al acercarse lo suficiente pude reconocer a don Isidro. También reconocí su montura: era El Gateado.

—Ese caballo que monta el viejo se llama El Gateado —le dije a Quiroz para hacerle plática.

—Claro, es obvio, si su color es gateado —me contestó Quiroz con soltura.

Preferí no continuar la conversación.

El viejo y el caballo se fueron aproximando hasta detenerse frente a nosotros. Don Isidro nos dedicó un saludo y se apeó con agilidad.

—¿Y luego? Parece que no pasaron una buena noche —aventuró.

Mientras le ayudaba a desensillar al animal, le conté que fuimos a buscar un amigo a San Gabriel. Resumí la historia y concluí informando que nuestro amigo estaba dormido en mi cama. Le presenté a Quiroz y, ni bien finiquitó las demostraciones de cortesía, el viejo se encaminó rumbo al corral tirando tras de sí al caballo.

—Aguántenme aquí un tantito, voy por la medicina —dijo don Isidro.

Desapareció diez minutos para regresar después con una botella de mezcal y sus respectivos vasitos.

Esto les va a caer bien, dijo, y sirvió nuestros vasos, pero no el suyo.

Don Isidro se sentó a nuestro lado. Comentó su encuentro con Miguel en el camino, muy cerca de la curva chueca. Al parecer, Miguel alcanzó a referirle nuestra visita a Cuatro Caminos. Por tal razón, el viejo decidió contarnos sus propias historias de cuando él, siendo joven, visitaba los burdeles. Quiroz y yo nos aprestamos a escucharlo atentos.

Contó que, en ese entonces, Cuatro Caminos sólo tenía dos o tres burdeles. Los establecimientos gozaban de mejor fama y su concurrencia era más distinguida. Por aquella época operaban de manera muy discreta y su clientela la componía gente de cierto estatus de los pueblos del Llano. Eran sitios de esparcimiento, provistos de algunos lujos. Describió el de mayor categoría: contaba con un salón de apuestas y una pequeña sala equipada con proyector de películas. Todas las semanas exhibían cintas mexicanas y, de vez en cuando, alguna que otra gringa. Él, dijo don Isidro, “no solamente acudía para divertirse con las pintarrajeadas, también iba a mirar cine”.

Su relato lo dedicó a detallar la ambientación de los burdeles y las costumbres imperantes en el ejercicio de la prostitución. Fue realmente prolijo al describir el ritual de las putas cuando lavaban el pene de sus clientes, antes y después de copular (puso empeño al recordar el color de las palanganas de porcelana que servían para tal fin, la textura de las toallas y el perfume del jabón utilizado). Aunque una de las cosas más curiosas fue escucharlo decir que José Mojica, el famoso tenor mexicano convertido en monje, solía ser cliente de uno de los establecimientos.

Yo no sé mucho de música, pero sí de cine. Y según la película *Yo pecador* de 1959, que he visto más de una vez (con José Mojica interpretándose a él mismo, Pedro Armendáriz interpretando el ranchero de siempre, y la argentina Libertad Lamarque interpretando a una madre mexicana, bien sufrida y bien abnegada), Mojica se retiró en pleno éxito de su carrera para tomar los hábitos franciscanos, allá por mil novecientos cuarenta y tantos. Así que interrumpí a

don Isidro y le hice tal observación. Él contestó que, en efecto, José Mojica ya era un fraile o cura en ese entonces, pero tal cosa no le impedía visitar su pueblo natal, San Gabriel, y mucho menos arregangarse el hábito para irse a tomar unas copas a Cuatro Caminos. Además, hizo notar que *Yo pecador* incluye escenas con paisajes de San Gabriel y Tonaya. “Hasta se puede ver la silueta fondeada del Cerro Cenizo”, añadió convincentemente, y su mano derecha se movió como una lenta mariposa para dibujar montañas en el vuelo.

Una vez hecha tal aclaración, aseguró que incluso le tocó ver a José Mojica y a Agustín Lara, juntos, en uno de los burdeles. Que Lara, medio borracho, tocaba una desvencijada pianola mientras Mojica, sobrio e imbuido en olor de santidad, cantaba “Solamente una vez”. Los rodeaba una docena de putas enternecidas y suspirantes. Tal acontecimiento, sacó cuentas don Isidro, debió suceder por los días en que Mojica filmaba *Yo pecador*, porque hubo quienes juraron haberlo visto también en compañía de Pedro Armendáriz. Esto último no le constaba, pero ni siquiera le importaba, pues a él, dijo, “Pedro Armendáriz le caía como piedra y ni le parecía buen actor”. A su parecer, Armendáriz movía exageradamente el bigote y las cejas ante las cámaras.

Don Isidro platicaba de bulto y era sorprendentemente bueno para referir detalles. Desplegaba una memoria de elefante. A Quiroz y a mí nos puso de buen humor con su charla.

Lo animamos a continuar, pero en ese instante llegó Miguel en la vagoneta y nuestra plática se deshiloó por completo.

Tan pronto se reunió Miguel con nosotros, soltó una noticia: tras dejar a Margó y Arlette, tuvo la iniciativa de ir al domicilio de don Genaro a preguntar si Pedro Ruiz ya había regresado. Y no, no había regresado, le informaron. Pero ya de venida, al pasar por la calle de la Casa de la Cultura, se cruzó con el auto de Dapunte. Lo manejaba, dijo, un hombre de barba. Miguel decidió dar media vuelta y seguirlo. No tuvo que ir muy lejos, porque el tipo estacionó

el auto calle arriba, entre el atrio de la iglesia y la plaza principal, junto a una heladería. El hombre se bajó del carro y se alejó caminado con rumbo a la misma casa que minutos antes visitara Miguel. Lo vio tocar a la puerta y luego entrar.

Aquél hombre debía ser Pedro Ruiz.

Formulé una teoría: Ruiz y Dapunte se fueron juntos de putas y, en algún momento, éste le habría confiado las llaves del auto. Los dos habían estado juntos en San Gabriel. Cuando encontramos a Dapunte, tirado en un banco de la plaza, Ruiz también debió andar por ahí cerca, pero por alguna razón no nos topamos con él. Alguien, seguramente los viejos que contemplaron la escena en la plaza de San Gabriel, o las vendedoras de menudo, tal vez, le dieron razón a Ruiz sobre nuestro encuentro con Dapunte. Entonces decidí ir a Cuatro Caminos por el auto y regresar a Tonaya en él. Y si lo estacionó en un lugar céntrico del pueblo fue para que Dapunte no tuviera problema en encontrarlo más tarde. Todo embonaba y tenía lógica. Me congratulé y felicité a mí mismo por mi capacidad deductiva.

Le pregunté a Miguel si intentó hablar con aquel hombre para informarle que Dapunte estaba con nosotros. Él movió la cabeza en señal de negativa y alzó los hombros como disculpándose por tal omisión. Pero no importaba, las noticias dadas eran reconfortantes. Ya iríamos más tarde a buscar a Ruiz y a pedirle las llaves del vehículo. Hasta ese entonces me relajé y me sentí eufórico. El peso estresante que sentía se esfumó. Hasta me animé a tomar un poco más de mezcal. Le serví a Quiroz y le ofrecí a Miguel un trago de mi vaso, el cual rechazó. Dijo que prefería irse a dormir.

—¿Cómo que a dormir? —increpó don Isidro— eso déjalo para mí, que ya estoy viejo, ándele, siéntese a tomar un trago con las visitas.

Miguel apechugó sin tanto pesar y tomó el vaso.

Don Isidro se incorporó, le cedió el equipal al recién llegado y a continuación dijo que iría a ver si ya había puesto la marrana. El

viejo nos dejó ahí, con media botella de mezcal a nuestra disposición. No tardamos mucho en vaciarla. Y tampoco tardó en llegar la oportuna nana Mady con otra botella y una vianda de chicharrones.

Al abrir y servirnos la segunda botella, sentí ser otro. De pronto me reconfortaba estar en ese sitio, bajo un tejado y bebiendo mezcal con dos tipos que hasta hacía poco no conocía y mucho menos sabía de sus existencias. Me alegré por todo y por todos; hasta creí pasar por un estado de gracia. Miré a Quiroz y a Miguel, sonrientes y departiendo en camaradería. Sentí ser ellos. Quise abrazarlos, darles las gracias por estar ahí. Pero no lo hice, pensarían que estaba borracho. Apelé a la generosidad del silencio melancólico.

Pensé en Dapunte y en Ruiz: sentí haber vivido lo que ellos.

Invocué el nombre de Margó y el de Arlette: las amé de mil formas.

Recordé a Lantín: quise ser su hermano.

Deseé ser tan viejo y perspicaz como don Isidro; tan servicial como doña Paz y tan diligente como la nana Mady.

Quise ser un borracho vagabundo.

Quise hacerles el amor a las Tres Primeras Damas.

Quise haber nacido en Tonaya o en cualquier pueblo del Llano.

Miré al cielo: las pocas nubes me parecieron deslumbrantemente blancas. Respiré profundo: percibí el olor de las naranjas agrias tiradas en el patio y lo juzgué agradable.

Pero eso sí, por más esfuerzo que hice al contemplar en lontananza, el Cerro Cenizo me seguía pareciendo muy feo.

Supongo que mientras pensaba en dichas cosas mi semblante cambió. Quiroz y Miguel me miraban con expectación. Tal vez esperaban que dijera algo tras mi repentino silencio. Pero no. Yo tenía una piedra reblandecida en mi garganta y en mi mano el vaso ya estaba vacío.

Entonces sentí una palmada en la espalda. Era la mano de Miguel.

—Ahora sí tienes pinta de poeta —me dijo.

Y Quiroz sonrió, acercó la botella y me llenó otra vez el vaso...

No.

No es cierto.

No tenía una piedra en la garganta, nadie me dio una palmada en la espalda ni Miguel dijo tal cosa. Mucho menos me llenaron otra vez el vaso con mezcal. Lo sucedido, cuando contemplaba la fealdad del Cerro Cenizo, fue algo que hizo levantarme de mi equipal. Se trató de una llamada telefónica.

Era una de las Primeras Damas y, a petición de doña Paz, fui a atender el teléfono.

En cuanto colgué el auricular, subí a la habitación donde dormía Dapunte. Lo saqué de la cama, lo cargué hasta el baño y, aún con la ropa puesta, lo puse de pie bajo la regadera. Dapunte me insultó al sentir el chorro de agua fría. Manoteó en un intento por golpearme. Tuve que apresarlo con ambos brazos y meterme con él en la ducha. Sólo después de un par de minutos pareció despa-bilarse. Cuando me pareció conveniente, cerré la llave del agua. Entonces le solté la noticia recién escuchada en el teléfono.

Con tono firme le dije:

—¡Maestro, alguien le prendió fuego a tu carro!

Dapunte me escuchó, aturdido. Pareció evaluar mis palabras. Abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Luego bajó la vista como un niño regañado. Voluntariamente se metió otra vez bajo la regadera y abrió hasta el tope la llave de agua fría.

¿Amaneció fresca la mañana del domingo 15 de agosto en Tonaya? Sí, pero no mucho. Sólo lo suficiente para que las ancianas se envolvieran en sus rebozos cuando salieron al molino por la masa para hacer tortillas. Pero entre las 11:20 y las 12:10 horas el clima se tornó bochornoso. Debido a la tormenta de la noche anterior, y porque en el cielo no había suficientes nubes para competir con el sol, el agua de los charcos evaporó y se creó un ambiente húmedo y caluroso. ¿Qué tan caluroso? Pues el único termómetro ambiental del pueblo, perteneciente al establecimiento de helados La Flor de Tocumbo, registró treinta y dos grados centígrados a la sombra. El dueño del negocio, un michoacano avecindado en Tonaya, anticipó el día con buena venta de paletas de hielo y de aguas frescas, sobre todo cuando los acalorados feligreses salieran de misa de doce. Por eso tuvo la iniciativa de hacer dos barricas extras de agua de tamarindo, dos de jamaica y una más de horchata.

El calor dio buena excusa a las Tres Primeras Damas para asistir a misa llevando sus abanicos de seda estampada con motivos florales. El presidente municipal, en tanto, se animó a estrenar la guayabera yucateca de lino que su esposa le regaló en su cumpleaños. Después del servicio religioso, todos ellos tenían planeado presidir la lectura que ofrecerían los poetas invitados al Festival de Poesía del Llano (que hasta entonces había constituido un fracaso, debido a las poéticas tormentas del sábado). Y uno puede imaginar a estas damas y al caballero sentados, juntos, en el primer banco del templo:

el presidente municipal y su esposa, tomados de la mano, en el lugar próximo al pasillo; las otras dos mujeres en el rincón, junto a la imagen del semidesnudo San Sebastián, abanicando con ahínco sus bochornos.

Ese día el párroco dio un sermón en honor de los Hijos Ausentes de Tonaya radicados en Estados Unidos quienes, con verdadero fervor religioso y muchos dólares, vinieron de tan lejos para participar en las fiestas de Nuestra Señora de la Asunción. Pocos minutos después de las doce, la iglesia ya estaba a reventar, si acaso cabe tal expresión para referirse a un recinto religioso. Incluso había gente en el atrio tratando de escuchar, contritos y sudorosos, la prédica que el sacerdote lanzaba en contra de las conductas licenciosas y la lujuria. Se dijo que, cuando el santo hombre hablaba del pecado y las llamas eternas, afuera del templo se escuchó el sonido de un fagonazo. No una explosión: fue un ruido sordo, como el trueno de un rayo a la distancia del llano.

La gente del atrio lanzó alaridos y más de uno se desgañitó al gritar la palabra ¡fuego! ¡fuego! Se esparció entonces una densa humareda que penetró por la puerta principal del templo. Hubo más gritos y la histeria se hizo colectiva. Las Primeras Damas, sobresaltadas, lanzaron sus abanicos al aire y arrancaron despavoridas hacia el interior de la sacristía. Dos de los abanicos fueron a caer, para mala fortuna, entre las decenas de veladoras ofrecidas a San Sebastián. Los frágiles abanicos, en contacto con la candela, generaron un pequeño incendio que, si bien no tenía manera de propagarse, sí contribuyó a atemorizar y confundir todavía más a la congregación.

Se escucharon cosas como: “¡Jesús mil veces, arrepíentanse pecadores!”, y “¡Virgencita, arrópanos con tu santo manto!”. El grito más espectacular y aterrador fue: “¡Acabo de mundo, acabo de mundo!”, lanzado, poco antes de desmayarse, por la beata más beata del pueblo. Otras mujeres, al ver a la beata tendida en el piso, imitaron no sólo el grito sino también el desmayo.

El presidente municipal y el párroco, hombres poco impresionables, se abrieron camino entre la gente que, en el pasillo del templo, se debatía entre salir corriendo, postrarse de rodillas frente al altar o auxiliar a las damas desmayadas. El munícipe fue el primero en llegar al atrio. El sacerdote nunca pudo, porque algunos feligreses se abalanzaron a sus pies pidiéndole la bendición y, en algunos casos, la extremaunción. El presidente municipal me contaría más tarde que, al salir del templo, su primera visión fue la de una bola de fuego y gente corriendo en todas direcciones por la plaza principal. “Como hormigas en quemazón”, dijo. Mirando ya con más calma, pudo notar que la bola de fuego no era otra cosa que un auto incendiándose. También vio a un hombre barbón, cruzado de brazos, junto a las llamaradas. Era la única persona sin muestra de pánico y contemplaba el auto arder como Nerón debió contemplar el incendio de Roma. El presidente municipal no vio heridos ni muertos por ninguna parte, lo que le dio la certeza de que aquello no se trataba del Armagedón.

De algún modo, la gente se organizó para combatir el incendio. Esto gracias al dueño de La Flor de Tocumbo, quien, viendo el fuego a escasos cuatro metros de su negocio, salió con dos barricas de agua de jamaica y las lanzó contra las llamas. A esas dos barricas siguieron las de agua de tamarindo y las de horchata. Un grupo de hombres llegó entonces con cubetas y sofocaron la quemazón con el agua de la fuente del atrio. El presidente municipal, quitándose su guayabera para no estropearla, dirigió en camiseta las acciones contra el inesperado siniestro. Aunque ya todo el crédito se lo había llevado el dueño de La Flor de Tocumbo.

Cuando en el interior del templo se supo a ciencia cierta lo que sucedía, las Tres Primeras Damas salieron solícitas y llenas de curiosidad. Las llamas aún envolvían el vehículo, pero una de ellas supo reconocerlo como el carro morado en el que dos días antes habíamos llegado Dapunte, Margó, Lantín y yo. Todavía dudando

si realmente se trataba del mismo auto, la mujer decidió llamar a la Casona de los Gómez Palacios para informarnos sobre lo acontecido.

De las investigaciones posteriores se desprendió que el tanque de gasolina del auto estaba casi vacío. Por eso no llegó a mayores. También se supo, por informes de un empleado de la tapalería El Agave, que minutos antes del incendio, un hombre fue a comprar cuatro litros de petróleo. Lo describió como un fuereño, flaco y muy alto, barba tupida y ojos saltones, de edad madura y recién bañado. “Aunque su ropa parecía sucia”, aclaró el empleado. El dueño de La Flor de Tocumbo también aportó pistas: minutos antes del fogonazo, desde su negocio, alcanzó a mirar a un sospechoso junto al auto siniestrado. Y aunque él lo juzgó sospechoso, el hombre no actuaba como tal, pues parecía estar lavando el carro. En realidad lo estaba rociando con petróleo, pero el comerciante entendería eso hasta después de sofocado el incendio. Describió al hombre como un tipo alto, con barba y andrajoso.

Ahora bien, como muestra del temperamento revolucionario del comerciante de helados, debe saberse que demandó al Ayuntamiento el pago de las barricas de aguas frescas utilizadas para combatir el incendio. Pero, además, se quejó amargamente por la inseguridad imperante en Tonaya desde que el presidente municipal tomara el cargo. “¿Qué habría pasado si el auto explota?, ¿cuántos muertos estaríamos velando ahora a causa de la incompetencia de quien nos gobierna?”, arengaba el comerciante a la gente que desfilaba por su establecimiento para escucharlo contar detalles de lo sucedido y mirar de cerca los fierros humeantes del automóvil. El hombre estaba muy molesto. Casi convoca a un mitin para solicitar la destitución del político.

En tal virtud, el presidente municipal, herido en su amor propio y temiendo un escándalo, volvió a ponerse su guayabera, relegó de sus funciones al director de Seguridad Pública y encabezó él mismo

las investigaciones del caso. Reunió información de aquí y de allá. En menos de una hora ya tenía los nombres de dos sospechosos: el primero era el del propietario del auto, Carlos Dapunte. El segundo nombre lo aportaron las Primeras Damas, y era el de Pedro Ruiz, alias El poeta del misterio. La descripción sobre un hombre alto, barbado y ojón le acomodaba muy bien a Ruiz. Además, se sabía que los dos sospechosos eran amigos.

Ahora bien, como el presidente municipal juzgó que los habitantes del pueblo se encontraban nerviosos e intranquilos y que las arengas del dueño de La Flor de Tocumbo “enrarecían el ambiente político”, pidió a su esposa convencer a las otras dos Primeras Damas de suspender todo acto programado en el Festival de Poesía. Y así se hizo. Anunciada, pues, la cancelación definitiva de actividades, la mayoría de los poetas invitados decidieron marcharse de Tonaya esa misma tarde. Muchos se largaron del pueblo sin más, algunos desilusionados y otros echando pestes. Acaso tendrían razón: en la larga historia de los festivales de poesía del Llano nunca hubo uno tan fallido como el de Tonaya.

Mientras tanto, el presidente municipal inició las pesquisas para dar con el o los responsables del desastre. Se instaló un retén a la salida del pueblo y un grupo de policías fue a la casa de don Genaro Ruiz con la esperanza de tomar preso a El poeta del misterio. No lo encontraron, pero incautaron sus pertenencias: una pequeña valija que abrieron y registraron en busca de explosivos, armas o droga. Debieron sentirse defraudados al no encontrar nada de eso. De todas maneras llevaron la valija hasta la comisaría y la encerraron en una celda bajo llave. Por otro lado, don Genaro Ruiz, resentido con las Tres Primeras Damas por haberles llevado a su casa a un presunto delincuente, pidió rendir declaración ante un juez o notario (“o con los dos, qué carajos”, dicen que dijo don Genaro). Y aunque tal trámite era tan innecesario como inútil, el viejo se empeñó en hacerlo. Su declaración fue decisiva, contundente y exagerada. Al

menos convenció al presidente municipal de que Pedro Ruiz era muy peligroso. Y no sólo a él, sino a muchos tonayenses. Porque don Genaro, tan pronto le dieron copia al carbón del acta en que constaba su declaración, mandó fotocopiarla y se dedicó a repartirla por el pueblo como si fuera un cupón de descuento. “Tengan, para que vean el nivel de peligrosidad de este hombre”, decía al entregar el papel. De algún modo, yo me hice de una fotocopia. Todavía la conservo. Transcribo algunos párrafos:

Don Genaro Ruiz, vecino de esta municipalidad, compareciendo voluntariamente sobre el hecho que se investiga, DECLARA:

Que la mañana del... siendo las... llegó a su casa un hombre llamado Pedro Ruiz... Que a pesar de llevar su mismo apellido, no guarda ningún parentesco con el antes mencionado. Que accedió dar hospedaje al individuo a instancia de las Primeras Damas del Ateneo de Tonaya, quienes le pidieron de favor dar alojamiento a uno o dos poetas venidos de fuera, accediendo él de buena gana y comprometiéndose a otorgarles una habitación y alimentos durante tres o cuatro días... Lo instalaron en el cuarto que había sido de su hija Nena, por ser la pieza con la cama más confortable de todas... Que desde su llegada a la casa el individuo mostró señas inequívocas de locura y actitudes peligrosas, pero el declarante no dijo nada a nadie para no mostrarse como un tonayense desconfiado y poco hospitalario, también para no poner nerviosa a su señora esposa.

Que la primera muestra de la peligrosidad del individuo la percibió media hora después de su llegada, cuando lo invitó a almorzar un pedazo de carne con frijoles y el hombre, sentado a la mesa, dejó el plato de lado y se dedicó a mirar con sus ojos saltones a la esposa del declarante. ...y por momentos jugaba con el cuchillo de los cubiertos con la destreza de un matancero de puercos. ...el individuo no hablaba mucho y parecía estar desesperado. El declarante llegó a sentir temor ante la posibilidad de que su huésped estuviera bajo los efectos de una droga y utilizara el cuchillo para causarle daño a él o a su

señora esposa... Y después del almuerzo, para mostrar amabilidad, invitó un vaso de mezcal al individuo, accediendo éste a tomarse un trago... Que se tomó media botella en un ratito, lo que le despertó mayores temores sobre el buen juicio de su huésped... Y mientras bebía, el hombre preguntó si en Tonaya había una farmacia o una droguería en donde pudiera comprar un medicamento... Que en algún momento llegó a la casa otro hombre y, sin saludar siquiera, pidió hablar con el hospedado. Ambos salieron a la calle y se pusieron a platicar junto al auto del recién llegado, de color y modelo coincidente con el vehículo involucrado en la investigación en curso... Que el recién llegado también era un poeta, amigo del susodicho Pedro Ruiz. ..su señora esposa vio por la ventana a los dos hombres platicar en la calle y también miró el automóvil ya mencionado... Que a ella le pareció como que ambos discutían o planeaban algo malo... Y su mujer le dijo al declarante “esos hombres me dan miedo”. Minutos más tarde, el individuo identificado como Pedro Ruiz volvió al interior de la casa para decir que saldría a pasear por Cuatro Caminos y San Gabriel en compañía de su amigo... Antes de irse con el recién llegado, Pedro Ruiz fue a su habitación apresuradamente... El declarante lo vio salir y, de reojo, percibió un bulto sobresaliente entre los pliegues de la camisa, a la altura del cinturón... No podía asegurar que era una pistola, pero a lo mejor sí un cuchillo o una navaja... Que el hombre no regresó a dormir... Y siendo las... de la noche... del siguiente día, llegó a su domicilio Miguel Gómez, nieto de don Isidro Gómez Palacios, acompañado de otras personas que también dijeron ser poetas. Buscaban a Pedro Ruiz... dos eran mujeres, muy bonitas, pero vulgares. Al menos una parecía ser de cascos ligeros... No dijeron la razón por la que buscaban al individuo, pero todo le dio muy mala espina... Que esa noche él y su esposa atrancaron bien su dormitorio y acordaron no abrir la puerta de la casa si alguien tocaba de madrugada.

Fue hasta la mañana del... mientras el declarante y su esposa desayunaban, que Pedro Ruiz llegó a la casa... Sus fachas eran de

un indigente y su aspecto el de un perro rabioso. No dijo dónde había estado y no quiso desayunar. ...pidió permiso para usar el baño. Y minutos más tarde el individuo salió del domicilio, vestido con la misma ropa sucia. Se fue a toda prisa, sin decir a dónde ni con quién. ...y los ojos saltones le brillaban, como si trajera el diablo dentro...

Un auto incendiado es una imagen desoladora. El metal chamuscado, las partes de plástico derretidas y el hollín otorgan al vehículo un aspecto deprimente, apocalíptico. No sólo son materiales deformados por el calor, hay algo orgánico en el conjunto: parece el esqueleto y el cuero de un caballo muerto a la intemperie, seco, oscuro, degradado por el calor. Dapuenta estuvo mirando por un buen rato los restos de su auto, pero parecía no afectarle. Los mirones del pueblo, arremolinados, estudiaban sus reacciones. Les confundía no percibir ningún pesar ante semejante pérdida, así que inventaron sus propias versiones para darle tensión e interés a la escena. Cuchicheaban:

—¿Quién es ese?

—El dueño del carro quemado.

—¿Y qué ha dicho?

—Que matará al desgraciado que lo hizo.

Al presentarse voluntariamente en el lugar de los hechos y expresar desconocimiento sobre quién y por qué habían incendiado su auto, el presidente municipal borró a Dapuenta de su lista de perseguibles. Se centró en el único responsable posible.

—¿Sabe usted dónde está su amigo, el tal Pedro Ruiz? —le preguntó el presidente municipal a Dapuenta. Éste le contestó en los siguientes términos:

—Se equivoca, Ruiz no es mi amigo. Lo conocí aquí en Tonaya, como he conocido a otros poetas del festival. El viernes fuimos juntos a tomar unas cervezas a Cuatro Caminos. Desde entonces no lo volví a ver; pero, en todo caso, no quiero denunciar ni levantar cargos. Pobre tipo, no creo que tenga dinero para pagarme el auto.

El presidente municipal escuchó aquello sin tragarse la mentira. Y Dapunte no sabía que, a esas alturas, el incendio del auto ya no estaba considerado una mera acción vandálica en perjuicio de un particular. Ahora se trataba, le hizo saber el presidente municipal, de un atentado que puso en riesgo la vida de los pobladores de Tonaya. Por consiguiente, se perseguiría el delito con o sin denuncia:

—El sospechoso huyó, registramos una valija de su propiedad y sólo encontramos papeles, en ninguno figuraba su nombre o dirección, debe de ser alguien afectado de la cabeza, por eso debemos encontrarlo, no vaya a ser que se le ocurra quemar todo el pueblo —dijo el presidente municipal, ya en franca exageración.

—Proceda usted como corresponda; yo me quedaré en Tonaya al menos un par de días, por si puedo ayudarle en algo —le respondió Dapunte.

Margó, Lantín y yo también fuimos interrogados por el presidente. Decidimos no contar lo de nuestro periplo nocturno, pero dijimos lo que sabíamos sobre Pedro Ruiz y sus actos: Nada. ¿Lo conocíamos? No. ¿Sabíamos dónde vivía? No. ¿Por qué creíamos que había quemado el auto de nuestro amigo? Lo ignorábamos. ¿Qué relación había entre Dapunte y Ruiz? Tampoco lo sabíamos.

Por otra parte, y a pesar de nuestra insistencia, Dapunte no quiso confiarnos detalles sobre lo acontecido en los últimos dos días. Comprendí que él no diría nada y abandoné mis intenciones de saber qué había pasado entre ellos dos durante el tiempo que estuvieron juntos en San Gabriel, o en Cuatro Caminos, o ¡vaya uno a saber dónde! Era clara la intención de Dapunte de proteger a Ruiz de la policía. De nosotros también. Eso sólo podía significar

que mantenían su amistad. Si tal era el caso, quedaba saber por qué Ruiz le prendió fuego al auto. ¿Una broma pesada tal vez? ¿O Ruiz estaba completa y peligrosamente loco? Además: ¿Por qué a Dapiente parecía no importarte lo de su auto, y mucho menos el paradero de Ruiz? ¿O es que también Dapiente ya no estaba en sus cabales? Aclaro algo: estas preguntas no me las hice a mí mismo. Yo ni siquiera tenía ánimos para pensar en nada. Me las formularon Margó y Lantín. Preguntaban como si yo supiera más que ellos.

—¡Y qué sé yo, carajo! —les contesté, atosigado.

No volvieron a dirigirme palabra por un buen rato.

Poco después de las tres de la tarde, tras quitarnos de encima al presidente municipal, Dapiente sugirió ir a comer algo. Miguel nos encaminó a un merendero cerca de la plaza y se sumaron Arlette y Quiroz. Comimos sin muchas ganas, a excepción de Dapiente: se atragantó burdamente con tortillas y carne. Todos fingíamos no prestar atención a su manera de comer. Seguramente no había probado alimentos desde el día anterior. De cualquier modo, era un buen signo verlo lucir tan buen apetito. Más temprano que tarde, con la panza llena, volvería a ser él mismo.

Mientras Dapiente comía como un salvaje, opté por observar la decoración del lugar. Cerca de la cocina, atadas con hilos desde el techo, colgaban varias bolsas de plástico llenas de agua. De las paredes pendían pequeños cuadros, mal pintados, en los que a duras penas se reconocían paisajes de Tonaya. El Cerro Cenizo aparecía en algunos de ellos, ya sea como motivo principal o como escenario de fondo. En otros se apreciaba el templo y la plaza principal en perspectivas imposibles y trazos dudosos. Una de las mujeres que nos servía la mesa notó mi interés por las pinturas y me preguntó si me gustaban.

Con entusiasmo contesté que sí, porque ¿quién era yo para fun- gir como crítico de arte si a mi lado estaba un tipo comiendo como luchador de sumo?

—Las pintó mi hijo antes de irse de mojado a Estados Unidos —me dijo la mujer con notable orgullo.

—La felicito, tiene usted un hijo muy talentoso —le respondí.

Ella me sonrió antes de meterse de nueva cuenta a la cocina. Regresó después con más tortillas y las puso en medio de la mesa. Dapunte se abalanzó sobre ellas como reclamando su exclusiva propiedad. El muy tragón.

Al salir del merendero, Arlette y Quiroz anunciaron su partida. Para ellos ya no tenía caso seguir en Tonaya. Aprovecharían el aventón a Guadalajara en el vehículo que las Primera Damas, apenadas por la cancelación del festival, dispusieron para los poetas que quisieron marcharse esa misma tarde. De Guadalajara tomarían un ómnibus con destino a Aguascalientes. Miguel trató de convencerlos, sin éxito, de quedarse al menos un día más. A mí me sentó mal su aviso de partida. A todos, creo. Dapunte despidió a ambos y entre bromas se disculpó con ellos por su conducta. Nos dieron abrazos. Margó casi llora cuando despedía a Arlette. Lantín puso cara de contrariedad al abrazar a Quiroz. Los vimos alejarse calle arriba en busca de sus maletas. Desde entonces no he vuelto a tener noticias de Arlette ni de Quiroz, pero confieso tener hermosas ganas de verlos otra vez.

Terminado el ceremonial de despedida fuimos a la taberna, nomás a matar el tiempo.

Como hacía bastante calor, pedimos unas coronas bien heladas. Ni Margó ni Lantín se atrevían a preguntar o decir algo sobre los recientes acontecimientos. Yo menos. Me puse a fumar un cigarro tras otro. El nombre de Pedro Ruiz flotaba entre las volutas de humo de mis cigarros, pero no me atreví a invocarlo. Dapunte se dedicó a vaciar su botella de cerveza y a fumar pausadamente mientras ponía cara de estar pensando en algo muy grave. Sólo Miguel dejaba escapar, de vez en cuando, alguna frase suelta sobre los rumores escuchados en el pueblo:

—Que en la iglesia se armó un borlote muy grande, hasta gente desmayada hubo.

—¡Qué mal! —acotó Margó.

Silencio incómodo.

—El dueño de La Flor de Tocumbo pidió al presidente el pago de las garrafas de aguas frescas con las que apagó el fuego.

—¡Claro, es justo! —añadió Lantín.

Tamborileo de mis dedos sobre la mesa.

—Don Genaro pidió un policía de planta para vigilar su casa, pues tiene miedo de Pedro Ruiz.

—¡Vaya, qué exagerado! —apunté yo.

Silencio corto.

Tos fingida de Margó.

Más silencio incómodo.

Al fin, en el último trago de cerveza, Dapunte se dignó a pronunciar palabra. Carraspeó discretamente, con una seriedad bárbara ofreció disculpas. Dijo sentirse muy apenado y lamentaba todo lo que habíamos pasado a causa suya. Fue extremadamente atento con Margó, hasta le brindó un par de arrumacos paternales. A Lantín lo consoló de su herida en la ceja, diciéndole que a su rostro le convenía una pequeña cicatriz. “A las mujeres, y también a los hombres, les atraen los poetas con cicatrices”, le dijo. A Miguel le agradeció su hospitalidad y disposición para llevarnos de un lado a otro. A mí ni siquiera me dijo nada. Y estaba bien, no hacía falta decirlo. Eso lo sabíamos ambos. Muchas situaciones denigrantes mutuas teníamos en nuestro haber como para estar disculpándonos a cada rato.

Abandonamos la taberna para ir en busca de las Primeras Damas. Dapunte quería hablar con ellas. Supuse que también quería ofrecerles una disculpa. Caminamos algunas cuadras hasta la Casa de la Cultura. Ahí encontramos a dos de las Damas, acompañadas del joven de bigotito bien peinado a quien yo conocí el día anterior. Estaban detrás de una larga mesa y envolvían botellas de mezcal en

papel de celofán. Conté cerca de treinta botellas envueltas a modo de regalo. Si eran para obsequiarlas a los poetas participantes del festival, debo decir que a mí nunca me dieron una.

Las Damas nos vieron entrar y fingieron estar más atareadas todavía.

Saludamos.

Las mujeres respondieron al saludo sin dejar de hacer su labor. En sus caras se adivinaba cierto enojo. Aposté pesos contra tostones a que el motivo de su enojo era nuestro amigo. Nos aproximamos. Dapuenta se plantó frente a ellas. Fingió un gesto de profundo pesar, se lamentó por la cancelación del festival y ofreció disculpas de modo tramposo y chantajista:

—Si nadie hubiera quemado mi carro ahorita estaríamos todos leyendo y celebrando la poesía —les dijo con pesadumbre.

Al oírlo, ellas ablandaron su postura y hasta lamentaron la pérdida del auto. Dapuenta siempre tuvo esa desfachatada facilidad para revertir situaciones incómodas.

—Qué desgracia lo de su carro, maestro. Sentimos mucho las incomodidades que todo esto le está generando; pero no se preocupe, nosotras nos encargaremos de su regreso a Colima —dijo una.

—Tenemos entendido que, dadas las desafortunadas circunstancias, nos harán el honor de permanecer en Tonaya un par de días más; nosotras tendremos listo un vehículo para su traslado a Colima cuando lo dispongan —añadió la otra.

—Son muy amables, bellas señoras; nunca habíamos recibido tantas y tan buenas atenciones en un festival —les dijo Dapuenta, muy zalamero.

Ellas debieron sentirse halagadas, porque se llevaron una mano al pecho y sonrieron con satisfacción y ternura.

Al despedirnos, Dapuenta se desvivió en palabras amables y melosas hacia ellas. Las Primeras Damas hasta lo abrazaron.

Desandamos el camino y fuimos nuevamente hasta la plaza, al lugar donde dejamos la vagoneta estacionada. Ya para entonces me caía de sueño. Quería ir a dormir una siesta. Miré a los demás y todos parecían querer lo mismo. Menos Dapunte, quien se veía más despierto que ninguno. En un cruce de calle, él y yo nos rezagamos del resto. Aunque iban unos pasos delante nuestro, nos percatamos que Lantín y Margó intercambiaban frases cortas y se regalaban arrumacos. Vimos a Margó tocar cariñosamente la frente de Lantín. Fue como una caricia rápida y efectiva. Dapunte me hizo un comentario sobre lo presenciado.

—¿Ves? Es el poder de las cicatrices —me dijo entre dientes.

Esperó alguna reacción de mi parte.

No dije nada y desvíe la vista hacia otro lado. Es más, creo que hice un gesto de apatía.

Fue ahí cuando vi a Dapunte cambiar de rostro. Puso cara, o la fingió, de estar muy preocupado. Y parecía tener mil cosas en la cabeza cuando me soltó a bocajarro la siguiente petición:

—¡Burócrata, necesito que busques la manera de recuperar la maleta de Ruiz!

Eso lo dijo con autoridad y determinación, como un general al encomendarle una misión suicida a un soldado. No me molestó su tono empleado ni la petición. Me molestó mi torpe e imprudente entusiasmo por hacer mía la encomienda. Otra vez me invadió la curiosidad por saber de qué carajos se trataba todo ese asunto de Pedro Ruiz. Dapunte me daba su confianza para recuperar una pieza del rompecabezas. Esto significaba el derecho a inmismirme y exigirle, en su debida oportunidad, que me contara todos los por-menores de lo acontecido.

No pensé dos veces la respuesta.

—¡Está bueno! —le dije.

Y al decir tan pequeña frase, sentí un calambre en la boca del estómago.

Sabía tres cosas: 1) Que la valija de Ruiz estaba en la comisaría de Tonaya, encerrada en una celda. 2) Para acceder a ella y recuperarla tendría que convencer, o engañar, al presidente municipal. 3) Que Miguel debía acompañarme. Si fue a la universidad a estudiar leyes, en algo podría ayudar. Además, el presidente municipal lo conocía a él, no a mí. ¿Qué mejor que un tonayense para entenderse con otro tonayense?

Para dejarnos margen de maniobra, Dapunte convenció a Margó y a Lantín de ir a conocer el interior de la iglesia. Yo, por mi lado, le pedía a Miguel que me acompañara a comprar cigarros. Miguel supo entender que necesitaba de su ayuda para algo. Bastó una leve inflexión en el tono de mi voz para él comprenderlo. Si alguna vez me decido por el camino del crimen y monto una red de tráfico de drogas, no dudaré en nombrarlo a él como mi mano derecha. Miguel no sólo demostró sentido de complicidad, también desplegó una irreprochable actitud sagaz: antes de irnos a comprar los cigarros, le sugirió a Dapunte y a Margó subir al campanario para admirar la vista del pueblo. Una buena táctica para hacerles perder el tiempo mientras nosotros lo aprovechábamos.

Ya en el camino, le expliqué a Miguel de qué se trataba el asunto a resolver.

—No va a ser tan fácil, el presidente municipal es muy bruto, pero también muy necio —me advirtió.

—Pues encontraremos la forma de convencerlo —dije.

Ni siquiera estaba seguro de ello, pero necesitaba motivar a Miguel. Alguna treta habríamos de urdir. Encerrar una valija no parecía una acción inteligente, así que bien podíamos apelar al buen juicio y al sentido común. O bien, invocar algún artículo de la ley del que nadie sabe a ciencia cierta su significado.

Miguel comentó que a esa hora el presidente municipal estaría en su casa, tomando siesta. Sugirió ir directamente a la comisaría. Parecía tener un plan y me limité a seguir sus pasos. Cruzamos la plaza; en un dos por tres ya estábamos en el vestíbulo de la comisaría.

El lugar resultó ser ridículamente pequeño. Eran dos cuartos de reducidas dimensiones. En el primero, el vestíbulo, reinaba un escritorio con una computadora. Pegadas a las bardas habían cinco o seis sillas de madera. Un breve pasillo comunicaba el vestíbulo con el cuarto de la única celda, perfectamente visible desde cualquier lugar en el que uno se ubicara. Ni bien entramos, alcancé a mirar detrás de los barrotes, la valija de Ruiz. Era de un tamaño mediano y en su interior parecía haber apenas un par de pantalones.

Ningún policía a la vista, pero detrás de la pantalla de la computadora estaba una mujer. No era muy joven, aunque sí bonita. Vestía uniforme como de secretaria. La mujer vio entrar a Miguel y la cara se le iluminó con una sonrisa. Su dentadura era excesivamente blanca, en contraste con su rostro moreno. Como ella ni siquiera reparó en mi presencia, dejé a Miguel a cargo de la conversación.

—Buenas tardes.

—Buenas, Miguel, dichosos los ojos.

—No, Reina, dichosos los míos.

—¿Deveritas?

—Hacía mucho que no nos veíamos. ¿Pues dónde te habías metido, mujer?

—Ay, Miguel, tú sabes mejor que nadie dónde encontrarme.

Miguel carraspeó y se sonrojó. Yo me hice como que la virgen me hablaba y me aparté un poco para no incomodar.

Retomaron la conversación:

—Sí, cierto... eh, Reina, tenemos que ir al río uno de estos días.

—Me parece bien, porque ya no aguanto tanto calor.

—Perfecto, en la semana nos ponemos de acuerdo. Y bueno, yo venía a traerte una razón. Me dijo el presidente municipal que le mandarás a su casa la valija del incendiario de carros. Quiere volver a revisarla.

—¡Ah, qué caray!, pues no sé con quién se la voy a mandar. Los policías de guardia se fueron a dar un recorrido por el pueblo.

—Pues si quieres yo te hago el favor de llevársela.

—¿De veras me harías el favor?

—Reina, ya sabes que soy bien facilito cuando se trata de hacer favores.

—¡Qué cosas dices, Miguel! Espera que ya traigo el encargo.

Yo estaba pasmado. No me atreví a decir nada, ni a moverme siquiera. Miguel, en cambio, se comportaba de una manera desenvuelta y natural. Hasta daba miedo verlo en su papel de mentiroso.

La mujer se levantó del escritorio. Cruzó el pasillo llevando consigo un juego de llaves. La vimos abrir la celda, sacar la valija, volver a cerrar la celda y regresar hasta nosotros. Le dio la valija a Miguel.

—Aquí tienes; no sabes cómo te agradezco lo que haces.

—¡Uy, Reina! No tienes qué agradecer, para eso estamos los amigos.

Entonces él se acercó a ella y le dijo algo al oído. La mujer soltó una risita de placer.

Tras la despedida de rigor, salimos ceremoniosamente del lugar. A lo lejos, dos cuadras más allá, avistamos a un policía que caminaba en dirección nuestra. Pegamos la media vuelta como no queriendo la cosa. Discretamente, a paso disimulado de gallo gallina, alcanzamos la esquina. En cuanto doblamos la calle nos alejamos hechos la mocha.

—¡Qué chingón eres, carnal! —le dije a Miguel con verdadera admiración.

—¡Espérate, que todavía no terminamos! —me contestó.

Caminamos hasta una panadería y ahí nos metimos. El establecimiento conservaba ese santo olor consignado en los versos lopezvelardianos. Miguel pidió al panadero una docena de empanadas de leche y, de paso, le preguntó si de pura casualidad tendría una caja de cartón que nos regalara. El panadero buscó entre los estantes bajos del mostrador y sacó una caja de regular tamaño. Nos servía. Mientras nos despachaban las empanadas, abrimos la valija de Ruiz. En el interior sólo había seis gruesos legajos de papel mecanoescritos, nada de ropa. Pasamos todos los legajos a la caja.

El panadero nos dio las empanadas en una bolsa de nailon. Yo saqué una para probarlas. Estaban buenas. Pagamos y salimos de ahí cargando la valija, la caja de cartón y once empanadas de leche.

—¿Y ahora qué carajos hacemos? —pregunté a Miguel mientras masticaba el último bocado de mi empanada.

—Ahora hay que buscar la manera de rellenar la valija con algo —me dijo.

Eso fue algo sencillo de resolver. Fuimos a una tienda de abarrotes, compramos dos kilos de papel manila y los metimos en la valija. Una vez hecho esto, Miguel dijo que me adelantara con la caja y la escondiera en el interior de la vagoneta. Me dio las llaves y explicó:

—Yo voy a ir a la comisaría a devolverle la valija a Reina. A ver qué se me ocurre decirle. Me llevaré las empanadas para regalárselas —dijo, y se echó a andar.

—¡Espérate! —lo detuve en seco— ¡voy a tomar otra empanada! Nos separamos.

Acuné la caja en uno de mis brazos y me fui calle abajo, mordisqueando mi empanada. En el camino llegué a La Flor de Tocumbo a comprarme un vaso de agua de horchata. Afuera del establecimiento

seguían los restos calcinados del carro. Aproveché para platicar sobre lo sucedido con el dueño del changarro.

—¿Así que lanzó agua de jamaica y tamarindo al auto en llamas? —le pregunté.

—Sí, pero el Ayuntamiento pagará la pérdida de mis aguas, me contestó.

—Bueno, ya sabe cómo son los gobernantes, si uno no les exige, ellos se hacen de la vista gorda —lo aticé.

—Así es nuestro presidentito: no sirve para nada, nomás promete y promete y hasta ahora no vemos claro —me dijo, indignado.

—Bueno, caballero, pues de verdad espero que la revolución le haga justicia, le dije a modo de despedida.

Le pagué y seguí mi camino.

Me mataba la curiosidad. Quería echarle un ojo a los legajos extraídos de la valija de Ruiz. Sospeché que eran libros, poemarios escritos por Ruiz. Apuré el paso. Llegué jadeante hasta la vagoneta, abrí una de sus puertas delanteras y me instalé en el asiento del copiloto con la caja de cartón entre mis piernas. Adentro era un horno, los rayos del sol pegaban de lleno en el parabrisas. Empecé a sudar como tapa de cacerola. Me apresuré a inspeccionar el interior de la caja. Hurgué. Saqué uno de los legajos. Se trataba de un grueso poemario: ochenta o cien cuartillas tal vez. El título era *El Canto en la Piedra*. Por lo poco que pude leer se trataba de poemas en verso libre. Eran versículos muy largos, sin puntos ni comas ni mayúsculas. No obstante, tenían un tono similar a algunos poemas de Dapunte. No sé por qué razón, pero me nació quedarme con un poema de ese legajo. Elegí un texto del final. Desprendí la hoja, la doblé en cuatro y la guardé en el bolsillo de mi camisa. Ya en esos momentos estaba bañado en sudor. Tuve cuidado de que el papel no se estropeará entre la tela mojada. Volví a dejar el legajo dentro de la caja. Estaba consciente de haber cometido un robo. Peor todavía: era a Pedro Ruiz a quien le robaba. En un parpadeo me pareció ver un dedo flamígero apuntándome al rostro.

Me bajé de la vagoneta.

Como Miguel tardaba en regresar, decidí irme a refrescar bajo un árbol de la plaza. Había grupos de personas, familias, creo, guareciéndose del calor bajo otros árboles. Miré a dos niños, sentados en el borde de una fuente, que mojaban sus tobillos en el agua verdosa. Una mujer llegó a toda prisa y sin decirles nada les dio un coscorrón a cada uno. Después los jaloneó por el brazo y los arrastró con ella hasta apartarlos de la fuente. Uno de los niños lanzó un chillido, se zafó de la mujer y corrió en dirección mía. El chico se detuvo a mi lado. Tenía los ojos llorosos. Me miró con curiosidad, espulgando en mi rostro algún tipo de emoción. Me incomodó, quise alejarme de ahí. Está mal decirlo, pero me dan grima los niños que le plantan cara a un adulto. Hice un mínimo movimiento de retirada. El chico, anticipando mi huida, preguntó si le regalaba una moneda. Dudé. Ese niño crecería siendo un vago. Pero qué carajos: ya sería mucho si bien crecía. Saqué diez pesos de mi bolsillo y se los di. Lo vi correr a La Flor de Tocumbo y comprar dos paletas de hielo. Dando brinquitos regresó a donde estaba el otro chico, quien lloraba sentado en un banco al lado de la mujer que los golpeó, y le ofreció una de las paletas. Los niños se sentaron, muy quietos, mordiendo sus paletas mientras la mujer parecía regañarlos. Desde su lugar me miraron con suma atención. Les sonreí. Ellos agitaron sus manitas al aire en señal de saludo.

Me sentí un poco limpio. Reconfortado al menos por la mala acción cometida al extraer un poema de los papeles de Ruiz. Así deben pagarse los delitos, pensé, regalando pequeñas alegrías a los otros. En realidad trataba de exonerarme del sentimiento de culpa. Y siendo tan noble como soy, acepté mi propia exoneración.

Pasaba el tiempo y de Miguel ni sus luces. Me aburrí. Tomé la resolución de ir a la iglesia en busca de Dapunte, Margó y Lantín. Me encaminé hacia allá cruzando la plaza. La luz de la tarde era

amarillenta, pero los árboles lucían un verde intenso. Las torres de la iglesia echaban una sombra oblicua. Cerca de las escalinatas del atrio me topé con un grupo de palomas rijosas. Se peleaban por una hogaza de pan duro tirada en el suelo. Rodeé a las aves para no perturbar su riña y tomé carrera para subir de dos en dos los escalones del atrio, casi me caigo al llegar hasta el último. Me detuve para recuperar el equilibrio; en ese instante sentí que algo estaba por pasar. Inexorablemente. El mundo aminoró su marcha y mis sentidos se adaptaron a la misma velocidad.

Primero escuché el repiquetear abrupto de la campana en la iglesia.

Le siguió el batir de alas de las palomas asustadas. Las aves remontaron el vuelo trabajosamente.

Sentí correr una leve brisa, tibia, por entre mi cuello sudoroso. La misma brisa se elevó y sacudió las ramas de algunos árboles.

Por instinto alcé la vista hacia el campanario: contemplé el cuerpo de un hombre que parecía estar flotando en el aire.

¿Un hombre flotando allá arriba? No podía ser.

Desde la boca de mi estómago subió un sabor amargo y sentí, lo juro, que mis pupilas se abrían y cerraban como el diafragma de una cámara fotográfica.

Me di cuenta que el hombre no flotaba: caía como la hoja de un árbol acunada por el viento. Leve, sin prisa.

De pronto el hombre tomó velocidad. Se precipitó pesadamente contra el piso del atrio. Para ese momento yo había dejado de respirar y mis oídos se alistaron para escuchar el sonido del impacto.

Vi el cuerpo tocar el piso, con fuerza, como una fruta de carne que cae desde un árbol gigantesco. Cerré mis ojos para dejar entrar en mis oídos un golpe seco, terrorífico.

Luego sobrevino el silencio.

Un silencio que contenía todos los silencios.

El atrio desolado, sin gente, mostraba el cuerpo desmadejado de un hombre. Sus extremidades en posiciones imposibles lo hacían

parecer un garabato. Ahí estaba, a pocos metros de mí, la misma muerte hecha un amasijo de carnes y huesos.

Algo rojo salía de aquel cuerpo.

Quise correr, pero quedé patidifuso.

En mi cabeza resonaron las palabras de Miguel: “suban al campanario a contemplar la vista del pueblo”. Mis labios, por voluntad propia, pronunciaron los nombres de Dapiente y de Lantín. Al mismo tiempo sentí nauseas.

Repentinamente el mundo volvió a tomar velocidad: gritos de mujeres, gente corriendo, personas pasando al lado mío, atropellándome. Alcé nuevamente la vista a la torre de la iglesia. Busqué no sé qué cosa allá arriba y la encontré para mi alivio: vi las figuras reconocibles de Dapiente y de Lantín. Ahí estaban ellos, asomándose por un arco del campanario como gárgolas vivientes.

Mi cerebro emprendió un proceso lógico para comprender qué estaba sucediendo. Y lo entendí, como si fuera una obviedad, lo entendí: el cuerpo tirado en el piso, rodeado ya por la multitud de mirones, era el de Ruiz. Lo supe como una revelación, como si una voz venida de mi entendimiento me dijera: mira, ese hombre que yace frente a ti, con su jaula de huesos deshecha y las vísceras estalladas, no es otro que Pedro Ruiz.

Di la media vuelta y me encaminé en automático hacia la vagoneta.

Miguel me diría después que se topó conmigo a mitad de la plaza, que me preguntó qué había pasado y yo no pude articular palabra. También dijo que yo tan sólo lloraba. Caminaba y lloraba, como si ambas cosas fueran una misma acción corporal. Yo, honestamente lo digo, no lo recuerdo.

Siguieron horas intensas, saturadas de trámites legaloides. Dapunte, Lantín y Margó estaban en el campanario cuando Ruiz se tiró desde lo alto. Los tres fueron considerados sospechosos de un posible asesinato que, ya después, se clarificó como suicidio. Ruiz padecía inestabilidad emocional. O al menos eso decidieron los criminólogos. En la autopsia encontraron pruebas de consumo desmedido de alcohol y fármacos. Las investigaciones para esclarecer el deceso incluyeron cansados interrogatorios y dos días de encierro carcelario para mis amigos. Presenció, con impotencia, cuando la policía judicial se los llevó en calidad de no se sabía qué. Los enrejaron en el Centro Penitenciario de Zapotlán. Me declaro incapaz de narrar los malentendidos y el absurdo vivido frente al aparato de procuración de justicia. Mis amigos fueron tragados por la ballena pachorruda de la justicia mexicana. Y yo afuera, sin saber cabalmente qué hacer o a dónde dirigirme, sin entender la lógica de la bestia burocrática. No sabía cómo proceder. Ni siquiera supe qué era lo pertinente en situaciones así. Se me antojó no hacer nada y dejar que todo se fuera desencadenando, para bien o para mal, conforme a las circunstancias. Contra lo kafkiano del Estado no se puede. Si lo sabré yo: un burócrata recién vomitado por el monstruo. Tocaba quedarse como una cucaracha boca arriba, quieto, en espera de ayuda.

Pasaron la noche del domingo en la cárcel. Los incomunicaron. Miguel apeló a la costumbre de llevar cigarros a los presos, pero no se lo permitieron. Ahí me di cuenta que él no sabía nada de leyes.

Yo, igual, pasé la noche afuera del centro penitenciario, dormitando por ratos en el interior de la vagoneta. El lunes muy temprano se me ocurrió hacer un par de llamadas a Colima; por suerte, las influencias de Dapunte sirvieron de algo. El secretario de cultura y dos diputados hicieron lo que bien pudieron, solicitando buen trato para los tres poetas colimotes. El rector prometió enviar al mejor abogado de la universidad, pero nunca llegó. Y no se tome esto último como una queja, es más bien un lamento: si en Colima hay algo de qué avergonzarnos, sin duda, es de sus abogados. Pero basta de lamentos. Para abreviar, diré que la atención prestada al caso por los diputados sirvió de mucho. La investigación ministerial fue rápida. Los dejaron en libertad cuando se estimó el suicidio. No olvidaré nunca sus rostros demacrados, pero alegres, al reunirse conmigo. Lantún me abrazó como si él fuera un náufrago y yo su tabla de flotación. Margó se largó a llorar sobre mi hombro. Y Dapunte... bueno, él se las arregló solo. Se sentó en una silla y empezó a fumar un cigarro tras otro, solitario y adolorido por las mil cosas vividas. Ruiz era su mayor pesar, se notaba. Y con eso no podía ayudarle.

Durante el interrogatorio Dapunte admitió haber pasado los días previos junto a Ruiz, emborrachándose, en los burdeles de Cuatro Caminos. Reconoció que los unía una fuerte amistad, pero desde hacía veinte años no habían tenido contacto. Al reencontrarse, Ruiz le reveló que hacía pocas semanas le habían diagnosticado un cáncer, pero aun así le insistió a Dapunte en ir a ponerse una buena parranda, como cuando eran jóvenes. Que en algún momento Dapunte le ofreció a Ruiz llevarlo a Colima, para iniciar allí algún tipo de tratamiento, y que Ruiz accedió, pues se sabía solo, sin familia ni dinero. Aceptó haber tomado mucho mezcal, tanto que no recordaba en qué punto de la parranda se separaron. En cuanto a la quema del auto, dijo no entender los motivos de Ruiz. Consideró una casualidad encontrárselo en la torre del campanario, pues él y

sus dos acompañantes subieron ahí sólo para admirar la vista. Que allá arriba Dapuenta le dijo a Ruiz: “Vale, qué bueno encontrarte, vámonos hoy mismo para Colima”. Y Ruiz contestó: “No, vete tú, yo tengo otras cosas qué hacer”. Tras decir tal cosa, Ruiz alcanzó en una zancada la base de un arco del campanario y, sin esperarlo nadie, se dejó caer. Que Dapuenta lo habría impedido si hubiera estado más cerca de él; y no actuó lo suficientemente rápido porque el sonido de la campana, misma que Ruiz hizo sonar antes de lanzarse, lo desconcertó.

Lantún declaró que luego de visitar el interior de la iglesia decidieron subir a la torre del campanario para mirar el paisaje. Dapuenta iba delante en las escalinatas, luego Margó y al final él. Al llegar a lo alto encontraron a un hombre, sentado en el piso de la torre y con el cordel del badajo de la campana entre sus manos. Que pensó se trataba de un encargado de la iglesia, pero escuchó a Dapuenta dirigirse al desconocido por su nombre: Pedro. En ese momento supo que se conocían el uno al otro. Que Dapuenta se dirigió a Pedro: “Pero, vale, ¿dónde te habías metido? Vámonos ahora mismo para Colima”. Y Pedro, poniéndose de pie, le preguntó a Dapuenta cómo habían dado con él. “De pura chiripa”, le contestó éste. Entonces, Pedro le dijo que no iría, porque antes debía llevar una razón a la gente de Luvina y, súbitamente, jaló con fuerza el cordel de la campana. Que el tañido los aturdió a todos. Entre el aturdimiento, precisó Lantún, miraron a Pedro alcanzar el borde del campanario y tirarse de cabeza. Ninguno pudo hacer nada para evitarlo.

Margó dijo que Pedro ya estaba ahí cuando ellos subieron el campanario. Dapuenta lo reconoció y le habló: “Pedrito, vale, vámonos para Colima”. Que Pedro le contestó: “No, yo iré a otra parte, pero no se te olvide llevar mi razón a la gente de Luvina”. Al terminar la frase, Pedro tiró la sogá de la campana y la hizo tañer. El resonar

del metal, explicó Margó, la obligó a taparse los oídos y cerrar los ojos, aturdida. Cuando los abrió, Pedro ya no estaba ahí. No supo en qué momento se lanzó, pero dedujo todo al ver a Dapunte y a Lantín asomándose hacia abajo. Que Dapunte se volvió loco de desesperación allá arriba; lanzó gritos, lloró y dio puñetazos en los muros de la torre: hasta parecía que él también se aventaría al vacío. Y todo eso sucedía, concluyó Margó, mientras ella sentía desmayarse.

Tales fueron las versiones de quienes vieron a Ruiz con vida por última vez. Al imaginarlos a ellos tres en el campanario, presenciando el salto de Ruiz, me pregunté qué pudo ser más horrible: si verlo precipitarse al vacío o contemplar cómo su cuerpo se quebraba al caer contra el suelo. Le di vueltas a la respuesta por varios días y concluí que ambas cosas eran igual de terribles: ambas significaban ver cómo la muerte hace su trabajo. Me faltaba enterarme, sin embargo, que hubo toda una gama de perspectivas y reacciones sobre lo que pasó en Tonaya aquel domingo de agosto. Semanas más tarde, Miguel hizo llegar a mi casa una publicación. Era un ejemplar de *La Voz del Llano*, semanario hecho en Zapotlán pero distribuido en todos los pueblos de la región. En sus páginas interiores aparece una nota sobre el suicidio de Pedro Ruiz. Está fechada el 22 de agosto, siete días después del hecho. La firma un tal Gabriel Moctezuma. El texto se ilustra con una fotografía panorámica de la iglesia y en el titular discurre cierto sarcasmo, no sé si involuntario, pero en la redacción de la nota salta la desfachatez (o el talento) del reportero, al presentar una versión sensacionalista y sentimentaloides de lo acontecido: sorprendentemente logró un híbrido entre la nota roja y la nota cultural. Resolví transcribirla. No sólo para demostrar que en todos lados el periodismo *cuece ricas habas*, sino porque en la nota encontré un nuevo dato sobre Pedro Ruiz.

POETA PONE PUNTO FINAL A SU EXISTENCIA

por Gabriel Moctezuma

**Se lanzó desde el campanario de la iglesia * “Su muerte es una gran pérdida para las letras mexicanas”, declaró la Primera Dama de Tonaya *Crearán un certamen literario con su nombre*

Tonaya, Jal. El poeta michoacano Pedro Ruiz, participante del Festival de Poesía del Llano, decidió terminar su vida lanzándose desde el campanario del templo de Nuestra Señora de la Asunción. El lamentable hecho se registró la tarde del pasado 15 de agosto. Antes de suicidarse, el vate le prendió fuego a un automóvil estacionado en las inmediaciones del templo. El comportamiento inusual y trágico del poeta se debió, según versiones oficiales, a algún tipo de crisis mental.

Entrevistado al respecto, el presidente municipal de Tonaya, Ramón Espartaco, precisó que tras incendiar el automóvil, propiedad del poeta colimote Carlos Dafuente, el ahora finado subió al campanario y se lanzó al vacío ante la mirada estupefacta de algunos testigos. Su cuerpo quedó tendido en el atrio de la iglesia hasta la llegada del servicio forense. La necropsia de ley arrojó una muerte instantánea.

Las primeras investigaciones se orientaron a un posible homicidio, pues al momento de saltar al vacío, Pedro Ruiz se encontraba en compañía de tres personas más, entre ellas el propietario del auto incendiado. La hipótesis del asesinato fue descartada horas después por el Ministerio Público al realizar la pesquisa correspondiente, imponiéndose el suicidio como causa del fatal desenlace.

La Voz del Llano entrevistó a don Genaro Ruiz, vecino de esta localidad y pariente lejano del vate. Lo recordó como alguien tranquilo, respetuoso y muy amable. “Era una gran persona, a veces se comportaba de manera extraña, pero al parecer eso es normal entre los poetas”, expresó don Genaro.

Pedro Ruiz tenía 54 años de edad y era originario de Tungareo, Michoacán. Su muerte llenó de consternación a los tonayenses. Las autoridades del municipio prepararan ya una manera de honrar al poeta que eligió Tonaya para ponerle punto final a su existencia.

Doña Lucía de Espartaco, primera dama de Tonaya y organizadora del Festival de Poesía del Llano, manifestó su pesar ante el inesperado fin de Pedro Ruiz. “Es una gran pérdida, Tonaya y las letras mexicanas están de luto”, declaró. Aprovechó para anunciar la instauración de un certamen de poesía que llevará el mismo nombre del fallecido. “No nació aquí, pero Pedro Ruiz es ya un poeta tonayense, haremos lo posible para honrar su vida y difundir su obra”, concluyó la culta dama.

No me era desconocida la información de la nota. Tampoco me era extraña la declaración contradictoria de don Genaro. Mucho menos la necesidad de la esposa del presidente municipal. Hasta justifiqué el error en el apellido de Dapunte: *Dafuente* me parece apelativo más apropiado para un poeta. Pero el dato sobre el lugar de nacimiento de Ruiz me llamó la atención: Tungareo. Me sonó a nombre de país tristísimo, tirado al abandono. Tungareo. A sitio erosionado por ventiscas, sin árboles ni aves ni trinos. Tungareo. A lugar donde los rayos caen en seco dos veces en el mismo punto y todo es ruina antes que otra cosa. A eso me sonaba Tungareo. No tardaría en saber que Tungareo es un vocablo de lengua tarasca, cuyo significado más cercano en español sería tumba o *entierro*. El Tungareo donde nació Ruiz es un pequeño poblado de tres o cuatro mil habitantes. Y se llama así porque se fundó, durante la Conquista, en el mismo lugar donde hubo un cementerio indígena.

Tungareo se quedó en mi cabeza y me preguntaba cómo habría sido para el joven Pedro Ruiz vivir y crecer en un pequeño pueblo. Él quería ser poeta y en un lugar así debió sentirse solo, aislado. Otra vez el viejo cuento del hombre que nace en el lugar equivocado. Por eso Ruiz se fue al Distrito Federal. Pensó que allá, centro trepidante de todo lo posible, encontraría sus afinidades. Encontró a uno, a Dapunte, quien era igual a él. Pero se equivocó con el resto. Los otros le dieron una patada en el trasero y lo mandaron de regreso al villorrio, al lugar de las tumbas. Antes de volverse a la nada hizo su última jugada: armado con la inocencia y el impulso del vicio, se lanzó a luchar contra los hipócritas, como un San Jorge contra el dragón. Poco redituó la batalla, aunque debió disfrutarla. Así como un perro disfruta al rascarse las pústulas de su sarna.

Ruiz no terminó con su existencia en Tungareo porque no quería nacer y morir en un mismo lugar. Nadie con tal espíritu lo querría. Con su último aliento buscó otra vez a sus iguales. Esta vez en la provincia, en los mismos pueblos. Pero ya no era tiempo, no era su tiempo. Ya no era aquel joven que atosigaba la vida. Ahora la vida lo tenía atosigado a él. ¿Qué más podía hacer Pedro Ruiz sino descender de una buena vez en forma aparatosa y desesperada?

Pedro Ruiz no tenía familiares. Desde hacía años era un solitario, una piedra desprendida del cerro. Iba de aquí para allá movido por una fuerza ajena a él. Dapunte quiso hacerse cargo de los gastos funerarios. Pidió que lo incineraran y trajo consigo las cenizas a Colima. Ahí, en su casa, se encerró con la urna de Ruiz durante muchos días. Vaya el diablo a saber para qué. Así quiso vivir su duelo. Margó, Lantún y yo nos preocupamos por su salud. Para estar al pendiente de él acordamos visitarlo por turnos. Cada dos días uno de nosotros iba a su casa, a media tarde. Tocábamos a su puerta y él nos abría, aunque no nos invitaba a pasar. Anteponía cualquier pretexto para evitar tenernos cerca. La primera vez que me tocó ir, lo encontré tranquilo, sobrio, aunque un poco descuidado en su aspecto. Parecía no haberse bañado en mucho tiempo. Su barba entrecana era un matorral casi amarillento. Se quejó de un molesto ataque de caspa y me pidió que le comprara un champú. Fui al supermercado, tomé dos de distintas marcas y regresé a su casa a entregárselos. Ni siquiera me dio las gracias. Antes de que cerrara la puerta quise darle un abrazo, pero no lo hice porque lo consideré obvio y cursi. Además, hubiera sido muy incómodo para ambos. Dapunte y yo no somos esa clase de personas que creen que un abrazo arregla y reconforta todo.

Mientras tanto, en todo Colima se comentaba la escabrosa muerte del desconocido poeta amigo de Dapunte. Los rumores en Colima son profusos y perdurables como una parota, sobre todo si se trata de una persona conocida. Supe, por amigos, que en los

cafetines se habló del tema por casi una semana. Se barajaron infinidad de versiones, todas tendientes a desacreditar a Dapunte. Una de ellas versaba sobre la posibilidad real del asesinato, cuyo móvil sería el pasional. En otra se ponía en tela de juicio la salud mental del “Mejor poeta vivo de Colima”: se había vuelto loco de remate y estaba destinado a pasar sus días en un manicomio. En una más se le vinculaba con el consumo y tráfico de drogas: el muerto era su proveedor y lo mató para no pagarle una deuda pendiente.

“Árbol caído hace buena leña”, reza el dicho. Y Abel Guzmán, el antipoeta, preparaba un artículo para el *Ecos de Colima* sobre la muerte de Pedro Ruiz y sus nexos con Dapunte. Sus pretensiones con ese trabajo periodístico no parecían ser muy nobles. Un día llamé a mi casa preguntándome si podía entrevistarme al respecto. Yo me negué y lo mandé a la chingada. También llamó a Margó y Lantín pero, advertidos por mí, igual lo mandaron al carajo. Dapunte, en tanto, seguía encerrado en su casa sin recibir a nadie. Hasta que una mañana, sin esperar tal cosa, nuestro amigo nos convocó. Llamó por teléfono a cada uno, por separado, invitándonos a su casa, a cenar: “Cocinaré para mi hermano Pedrito, es decir, en su honor y memoria”, dijo.

Sólo a Dapunte se le podía ocurrir convocar a una comilona para celebrar a alguien muerto.

Margó, Lantín y yo nos organizamos para llegar juntos a la cena. Quedamos de encontrarnos en un pequeño bar, en la Calzada Galván, a cuatro cuadras del domicilio de Dapunte. De ahí caminaríamos hasta su casa. Yo decidí llegar una hora antes al lugar para tomarme un par de cervezas en solitario. Apenas eran las ocho de la noche, el bar estaba vacío. Me senté en la barra y pedí de beber. Mientras tomaba la cerveza, sentí pesadez. Llevaba varias noches sin dormir a cabalidad. Tenía pesadillas. Cada noche, sin razón aparente, mi cabeza recreaba las imágenes de Ruiz cayendo desde el campanario. Entonces me nacía una angustia análoga al miedo

que sentía por la oscuridad cuando niño. En aquellos momentos lo único posible era dejar una luz encendida en el cuarto. De ese modo dormitaba por ratos. Margó y Lantín, creo, pasaban por algo parecido. Por su lado decidieron recurrir a un psicólogo. Me instaron a hacer lo mismo, pero por necesidad y porque le tengo más temor a los psicólogos que a la oscuridad, deseché la idea desde el principio.

Ya iba por la segunda cerveza cuando, a través del amplio espejo colgado detrás de la barra, los vi entrar al bar. Llegaron tomados de la mano. Me despertó una infinita ternura verlos así. Los días pasados habían sido agotadores, en especial para ellos. Nunca imaginaron que llegarían a ver cómo se mataba un hombre. Tampoco que serían encerrados en la cárcel, señalados como sospechosos de cometer un asesinato. Ahora, pasados los días, sumaban en sus rostros una apacible madurez. Además, en medio del confuso vértigo, descubrieron sentimientos comunes el uno con el otro.

Me alegré por ellos.

Al llegar hasta mí, Margó quiso sorprenderme con una broma. Estando yo de espaldas, corrió a cubrirme los ojos con sus manos.

—Burócrata, a que no adivinas quién soy —me dijo conteniendo la risa.

—¿La mujer de mi vida? —le pregunté.

—Brincos dieras como una cabra —soltó, muy divertida.

Me volví para saludarlos. Ella me dio un beso en la mejilla y un prolongado abrazo. Lantín también me abrazó, animoso y fraterno. Los tres habíamos cambiado en tan poco tiempo. Éramos los mismos, pero no iguales. Nunca lo hemos dicho, pero desde lo sucedido en Tonaya, nos adoptamos como familia.

Se sentaron también a la barra, cada uno a mi lado. Pidieron cervezas. Me tranquilizaba tenerlos cerca. Otra vez, como cuando estaba debajo del tejado de la Casona de los Gómez Palacios, en Tonaya, sentí un breve y fugaz sentimiento de felicidad. Me sentí contento, tolerante con la vida. Y como si ese momento también fuera compartido, Margó sugirió hacer un brindis. Alzó su cerveza.

—¡Por los poetas, los vivos y los muertos!

—¡Por los poetas! —secundamos Lantín y yo.

Dimos un trago y nos regalamos una sonrisa al separar las botellas de nuestros labios. Luego conversamos de distintos asuntos sobre el viaje a Tonaya. Procuramos, eso sí, evitar el tema de la muerte de Ruiz. Bromeamos de cosas leves y reímos con ganas. Yo les conté el episodio de los dos borrachos chimuelos que me ofrecieron de beber de su misma botella. Margó se desternilló de risa por un buen rato. Lantín, contagiado de hilaridad, le siguió el paso en las carcajadas. Luego ellos contaron la parte donde unos tipos confundieron a Margó y a Arlette con dos putas. Lantín, curado ya de toda afrenta, relató con verdadera gracia la golphiza recibida.

—Fue mi héroe, por eso lo amo —dijo Margó, y sin importar que yo estuviera en medio de ambos, le lanzó besitos a Lantín.

Seguimos la charla. Nos sorprendimos hablando del futuro. Ellos tenían planes. Querían irse una temporada a España. Él a estudiar un posgrado de lo que fuera. Ella a ver el mundo, a olvidarse de los malos ratos y a escribir. Me parecieron admirables sus planes, aunque precipitados. Por un momento dudé que los concretaran.

Debieron ver esa duda en mi cara, porque Lantín se puso serio y sosteniéndome la mirada, dijo:

—Nos vamos dentro de un mes, antes si es posible; tenemos ahorrado algo de dinero, ya iniciamos los trámites y es probable que la universidad me dé una beca.

Eso era muy pronto. Estaban decididos. En cuatro semanas se marchaban. Me dolió su ausencia por anticipado. Los comprendí y me comprendí también a mí mismo: la urgencia por vivir nos había tomado por sorpresa. Ellos se estaban alineando en la pista, listos para empezar una carrera de obstáculos. Hacían por la vida, por su futuro. Yo ni siquiera sabía cuál era mi carril, mucho menos si valía en mí la palabra futuro. El presente ya me resultaba un obstáculo

muy grande. A lo mejor mi papel era el de mero espectador, sentarme en la platea a echar porras y vítores a mis amigos corredores, con la esperanza de que el brillo de sus triunfos también me iluminara.

En eso pensaba cuando Margó me sorprendió, esta vez en serio. Propuso, sin más,irme con ellos. Me dijo:

—¿A qué te quedas, Burócrata? No tienes trabajo, no terminaste la universidad y Colima está llena de cosas rancias. Allá por lo menos podrás arriesgarte; cansarte, caer y levantarte cuantas veces quieras sin escuchar las risitas o los lamentos de quienes te conocen.

No supe qué contestar.

Mi esquema mental estaba desprovisto de posibilidades para emprender todo tipo de riesgos. Pero algunas neuronas salieron de su letargo. En un parpadeo me vi con ellos, abordando el avión y aterrizando en un aeropuerto desconocido. En un segundo parpadeo volví a verme, por las calles frías de Madrid, canturreando canciones de Joaquín Sabina. Me agradó la propuesta y dije que lo pensaría. Ellos se congratularon. Margó me abrazó por segunda ocasión en la noche y Lantín me dio una palmada en el hombro.

Tontamente tarareamos juntos una estrofa sabiniana.

Terminamos nuestra cerveza. El bar se había llenado de pronto. Grupos de amigos bromistas, pláticas festivas, parejas de novios arrinconados en las mesas, vasos y botellas de cerveza tintinando al chocar unas con otras. Consultamos la hora y ya eran más de las nueve. Había que moverse. Pagábamos la cuenta cuando afuera se desató una lluvia como sinfonía *in crescendo*. Por una ventana lateral contemplamos el aguacero y cada quien se fugó hacia sí mismo por un rato. Fue un momento apacible, propio de tres niños pensando en nada. Ni siquiera nos molestaba el ruido de la plática en las mesas, aquello era contemplación, pura contemplación. Pero estar así también cansa, y esta vez fui yo quien se plantó en el suelo.

Me levanté de mi asiento y anuncié:

—Vamos, que dos amigos nos esperan a cenar.

Margó volvió a soltar su risita de niña traviesa, tomó el brazo de Lantín y luego el mío. Llegamos hasta la puerta del bar, allí nos soltó. Nos detuvimos por un momento en el umbral y, sin ponernos de acuerdo, nos lanzamos los tres bajo la lluvia.

A una cuadra ya íbamos ensopados.

El agua caía tibia y colimotamente.

Apuramos el paso.

Los autos pasaban por la avenida levantando olas. Algunos automovilistas, al ver a tres chiflados correteando entre los charcos, saludaban haciendo sonar el claxon. Margó les devolvía un saludo monárquico: agitaba una mano al aire como reina de carnaval.

Al pasar frente al parque de la Piedra Lisa, me detuve abruptamente. A lo lejos miré el monolito. Las farolas iluminaban los chorros de agua que corrían por su cara llana. Margó y Lantín se detuvieron conmigo. Los tres sonreímos, tontos, contemplando el parque desierto.

No hizo falta decir nada.

Cruzamos la avenida, saltamos la pequeña cerca de cemento y nos lanzamos a carrera por el prado, en dirección a la piedra. De los tres, yo fui el único que quiso deslizarse. Ellos me contemplaron cuando subí a lo alto de la piedra. No me deslicé una, sino tres veces. Lo hice con las piernas flexionadas, como un futbolista que se barre en la cancha para arrebatar el balón al jugador contrario. Celebramos mi pequeña hazaña con risas simples. La lluvia seguía, espesa y cálida, bañando las parotas y los ficus del parque. El tamborileo del agua contra el follaje le sentaba bien a nuestro contento.

Y luego, otra vez, retomamos el camino pisando todos los charcos. Me hubiera gustado calzar zapatos nuevos, desgastarlos y quitarles el lustre con aquella lluvia.

Llegamos a la casa de Dapunte estilando agua. Éramos la imagen de tres bañistas saliendo del mar con la ropa puesta.

Tocamos a la puerta. Dapunte salió a recibirnos, grave. Adusto. Nos miró con incredulidad.

—¡Cómo chingados se les ocurre llegar en fachas a una fiesta formal! —dijo— y, no bien terminó de decirlo, soltó su carcajada de fumador empedernido.

Ahí estaba otra vez el Dapunte de siempre. El muy hijo de puta riéndose de los demás, buscando complicidad para sus bromas.

Entramos. La casa estaba impregnada de un suave olor a ajo y mantequilla derretida. Dapunte nos trajo algunas toallas y algo de su propia ropa. Pantalones cortos, camisetas. Nos ordenó cambiarnos antes de pasar al comedor. Fingió voz de padre neurótico para regañarnos y advertir el riesgo de un resfriado.

Pasamos a una habitación para secarnos y mudarnos de ropa. Al volver contemplamos el comedor, listo y dispuesto para un banquete. Cinco lugares con cubiertos y copas. La mesa redonda vestida con un mantel blanco. Al centro, dos fuentes rebosantes de mariscos humeantes. Langostas, almejas, camarones, tentáculos de pulpo, jaibas. Un pez de buen tamaño recién salido del horno. Cinco botellas de vino espumante al lado de los platillos. Una de ellas ya estaba abierta.

En una de las sillas del comedor yacía la urna con las cenizas de Pedro Ruiz. Estaba colocada sobre la caja de cartón que contenían los legajos de poemas mecanoscritos. Sonará extraño, pero yo no veía una simple urna y una vulgar caja. Veía el cuerpo de un hombre, tan vivo como nosotros mismos, tan dispuesto a la celebración como cualquiera.

Dapunte se sentó al lado de aquella silla y me indicó que ocupara el asiento del otro flanco. Margó y Lantín se sentaron lejos de la urna, tomados de la mano. Así, con Dapunte y yo flanqueando las cenizas y los poemas de Pedro Ruiz, dio inicio la única cena que he tenido en compañía de un muerto.

Dapunte sirvió el vino hasta el tope de nuestras copa, y fue generoso también al llenar la copa destinada a Ruiz.

Propuso el primer brindis de aquella velada extraña.

Se levantó.

Lo imitamos.

Alzó su copa y, con su voz de poeta cincuentón, proclamó:

—¡Por la dicha, por la puta y reputa dicha de estar juntos!

Dichosos como una piedra

de Avelino Gómez, se terminó de imprimir en agosto de 2013, en Litográfica Dorantes S.A. de C.V. La edición consta de 500 ejemplares. *Cuidado de la edición:* Daniela Arellano Bautista. *Formación:* Eva Laura Rojas. *Portada:* Miguel Angel López Velásquez.

Editora responsable

LUCINA AYALA LÓPEZ



DEPARTAMENTO
EDITORIAL
U A E M